

AÑO II — BARCELONA 7 DE MAYO DE 1883 — NÚM. 71

RETRATO DE S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA, por H. Lengo y adquirido por S. M. el Rey

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

La funcion cívica del *Dos de Mayo*.—El sol de España.—Aspecto del *Campo de la Lealtad*.—Las misas.—Curiosidad de un leon de mármol.—El patriotismo y la ortografía.—Los bollos de la ceremonia.—Paradoja sobre la patria.—Mis recuerdos.—Las delicias de Madrid.—Los relojes y el sol.—Las infantiles víctimas del dia siguiente.—Los actores portugueses.—La Union ibérica en nuestras manos.

Retumbó en los aires el estampido de los cañones; el latin de las misas y el fervor de las preces cruzaron el firmamento como palomas mensajeras de gratos recuerdos; el obelisco del Campo de la Lealtad erguíase en la atmósfera ornado con simbólicas coronas, á manera de gigantesco dedo ensartado de memorables sortijas, y señalando la morada de los que se sacrifican por la patria.

La procesion cívica que se celebra todos los años el dia 2 de mayo, compuesta de representantes de todas las corporaciones, desde los inválidos hasta los Diputados, dirigíase solemnemente al compás de las marchas fúnebres hácia el sitio donde se guardan las cenizas de nuestros héroes del año 1808; y un sol perezoso, aunque lleno de buena intencion, parecia prorumpir desde las alturas en estas frases:

—¡Hoy es dia de arder en entusiasmo! ¡Abajo el sol de Austerlitz! ¡Viva el sol de España!

***

Yo salí aquel dia muy temprano de mi casa, á pesar del vientecillo sutil, el cual, mas bien que las patrióticas expansiones, recomendaba el agradable calor de la cama.

—¡Quién pudiera ver fotografiadas las almas de mis compatriotas!—decia para mí miéntras me encaminaba al Prado. ¡Deben estar cubiertas con casco, resguardadas con coraza, armadas de punta en blanco, y con el semblante impregnado de indignacion y pena!

Pero en el Campo de la Lealtad, alrededor del obelisco, no ví otra cosa más que bulliciosas gentes del pueblo, gozando aparentemente del aire puro de la mañana y soplándose en realidad los dedos de frio.

Los sacerdotes decian misa en los altares improvisados en el pedestal, y el público las *veia;* que en alguna ocasion se han de ver solamente las misas, por más que la costumbre haya sancionado la hiperbólica frase de *oir misa*.

No pude ménos de dar una vuelta alrededor del enverjado. Me gusta examinar las grandes cosas en todas sus partes. Al pasar frente al leon de mármol blanco que figura querer salirse del pedestal lanzando rugidos de coraje, me pareció que aquel símbolo de nuestra bravura volvia hácia mí preguntándome:

—¿En qué ha quedado la causa de Monasterio?

***

Multitud de mujeres vendian voceando un librito «con los nombres de las *vitimas*» ¿Creeis que la supresion de la *c* es una ignorancia de nuestro pueblo? No: es el recuerdo que se va borrando. Hoy, con la merma de una letra, ya son ménos *vitimas* que ántes. Poquito á poco se irá disminuyendo el vocablo, hasta que, como pañuelo en manos de un prestidigitador, desaparezca por completo.

Pero tranquilicémonos: estoy hablando á lo *Wagner;* me refiero al remoto porvenir. En la actualidad todavía quedan bastantes letras. Con ellas cualquier mal poeta tendria suficiente para escribir odas á semejanza de algunas que por rutina patriótica apoyan todos los años, al llegar este dia, su debilidad artística contra las columnas de la prensa madrileña.

Desde el Campo de la Lealtad al antiguo Retiro no media otra distancia que la interpuesta por un ancho paseo, bordeado, en la mañana del 2 de mayo, por numerosos vendedores de bizcochos, panecillos y bollos.

Dirán nuestros detractores que Madrid es frugal. Yo lo niego.

Aquí para vivir en santa calma
mezclamos la materia con el alma.

No podríamos conmemorar el dia de Difuntos si los castaños nos negaran su fruto: con sendas libras de buñuelos acrecentamos el culto á la *Cara de Dios* en la mañana del Viérnes Santo; y parece cosa decidida que en las primeras horas del dia 2 de mayo nada complementa tanto el sentimiento patriótico como un bizcocho.

—No es eso,—me decia un amigo.—El bollo es el símbolo del dia. Contribuye á apaciguar los ánimos. Hace setenta y cinco años que se repartieron aquí muchos coscorrones entre los soldados de Murat y los bravos artilleros de la guarnicion de Madrid. Pues bien: esto quiere decir:

«¡Perdonemos por el bollo el coscorron!»

Ello es que todos los años, por esta fecha, al quebrarse el rayo visual de nuestras miradas contra el obelisco del 2 de mayo, nos acordamos de que allí descansan mártires ilustres, y sentimos la necesidad de ir á depositar unas cuantas coronas en sus aras, y á rezar otras tantas misas por el eterno descanso de sus almas.

No seré yo quien niegue la solemnidad de semejante ceremonia.

Si la guerra es un mal necesario,—como algunos suponen,—yo profeso la creencia de que únicamente existen dos clases de guerra justas, legítimas y santas; la lucha en defensa de la libertad y la guerra contra los ataques á la independencia de los pueblos.

Sentado esto, que es opinion particularmente mia, y colocada la memoria de nuestros héroes del año 1808 en el altísimo lugar que les corresponde, yo pregunto:—¿Qué es la patria? Un pedazo de tierra marcado con líneas convencionales que un congreso diplomático altera y modifica segun le place. La patria fué un tiempo para los españoles Portugal unido á España y despues Flandes, y Nápoles. Para los italianos Niza unida á Italia. Para los dinamarqueses el Slesvig y el Holstein unido á Dinamarca. La Alsacia y la Lorena pertenecieron antiguamente á Alemania, y sus habitantes gritaron:—«¡La sangre alemana corre por nuestras venas! ¡Viva la patria alemana!» Ultimamente pertenecieron á Francia, y sus moradores, durante la pasada guerra, se batieron contra sus primeros compatriotas los alemanes.

Despues de esto vuelvo á preguntar:—¿Qué es la patria? ¡Ah! la patria no se circunscribe en la frontera, no se limita por la montaña, no se acaba en las aguas de un rio. La patria es todo el planeta y una pequeñísima parte de él. Es la humanidad y el hogar doméstico; la especie y la familia, el astro y la casa donde hemos nacido. Por un lado la redondez de la tierra, por otro el cuarto donde vimos la luz primera. Yo sé que más allá de las fronteras españolas hay hombres que son mis hermanos, y recuerdo tambien con inefable placer, con incomparable deleite, una casita de un pueblo de Cataluña, y en esa casita una ventana, y delante de ella un apacible huerto...; y aún me orea la frescura y aspiro la fragancia de una pomposa pasionaria que trepando por la pared subia hasta festonear el marco de mi ventana.....

***

Me he dejado llevar del sentimiento. ¡Es la influencia del mes de mayo, del mes de las flores, el más risueño del año!

Cierto que todavía el frio, como un importuno huésped, no ha querido abandonarnos por completo. Pero el dia 2 de mayo es el dia clásico del Retiro y de la apertura del Jardin Botánico. Este nos brindará con los variados matices de sus flores y la frescura de sus árboles, y aquel ofrecerá ancho campo á nuestros paseos matinales. Tragaremos polvo por las noches en Recoletos y contraeremos fiebres intermitentes con las humedades del Prado.

¡Oh! ¡qué delicioso es Madrid! Antes de poco estará convertido en parrillas donde nos asaremos vivos. Podremos bañarnos en las pustulentas aguas del Manzanares ó en los pucheros de las casas de baños, si es que no nos contentamos con el chorreo que las mangas de riego de la Villa dispararán sobre nosotros lo ménos tres veces al dia. Asistiremos á las navegaciones del estanque del *Parque de Madrid*, despidiéndonos con lágrimas en los ojos de los séres queridos que queden en la orilla; les prometeremos escribir *en llegando*; sufriremos tempestades y temores de naufragio, y al llegar al desembarcadero nos tentaremos el cuerpo para asegurarnos de que ninguna parte importante de él se ha quedado entre las mandíbulas de los imaginarios tiburones. La altivez de los que van por la calle con la cabeza muy erguida se humillará ante la majestad de los toldos de las tiendas; y sin formar parte de ningun cuerpo coreográfico tendremos que rellenarnos con algodon las pantorrillas, como preservativo á las hidrófobas caricias de la raza canina.

***

Pero volvamos á la ceremonia del *Dos de Mayo*.

Yo, por la tarde estuve sentado bajo un árbol del Retiro, hasta que el aire se estremeció con la detonacion de los cañones. La comitiva oficial depositó sus coronas, desfilaron las tropas, se abrió el Botánico, y todos los relojes de la capital se pusieron de acuerdo para marcar las siete de la tarde.

Lo cual era tanto como decirle al sol:

—Señor nuestro; antorcha de los espacios; la presencia de usted nos es muy simpática; mas por hoy estamos ya bastante dorados: la humanidad necesita tinieblas. ¿Que diria la fábrica del gas si usted permaneciera más tiempo entre nosotros? ¡Ea! láncenos usted su última sonrisa: así... al soslayo. ¡Húndase usted ahora! ¡Bien!..... ¡Hasta mañana!

Mal que le pese á Josué, todavía no se ha dado el caso de que el sol deje de obedecer la insinuacion de los relojes. Parece el astro del dia un jornalero vulgar. Es un sol que trabaja *á soldada*.

Y se hundió tras las montañas, y lució el gas, y brilló la luz eléctrica del Ministerio de la Guerra, y dispararonse en algunos teatros cañonazos poéticos á los mártires de la Independencia,.... y los habitantes de Madrid nos acostamos despidiendo en la memoria á las víctimas de aquel dia y pensando en las víctimas del dia siguiente.

***

Esas víctimas son los niños.

Una especie de castigo de inocentes se ha anunciado en forma de bando por todas las esquinas de Madrid.

La autoridad ha prohibido que los niños pidan por las calles *el dinerito* para la cruz de Mayo.

Se les trata como á los mendigos.

Yo leí el bando con amarga pena. ¡Qué! las cabecitas rosadas, las alegrías infantiles, las vocecitas llenas de temor y de mimo que nos pedian con tanta gracia una moneda para la cruz de Mayo, ¿pueden compararse al desagradable aspecto y á la miseria social que revelan los mendigos?

Miéntras estaba leyendo el bando, una pobre anciana se acercó á pedirme limosna.

—¡Qué irrision!—dije para mí.—El bando prohibiendo la mendicidad resulta letra muerta.

***

El dia 2 de mayo ha empezado á funcionar en el teatro de la *Comedia* una compañía de actores portugueses.

La opinion se halla dividida de antemano acerca del mérito de esos artistas lusitanos.

Unos,—que los han oido en Lisboa.—dicen que son una gran cosa.

Otros anticipan su opinion de que no podrán tomar en serio el idioma portugués expresando los grandes afectos del alma.

Esto último es pura exageracion. Yo creo que estamos obligados á aplaudirles.

Es cuestion de patriotismo.

¡Nos va en ello... la *Unidad ibérica*! ¡La union de España y Portugal está en las palmas de nuestras manos!

PEDRO BOFILL

Madrid 5 mayo 1883

NUESTROS GRABADOS

S. A. R. LA INFANTA DOÑA EULALIA, retrato por H. Lengo, adquirido por S. M. el Rey

Sencillo y delicado á la par es el modo cómo el distinguido artista ha trazado el busto de la régia doncella, hermana de nuestro augusto monarca. Apartándose el señor Lengo de la invariable costumbre de retratar á los personajes de elevada alcurnia rodeados del fausto inherente á su posicion, ha dibujado el perfil de la infanta doña Eulalia con tanta exactitud como poética originalidad, presentándola rodeada de pintadas flores, candorosos emblemas de su modestia y su pureza, y cual si fuese uno de los varios capullos que constituyen el vistoso ramo. El pensamiento es acertado é ingenioso, y la ejecucion digna del autor de *Romeo y Julieta*, *¿Cuál de los tres?* y otros cuadros que le han dado justo y merecido renombre.

VENDEDORA DE PERIODICOS

Entre los tipos engendrados por las modernas costumbres llama la atencion, siquiera por lo que desuella los oidos, la chicuela vendedora de periódicos, variante fresca de la familia hombre.

Para ejercer esa industria, que consiste en vender á dos cuartos ejemplar el periódico comprado á peseta *la mano*, se necesita solamente tener buenas piernas y mejores pulmones. Son necesarias además otras dos cosas; en primer lugar la peseta, y en segundo lugar aversion á la escuela, al trabajo regularizado, en la fábrica ó en el taller, es decir, allí donde la niña podria prepararse para ser útil á la sociedad y á sí misma.

Pero como la industria de vendedora de periódicos se ejerce al aire libre, como no requiere aprendizaje, como no deja lugar para ir á la escuela, y como no faltan padres desnaturalizados que solo ven en sus hijos unos instrumentos de explotacion inmediata; de aquí que aumente de continuo el número de los hulanos y *hulanas* de la prensa periódica.

Generalmente esas criaturas antes de dedicarse á esta industria, habian sido cedidas en edad temprana á madres postizas que imploran la caridad pública haciendo alarde de una fecundidad, que seria escandalosa si no fuese una superchería.

De esta suerte, mendigando hasta los diez años y alborotando el barrio despues hasta los quince, llegan á la época feliz de su vida, en que *el dolce far niente* se interrumpe apénas uno que otro dia para reñir batalla á pedradas; pasando en una misma tarde desde el campo *del honor* á los calabozos de la casa grande.

BODAS DE GUILLERMO DE ORANGE con Ana de Sajonia, por H. Burck

Omitiendo la narracion del episodio histórico representado en el lienzo de Burck, narracion que podrán encontrar nuestros lectores en cualquier Historia de los Países Bajos, nos limitaremos á considerar esta obra desde su punto de vista artístico, diciendo que en nuestro concepto el asunto en general está tratado con soltura y animacion; los personajes discretamente colocados, revelando en la expresion de sus fisonomías la simpática curiosidad y la aprobacion con que presencian la alianza felizmente llevada á cabo entre los régios desposados representantes de dos naciones, siquiera pequeñas, influyentes en los asuntos europeos de aquel tiempo; los protagonistas que figuran en primer término dándose ante la corte el respetuoso ósculo que viene á sellar los juramentos que acaban de hacer al pié del altar, y por último, los trajes, muebles y demás detalles que forman el conjunto del cuadro, están

perfectamente apropiados á la época y al lugar donde se ha celebrado el fausto enlace.

Cuando tan aficionados se muestran los artistas contemporáneos á pintar cuadros de género ó más bien de capricho, obras como la de Burck, que nos dan atinadamente á conocer las costumbres y el carácter de una época, son siempre dignas de encomio.

LO AJENO, dibujo por R Rossler

El fruto del árbol prohibido tiene atractivos irresistibles.

Gustaron de él nuestros primeros padres, y á pesar de que en el pecado llevaron la penitencia, la humanidad demuestra desde sus primeros pasos que no hay penitencia bastante para disuadirla del pecado.

Ahí tienen Vds. á esa rapazuela. A buen seguro que en su casa hay fruta de sobra, que no la ha merecido siquiera una mirada de envidia. Pero se apercibe de la fruta del cercado ajeno, y caten Vds. la seduccion trabajando su ánimo. El fruto pendiente del árbol del vecino dista mucho de merecer los peligros á que se expone para cogerlo; sin embargo, tiene el irresistible atractivo de ser ajeno.

Puede dar con su cuerpecito en el suelo y romperse un brazo; pero ahí está el seductor diciéndola:—No soy tuyo..... Cógeme....

Puede aparecer tras de la cerca una vara de abedul y tras de ella un brazo y tras del brazo un cuerpo, y de concierto los tres elementos aplicar unos cuantos palos á la atrevida mozuela; pero el fruto está ahí siempre y dice: —Por lo mismo que no soy tuyo, debo ser muy sabroso...

Puede, en fin, comer el fruto tan codiciado; pero como sin duda no está en sazon y será comido fuera de hora y con ánimo intranquilo; de fijo, de fijo que, sobre no encontrarlo tan sabroso como presumió, terminará la hazaña con una indigestion de padre y señor mio. No importa: la cuestion ni es de sabor, ni es de salud; es de merodear en la propiedad de otro.

Tal es la flaca naturaleza. Bien comprenden los hombres que las pasiones injustificadas son unos amigos falsos que les llevan á la perdicion; pero ¡es tan neciamente halagüeño aquello de decir: codicio el bienestar del prójimo!

UNA TERTULIA DE CONFIANZA

No diremos que los salones brillen de gente, ni que el maestro X ó Z ha dirigido el concierto con su proverbial talento, ni que numerosas parejas se entregan al placer de la danza hasta altas horas de la noche.

En cambio nada nos probará que no sea tan agradable y tan distinguida una reunion íntima entre contadas personas discretas y de buena sociedad, como pueda serlo, y más que lo es generalmente, una *recepcion* á la usanza del dia, en donde el dueño de la casa parece un simple convidado y los convidados se toman libertades que fueran impropias hasta en el dueño de la casa.

En nuestro cuadro los auditores del concierto no pueden ser ménos, ni los ejecutantes reducirse á menor número. Pero si entre esos cuatro tertulianos hay una buena guitarrista (¡que horror! exclamarán nuestros pollos) y una bien sostenida conversacion intermedia las composiciones musicales, ejecutadas en ese instrumento tan inmerecidamente vilipendiado, ¿qué más puede apetecerse para disfrutar una velada perfectamente agradable?

Esto quizás no lo comprende la actual generacion, que no concibe las diversiones sin las inmediatas consecuencias del barullo; esta generacion que no frecuenta los salones si no se la da la seguridad anticipada de que se servirán fiambres y se destapará *champagne*. Pero, vamos á cuentas, señores: divertirse honestamente ¿es aturdirse sin ton ni son? ¿No cabe diversion á ménos de desgarrar los trajes de algunas damas y ofrecerse en espectáculo terminado el *ambigú*?

Tal parece en nuestros dias, ó mejor en nuestras noches. Sin embargo, un dia ha de venir en que nos pongamos de acuerdo acerca de la diferencia que existe entre divertirse y marearse, entre obsequiar á los buenos amigos y arruinarse en provecho de los gorreros; y en ese dia reconoceremos, para nuestro bien, las excelencias de las tertulias de confianza.

LA GOLONDRINA

El gracioso vehículo que representamos en nuestro grabado es muy comun en Polonia y en Rusia, y hasta creemos que ya se ha visto en Paris; y por lo mismo hemos creido que nuestros lectores leerian con interés su descripcion. Este vehículo, muy original, y de atrevida construccion, ha sido inventado por Enrique Barycki, de Varsovia, quien ha sabido utilizar hábilmente algunos principios de mecánica muy curiosos.

El sistema consiste en una rueda que gira en otra de mayor diámetro, la cual rueda por la superficie del suelo: este mecanismo está basado en un principio semejante al de los rails sin fin de M. Clement Ader.

El asiento del conductor del vehículo está fijo en el interior de un gran anillo al que se adapta la lanza para uncir el caballo; y ese anillo rueda con ayuda de tres poleas ó ruedecillas en el interior de la rueda grande que toca al suelo.

Ya se comprenderá que cuando el caballo efectúa la traccion del vehículo, siendo el frotamiento de la rueda grande en tierra más considerable que el de la concéntrica de tres poleas, ésta gira hasta que el centro de gravedad del sistema se halla de nuevo sobre la vertical del punto de apoyo en tierra. De este mecanismo resulta que el individuo colocado en el asiento inmediato á las tres poleas interiores, gira en la gran rueda como lo haria en la superficie de un rail sin fin, de modo que el esfuerzo de traccion se facilita por lo tanto singularmente.

El vehículo tiene dos ruedas laterales enlazadas por un muelle flexible con el asiento, pero su único objeto es impedir la inclinacion á un lado ó á otro.

El arnés del caballo es de tal naturaleza que el animal puede moverse libremente sin comprometer la estabilidad del vehículo.

La *Golondrina* se ha construido con hierro forjado en acero, y sin gran trabajo se puede conservar perfectamente limpia; tres minutos bastan para prepararla cuando se quiere hacer uso de ella; y además de ser un vehículo de lujo, puede tener diversas aplicaciones.

SANTA CECILIA, cuadro por Rafael.

Las obras de los grandes maestros tienen un sello tan especial que ningun mediano conocedor puede confundirlas ni aun con las de otros grandes artistas. Así ocurre con los cuadros de Rafael, el pintor que todos han admirado, muchos estudiado, poquísimos igualado, superado ninguno.

Discípulo de una escuela mística, como lo eran casi todas las manifestaciones pictóricas de la Edad media, Rafael, como Rossini en los tiempos modernos, es aquel genio que señala una línea divisoria entre el arte, fruto de la simple contemplacion extática, y el arte que remonta el vuelo á las esferas donde la luz se crea, para aplicar esa luz á las escenas de la naturaleza trasmitidas al lienzo.

El gran pintor italiano no rompe las trabas del arte, pero prescinde de ellas cuando le conviene; sus inspiraciones religiosas tienen por modelo una encarnacion perfectamente humana; pero este modelo es de tal valía y de la paleta de Rafael sale tan propio é idealizado, que ninguno se permite ver tras de la Virgen sin mancha que se destaca entre los personajes de la *Santa familia*, á la terrestre y manchada *Fornarina*, que los italianos escandalizados vieron constantemente en el taller del portentoso jóven. Las debilidades del hombre desaparecen ante la gloria del artista: todos los biógrafos de Rafael se hallan contestes en que de no haber muerto en edad temprana, al principado del arte hubiera unido el principado de la Iglesia: Rafael estaba destinado al cardenalato.

Entre las obras más notables de ese artista inmortal, si es que en sus obras cabe más y ménos, los inteligentes señalan la *Santa Cecilia*, que hoy tenemos la satisfaccion de publicar, grabada de tal suerte que puedan apreciarse las grandes condiciones del original. Contémplese ese cuadro, y dígase si cabe en pintura humana más grandeza y más sencillez, más dulzura y más firmeza, más conjunto y más detalle, más idealismo cristiano y mayor conocimiento del natural.

A su altura han llegado solamente Murillo y Velazquez, Leonardo de Vinci y Miguel Angel.

LA CUADRATURA DEL CIRCULO

I

¡Qué buen sugeto era D. José! Si tú le hubieses conocido, amigo lector, le habrias querido y estimado, como le estimábamos y queríamos sus discípulos todos. Ni recuerdo, ni hacen ahora al caso sus apellidos; para nosotros fué siempre D. José y por D. José le conocíamos, sin que, á pesar de lo generalizado de este nombre, ocurriese una sola vez que con otro D. José le confundiéramos: el sabio profesor era para sus discípulos, que le querian entrañablemente, D. José por antonomasia. Él, por su parte, correspondia al cariño de sus discípulos con un afecto sin límites. Muchos años han trascurrido desde que, mozo aún, mejor diré, niño todavía, asistí á su cátedra y sin embargo lo recuerdo perfectamente. Paréceme estar viendo la bondadosa sonrisa estereotipada en su fisonomía franca y expresiva, la penetrante mirada que acompañaba al razonamiento como para llevar luz al espíritu del que le oia. Jamás se impacientaba; nunca la travesura ni la torpeza de los alumnos consiguieron arrancarle de su actitud reposada y tranquila, ni alterar su cariñoso trato: para el duro de entendimiento tenia recursos en su paciencia inagotable; para el travieso y díscolo palabras afectuosas, paternales consejos que producian en nuestro ánimo impresion más honda y duradera que las acres y destempladas reprimendas de otros profesores. En resúmen, D. José parecia haber nacido para sus discípulos, como sus discípulos parecian haber nacido para él: desde el primer momento establecíanse entre uno y otros lazos de union que ni el tiempo rompia, ni la distancia relajaba.

Y, circunstancia singular, siendo D. José, como llevo dicho, de una calma inalterable y de una igualdad de carácter á prueba de contrariedades y disgustos, entristecíase y se acongojaba visiblemente siempre que en el curso de sus lecciones habia de explicarnos *la cuadratura del círculo* ó lo que, en definitiva, viene á ser una misma cosa, la *rectificacion de la circunferencia*. No dejaba por eso de exponer con la claridad de siempre esas teorías, ni su razonamiento flaqueaba, ni olvidaba uno sólo de los recursos por él empleados á fin de hacerse comprender hasta por los mas tardíos de comprension; pero era evidente que estas lecciones producian en él desagradable efecto y que deseaba ardientemente pasar á otro asunto y á diferentes teorías. Sus discípulos consideraban esto como una rareza, de esas que suelen caracterizar á los grandes talentos y procuraban por su parte que las lecciones sobre enojosos puntos de rectificaciones y cuadraturas durasen el ménos tiempo posible. D. José se esforzaba en probar que en este famoso problema poco ó nada se ha adelantado ni puede adelantarse despues de Arquímedes; que la circunferencia está rectificada por aquel insigne matemático y que para los usos de la vida no se pasa ni es necesario ir más allá. «La circunferencia, decia, equivale á tres diámetros, más una séptima parte de otro; para las aplicaciones prácticas del principio no hemos menester más aproximacion. Ni Metius que determina la estrafalaria relacion de $\frac{355}{113}$, ni los matemáticos modernos que han llevado su exageracion hasta obtener adefesios con cerca de doscientas cifras que para nada sirven, ni, en una palabra, el mismo que llegase á encontrar la solucion exacta del problema habrian prestado servicio alguno á la humanidad, ni habrian contribuido en nada al adelantamiento de la ciencia: el hombre sabe ya en este asunto cuanto necesita saber, llega en la cuestion de cuadraturas hasta donde necesita llegar y es indiferente para él que la relacion entre la circunferencia y el diámetro sea aproximada ó exacta, puesto que la aproximacion puede llevarse hasta donde la misma exactitud no llegaria. Si mañana, cosa que no espero, apareciese uno de esos maniacos que á cosa tan baladí consagran sus vigilias, con la cuadratura del círculo determinada exactamente, la ciencia nada habria ganado, ni en nada modificaria este inútil descubrimiento la marcha de la humanidad. Problemas hay que preocupan y deben preocupar la atencion de los sabios: la navegacion aérea por ejemplo, la aplicacion de la electricidad como medio de locomocion y muchos otros que no hay para qué citar. Es evidente que si se resolviese con exactitud el problema de dar direccion á los globos, el modo de ser del hombre variaria de una manera notable: este problema merece ser estudiado, es digno de que el sabio consagre á su resolucion los desvelos y los trabajos más asíduos, ¡pero la cuadratura del círculo! ¡Bah! eso no vale el papel que se ha emborronado para hablar de ello.»

Nosotros escuchábamos al maestro y entendíamos que tenia muchísima razon; así que jamas nos propusimos dedicarnos á resolver no ya solamente la cuadratura del círculo, más ni la triseccion del ángulo, ni la duplicacion del cubo, que D. José calificaba de fútiles pasatiempos de desocupados.

Exigencias de la vida me separaron de D. José, mi querido maestro; él prosiguió ilustrando con sus lecciones á otra generacion que empujaba á la nuestra y despues á otra que, á su vez, empujaba á la siguiente y yo me lancé, arrastrado por el torbellino de los acontecimientos, en el mar proceloso de la vida social.

Muchas veces he pensado en D. José, muchas veces he recordado sus sabias lecciones y sus consejos tan prudentes como afectuosos, en más de una ocasion he sonreido recordando la inquina que aquel espíritu elevado y sereno sentia hácia la cuadratura del círculo y siempre ha sido dulce para mí este recuerdo de mis primeros años: nunca he podido evocar la simpática memoria del sabio maestro, sin recordar con afectuosa compasion el tinte melancólico que á pesar de su bondad inefable, se advertia constantemente en su mirada y se veia en su sonrisa. Esta circunstancia que no preocupó ni podia preocupar al adolescente, preocupaba al hombre: era indudable para mí que D. José habia sufrido ó sufria en la época de mis recuerdos alguna de esas desgracias para las cuales no hay consuelo posible y cuya amargura solamente es dado mitigar á la lenta pero incontrastable accion del tiempo.

Así discurria yo hace pocas noches paseando por los jardines del Buen Retiro, cuando sentí que me tocaban suavemente en el hombro; volví la cabeza y quedé agradabilísimamente sorprendido al encontrarme frente á frente de D. José que empezó por apretar fuertemente mi mano entre las dos suyas y acabó, en vista del gozo que advirtió en mi semblante, por estrecharme entre sus brazos.

Mi sorpresa, de la que no salí en muchos minutos, era tanto más agradable, cuanto ménos se parecia el D. José que yo encontraba al D. José de mis recuerdos. Diez y seis años trascurridos habian modificado en muy poco el aspecto de mi antiguo maestro: los cabellos habian blanqueado un poco; pero conservaba la misma claridad en su mirada, la misma benevolencia en su sonrisa y habia adquirido en los diez y seis años pasados algo que yo nunca pude encontrar en él, cierta aureola de satisfaccion y contentamiento que se revelaba en su semblante y se respiraba en cada una de sus palabras. El abatimiento y la melancolía que ántes se observaba constantemente en él, habian sido sustituidas por una alegría y una animacion que se trasmitian al que estrechaba su mano.

Dije á mi amigo la favorable mudanza que en él advertia, y él, sonriendo con alegría franca, me contestó con cierto aire malicioso:—*Es que al cabo, he resuelto la cuadratura del círculo.*

Estas palabras vagas trajeron á mi memoria la circunstancia de que ántes he hablado y no pude ménos de expresar mi curiosidad; él entonces, cogiéndome alegremente del brazo, me arrastró hácia uno de los sitios más apartados de los jardines, y haciéndome sentar y sentándose junto á mí, me dió dos palmadas en la espalda, estrechó mi mano de nuevo y exclamó:

—Querido, tú fuiste, ya lo recordarás, mi discípulo predilecto. Mucho contribuia á mi estimacion el hallar en ti felices disposiciones para la ciencia, y condiciones de aplicacion y laboriosidad poco comunes en los mucha-



VENDEDORA DE PERIODICOS



BODAS DE GUILLERMO DE ORANGE CON ANA DE SAJONIA, cuadro por H. Burck

chos, más amigos de divertirse que de estudiar, pero te confieso que una gran parte del cariño, que te he profesado siempre, reconocia por causa la consideracion hácia mí que he advertido en tu trato: yo comprendia que tú me querias de verdad y áun sospechaba que presumias la causa de mi constante tristeza y me compadecias; no sé si en esto me engañaba; pero eso creí y yo correspondia á tu afecto con cariño de padre. Dejaste de asistir á clase, me perdiste de vista; pero yo he conservado de tí grato recuerdo; tu alegria de hoy, franca y espontánea, me demuestra que tampoco tú me habias olvidado; lo celebro de corazon y por eso quiero que reanudemos el curso de nuestras interrumpidas relaciones: para esto nada más oportuno que referirte lo que hace años me entristecia y lo que hoy me tiene contento como unas pascuas. No sé si mi relacion te fastidiará, aunque espero que no; pero si me equivoco, ten paciencia; los viejos tenemos derecho á la indulgencia de los muchachos; yo soy tan feliz que necesito hacer á álguien partícipe de mi felicidad y nadie como tú, á quien he querido siempre.

Yo rogué á D. José que se apresurase á comenzar su relato y con ese estímulo, y despues de adoptar la posicion que le pareció más cómoda en la casi desvencijada silla, comenzó la relacion que voy á reproducir íntegra.

II

Los hombres suelen decir pestes del matrimonio: yo sólo bien puedo decir de ese dulce nudo. Me casé enamorado de mi mujer, y despues de casado la quise más cada dia. Las gentes de ahora dicen que esto es soberanamente ridículo; pues bien, amigo mio, en ridículo estuve desde que me casé hasta que tuve la desgracia, que lloro todavía, de perder á la que fué en vida mi primero y mi último amor, mi compañera leal, mi única amistad verdadera. Era mi Carlota una mujer como no he conocido otra alguna: yo empecé por estimarla y acabé por no comprender la vida sin ella.

Tú me conoces, sabes que no peco de apasionado, ni de ligero en mis determinaciones, por eso me creerás si te digo que cuando Carlota murió, deseé ardientemente morir; te lo aseguro: sin la existencia de una pobre niña de dos años, que habria quedado sola en el mundo, yo no hubiera sobrevivido un solo dia á mi esposa. Pero ésta al morir habia estrechado cariñosamente mi mano y señalándome con los ojos á nuestra hija que jugaba sonriendo en brazos de su nodriza, me dijo con voz apénas perceptible: *¡vela por ella!* y espiró.

A velar por mi hija, á cuidar de su porvenir me consagré desde entónces. Esta mision, que consideré sagrada, me dió fuerzas para sobrellevar tan rudo golpe.

Pasaron meses, trascurrieron años y sin que yo acierte á explicar la causa, me dí á pensar, cuando los cuidados de mi hija y de mi pequeña hacienda me dejaban vagar para ello, en la *cuadratura del círculo*. Fué una monomanía, que alimentó por espacio de muchos meses mi espíritu ocioso. Como yo no habia hecho estudios de geometría, hube de comenzar mis trabajos por aprender los rudimentos y engolfarme en el estudio de las matemáticas; compré cuantas obras se publicaban en Europa. Libros elementales, obras magistrales, monografías, revistas científicas, cuanto de bueno ó de malo se escribia relativo á las ciencias y sobre todo al problema en cuestion comprábalo y lo coleccionaba yo con cuidado sumo, con lo que vine á consumir buena parte de mi hacienda.

Reservé, no obstante, para dote de mi Margarita, una casa que poseia en Madrid y que modesta y todo, bien valdria catorce mil duros, y esto me tenia perfectamente tranquilo.

Cierto dia, nunca lo olvidaré, creia ya haber dado al fin con la solucion del problema, estaba á punto de comprobar la exactitud, faltábame apénas obra de un cuarto de hora, cuando penetró en mi habitacion pálido, desencajado, cubierta la frente de sudor y con el traje en desórden mi amigo, más que mi amigo, mi hermano del corazon, Alfredo San-Clemente, á quien en honor de la verdad, recibí casi con enojo, con verdadera impaciencia porque venia á interrumpir trabajo tan interesante para mí.

—Pepe, me dijo, desde aquí voy á saltarme la tapa de los sesos.

—Pero Alfredo.....

—Oyeme un instante. Si no tuviera un hijo, no te habria causado molestia alguna. La muerte no me espanta, sabes que la he deseado muchas veces: la vida sí: deseo dejarla para descansar. Pero tengo esposa, tengo un hijo, ¿qué será de ellos si muero? Yo no debo matarme y sin embargo, yo no puedo vivir.

—Explícate, ¿qué ocurre?

—Dominado por la pasion del juego, me he cegado, y he dispuesto de un capital que no era mio.

—¿Tú?

—Sí: yo; yo soy á estas horas un miserable ladron, á quien los tribunales enviarán á presidio y que legará la infamia del presidiario por única herencia á su hijo.

—Pero ese dinero... ¿no podrias restituirlo?

—Sí, si tú me ayudas.

—Cuenta conmigo para todo.

—Pues bien, se trata de lo siguiente: si pasado mañana no entrego la cantidad que tomé en depósito, ántes que someterme á un proceso, apelo al suicidio: mi resolucion es irrevocable. Yo puedo hallar la cantidad necesaria si garantizas mi firma.

—Es decir.....

—Es decir, que me facilitan ocho mil duros con un simple pagaré que tú garantices.

—Pero.....

—Basta, no he venido á discutir, amigo mio: ni quiero mortificarte, ni permitiré que te violentes en lo más mínimo. De antemano sabia que lo que pensaba solicitar de tí era difícil, casi imposible; sin embargo, tenia el deber sagrado de intentar este supremo esfuerzo, de apelar á este recurso último, ántes de abandonar á mi esposa, ántes de dejar á mi hijo sin padre. Esto he debido pensarlo ántes de cometer la infamia de que estoy avergonzado, tengo horror de mí mismo, comprendo que mis amigos me desconozcan, comprenderé mañana que los mios me nieguen y maldigan mi memoria. Adios.»

Causóme profunda pena ver alejarse así de mi lado á un amigo á quien habia querido siempre como hermano y que, á pesar de la grave falta cometida, tenia nobles y elevados sentimientos. Detúvole pues y le dije:

—Alfredo, yo no puedo permitir que te separes de mi lado con la desesperacion en el alma. Busquemos remedio al daño si le tiene; te he dicho que cuentes conmigo y no lo he dicho en vano. ¿Qué cantidad necesitas?

—Diez mil duros.

—¿Tienes medios de encontrar dicha cantidad?

—Tengo quien me la preste por tres meses si tú garantizas el pago.

—¿Y cuentas con recursos para pagar esos diez mil duros?

—Sí: para tí que me conoces, para tí que sabes (á pesar de la infamia en que he caido) que no ofrezco lo que no esté seguro de cumplir, para tí tengo esa seguridad. Mi tio Manuel, que hoy reside en América, es inmensamente rico, soy su único heredero, y mil veces me ha llamado á fin de que le ayude en sus negocios *ofreciéndome un adelanto de quince mil duros en el* momento en que pise los umbrales de su casa. Pues bien, solventado que sea este negocio, me parto para Cuba y ántes de mes y medio remito fondos para que recojas nuestro documento.

—Está bien: no me perdonaria nunca haberte abandonado en situacion tan difícil y haber visto indiferente la desgracia posarse sobre tu familia. Yo garantizaré el pago de los diez mil duros. Pero á mi vez he de hacerte un ruego: yo tambien soy padre, al prestarte este servicio comprometo, no mi fortuna, que eso nada me importaria, sino el porvenir de mi hija. Lo que garantiza tu salvacion es el dote de Margarita. Te he dicho bastante, no olvides esto.

Alfredo visiblemente conmovido, levantóse á estrecharme la mano, y dijo en voz apénas perceptible: *gracias*, y salió.

Al dia siguiente se formalizó la escritura; mi casa quedó hipotecada al pago del capital é intereses y los diez mil duros fueron entregados á mi amigo Alfredo.

Cuando hubimos terminado las enojosas operaciones que esos asuntos requieren, Alfredo me dió un fuerte abrazo y me dijo: «Has devuelto un hombre á la sociedad, un esposo á la esposa, un padre á su hijo; te debo la vida, la honra y la familia; eres más que mi padre: te juro que no lo olvidaré nunca. Mañana mismo salgo de Madrid, cuenta desde luégo con la cantidad necesaria para recoger ese documento y despues con todo, absolutamente y sin restricciones, con todo lo que yo pueda y valga.»

Las emociones de aquellos dos dias me habian distraido de mi monomanía de rectificaciones y cuadraturas: cuando torné á mis trabajos no pude dar con la solucion que tan satisfactoria me parecia, y tuve que comenzarlos de nuevo.

Pasaron algunas semanas y no supe de mi amigo Alfredo: pasaron los tres meses y el prestamista se presentó reclamando su capital. Le expliqué lo ocurrido, dijo que lo deploraba, pero que necesitaba sus fondos; conseguí al cabo que me concediera, mediante pago de intereses, un plazo de próroga.

Para no cansarte, Alfredo no dió razon de su persona ni de los diez mil duros: el prestamista al cabo de varias renovaciones y cuando habia cobrado de intereses casi más de lo que el capital importaba, me obligó á deshacerme de la casa, con lo que me quedé sin fortuna, y mi hija Margarita sin dote.

No recuerdo haber tenido en mi vida pesadumbre mayor, á no ser cuando murió mi querida Carlota.

La verdad es que estaba desesperado. Renegaba de mi debilidad, que fué verdaderamente criminal, maldije á mi infame amigo, pero ni la maldicion ni el arrepentimiento me devolvieron la casita que era el dote de mi pobre hija.

¡Cuánto lloré en aquellos dias! Yo no tenia derecho, me decia, para haber comprometido lo que ya no era mio. Si en vez de consagrar mi tiempo á investigaciones pueriles y á problemas vanos hubiese visto mundo y conocido á los hombres, no me habria dejado sorprender por un infame embaucador. Me deshice de mis libros por ménos de una centésima parte de lo que me habian costado y utilizando los conocimientos que mi locura me habia hecho adquirir, me dediqué á la enseñanza de las matemáticas.

Esperaba ¡necia esperanza! recuperar el dote perdido de mi querida Margarita que ignorante de todo lo ocurrido me atormentaba con sus halagadoras caricias que yo creia no merecer.

Por entónces te conocí; ya sabes cuál era la causa de mi tristeza. Comprendí muy pronto lo imposible de realizar mi propósito. Mis lecciones me daban apénas lo suficiente para cubrir las atenciones más perentorias. ¿Cómo pensar siquiera en rehacer ese capital? Era preciso renunciar á dar un dote á Margarita: esto me llenaba de angustia y de tristeza. Por eso...—pero el concierto ha terminado, amigo mio; mi hija me espera y no quiero hacerla esperar. Falta el epílogo de la historia; si quieres conocerlo, vente mañana á almorzar conmigo. Almuerzo á las once; no fumo, pero tengo buenos tabacos para los buenos amigos, y estaremos solos. Ahí va mi tarjeta,—dijo,—y me abandonó perdiéndose despues entre la multitud.

III

No falté á la cita. Mi antiguo maestro me recibió cordialmente; advertí en su semblante la misma animacion, la misma alegría comunicativa que tanto me habia sorprendido la noche anterior.—Querido discípulo, me dijo, contando con tu aprobacion, he dispuesto que nos sirvan el almuerzo en mi cuarto: como ayer te dije, estamos solos: lo que he de referir es sobradamente conocido para mi familia y no quiero molestarles con repeticiones que hastian; por otra parte, solos estaremos con más libertad. La felicidad me ha convertido no precisamente en gloton, pero sí en un tanto gastrónomo: á la mesa pues.—El almuerzo fué de verdadero gastrónomo, delicado y dispuesto con inteligencia; el mismo Brillat Savarin, que ha elevado á ciencia el arte culinario, nada habria podido tachar ni en la eleccion de platos ni en el servicio de vinos.

Cuando saboreábamos un café delicioso y miéntras el mismo D. José escogia para mí un tabaco de la más acreditada marca, comenzó de nuevo su interrumpida relacion diciendo:—Te he nombrado varias veces á mi Margarita. Como pronto has de conocerla no quiero hacer su retrato: los padres son naturalmente apasionados y llegan á convertirse en fastidiosos y áun ridículos cuando de sus hijos se trata. Mi hija es á mis ojos un verdadero ángel: me doy á creer que el espíritu de mi bondadosa y angelical Carlota reencarnó en el cuerpo de Margarita. Su misma bondad, su abnegacion misma, su..... ¿lo ves? habia prometido no hablar de ella y sin querer me extiendo en elogios suyos; la quiero más que á mí, ha sido mi sosten y mi ayuda en mis tribulaciones, me ha consolado en mis largas noches de duelo y de amargura, ¿qué mucho que la adore con toda la fuerza de mi alma?

Pues bien, mi buena Margarita creció en años y creció al mismo tiempo en donaire y en belleza aumentando á la vez su inteligencia y su bondad. Margarita era la alegría de la casa; veíame constantemente triste y discurria siempre nuevos medios y recursos ingeniosos para alegrarme: siempre concluia por hacerme reir y una vez obtenido este resultado, brincaba de gozo y palmoteaba cantando, enorgullecida de su victoria: yo habria dado por ella mi vida y mi alma. Su presencia sola, me hacia olvidar de todo: cuando quedaba solo en mi habitacion volvia á mi memoria mi locura y mi imprudencia y lloraba lágrimas de sangre al comprender la imposibilidad de recuperar lo perdido y el triste porvenir reservado á la pobre niña si yo faltaba: la idea de morir yo, me causaba espanto y daba vueltas á mi imaginacion, aunque inútilmente, buscando medios que nunca hallaba de hacer fortuna.

En una ocasion me pareció advertir en los ojos de Margarita señales de llanto: esto me alarmó. A su edad, solamente pesares de amor se conocen. Sospeché que Margarita pudiera estar enamorada y esta sospecha me hizo sufrir de dos modos: experimenté en primer lugar una dolorosa impresion que no sé si llamar celos ó envidia: pareciame que á Margarita debia bastarle con mi cariño sin límites y se presentaba á mi vista, horrible, desconsoladora la realidad: Margarita amaba, para mi era indudable: á su edad, solamente por amor se llora; llegaria un dia en que abandonaria por la casa conyugal el hogar paterno, y aquella idea que nunca hasta entónces me habia ocurrido, llenó de espanto y de luto mi corazon. ¡El hombre es ante todo y sobre todo egoista! Mi egoismo se sublevó ante la idea de separarme del ángel de mi hogar.

Temblé además por ella, ella pobre niña todo candor, todo inocencia, ¿en quién habia fijado sus miradas? Acaso en el primer mozalbete necio y corrompido que hubiese acertado á encontrar, con dulces frases y tiernos requiebros, el camino de su corazon.

Resolví hablar á mi hija, y aquella misma noche, ántes de retirarnos á descansar, hícele que se sentase á mi lado y cogiendo entre mis manos su linda cabeza, y fijando en los suyos francos y serenos mis ojos investigadores, le dije:

—Margarita, has llorado mucho y yo ignoro la causa; ¿no soy ya tu amigo? ¿no tienes ya confianza en tu padre que tanto te quiere?—Dime tus penas como yo te he dicho las mias. Si tienen remedio, entre los dos lo buscaremos; si no le tienen, las lloraremos juntos. No me hagas sospechar que guardas algun secreto que no puede conocer tu padre.

Entónces Margarita, que habia mantenido sus ojos bajos, los clavó en mí con una claridad que revelaba la pureza de su espíritu, y me dijo:

—Es verdad que he llorado: ni tengo por qué ocultarlo, ni lo he callado sino para ahorrarte disgustos, que hartos tienes. La desgracia, una desgracia que no comprendo, pero que no por eso es ménos terrible, ha venido á destruir esperanzas de amor que hace algunos meses alimentaba: á eso se reduce todo, papá. No te aflijas por eso, espero que esto pasará y que..... al decir esta pala-

bra, las lágrimas corrian por sus mejillas; habria dado mi vida por ahorrarle aquel dolor.

—Pero ¿de qué se trata?—le pregunté;—explícamelo todo, yo soy viejo, tengo experiencia y acaso encuentre remedio para lo que tú juzgas irremediable.—Entónces me dió una carta que conservaba señales de haber sido muchas veces leida y como regada con lágrimas y que decia así:

«Margarita, la anhelada carta de mi padre ha llegado al cabo: ojalá no hubiese llegado nunca. De ella esperaba nuestra felicidad y ella viene á desvanecer nuestras esperanzas. Mi padre, que hace dos años es inmensamente rico, me dice que debo unirme á una mujer por él elegida, y que, en otro caso, su fortuna entera, que no le pertenece, pasará á poder de un extraño. En nada tengo la eleccion de mi padre; yo nunca me uniré á otra mujer que á mi idolatrada Margarita; pero, ni como caballero leal, ni como hombre honrado puedo unir mi suerte á la tuya sin contar, como hoy no cuento, con la fortuna de mi padre que pensaba ofrecerte. Lo peor del caso, querida Margarita, es que mi buen padre me explica su resolucion de tal manera que yo mismo no puedo ménos de aprobarla y de aplaudirla. Adios Margarita: sé feliz, yo seria criminal si uniese mi desgraciada vida al sér por quien haria toda clase de sacrificios.»

No quise leer más, y pregunté á mi hija:—Pero ¿quién es este jóven? ¿Dónde le has visto? ¿Cómo os hablais?

—Nunca nos hemos hablado; le ví en el teatro hace dos años, y desde entónces me sigue á todas partes; me ha escrito y le escribo. Nada más.

—No son noticias muy tranquilizadoras; pero yo deseo ver y hablar á ese muchacho: dile que venga si tienes medio de decírselo y si no se asusta de ver á tu padre, que no se asustará si son leales sus propósitos.

—Le escribiré,—me dijo,—y vendrá mañana.

Y en efecto, acudió al dia siguiente: desfavorablemente prevenido estaba yo; pero no pude ménos de confesar que su exterior le favorecia mucho.

Simpático, de desenvueltas y corteses maneras, digno sin arrogancia, respetuoso sin humildad se presentó á mí y despues de breves frases de cortesía, á mis preguntas categóricas contestó tranquilamente y con emocion visible:

—Yo amo á Margarita y pretendia hacerla mi esposa; nunca la he hablado; pero conozco lo que vale y sé que no la merezco.



LO AJENO, dibujo por R. Rossler

Terminada mi carrera y juzgando á mi padre inmensamente rico, porque afortunadas especulaciones realizadas en los Estados Unidos hace dos años, le han hecho adquirir muchos millones, esperaba conocer sus intenciones con respecto á mí para pedir á V. la mano de Margarita. Escribí en este sentido y la carta de mi padre ha llevado á mi espíritu el desaliento, la desesperacion. Mi padre me dice que ha realizado, en efecto, fabulosas ganancias, pero que esas ganancias, su fortuna toda y su vida no le pertenecen, sino que son de derecho y de hecho de un hombre á quien debe vida, honra y hacienda, y á quien él en cambio ha sumido, sin quererlo, en la ruina y en la desesperacion. «Este hombre generoso y noble, escribe mi padre, tiene ó debe tener una hija; esa es la que yo en mis sueños te destinaba si llegase á tanto tu fortuna que la merecieses; pero si esto no pudiera ser cuenta con que mi hacienda es toda de ese hombre»: mi padre refiere á continuacion el fundamento de su resolucion, y el relato, que me permitirá V. omitir, es tal, que si mi padre vacilase, seria yo el primero que le infundiese ánimos.

Fácil te será comprender la emocion con que yo le preguntaria:—¿Cómo se llama el padre de V.?

—Alfredo San Clemente.

La alegría, el aturdimiento, la emocion que de mí se apoderaron, fueron tales, que caí casi desvanecido en la butaca; pronto volví á los cuidados de mi hija que habia acudido inmediatamente y entónces, con las miradas fijas sobre mí y casi juntas aquellas nobles cabezas en que la bondad, la belleza y la juventud resplandecian por igual, contemple á los jóvenes con gozo inefable, cogí la mano de mi hija y la del que consideraba como hijo, y uniéndolas con efusion exclamé:—Sed muy dichosos hijos mios: ambos lo mereceis.

Nada tengo que añadir á lo expuesto que tú no adivines. Con el regreso de mi buen amigo el millonario Alfredo, coincidió la boda de Margarita y mis hijos me han impuesto, como ves, *la dolorosa condicion* de vivir con ellos.

Ya ves si tengo motivo para que la felicidad me anime y me haga comunicativo y fastidioso. La familia se ha aumentado con un respetabilísimo caballero que tiene cuatro meses y medio y que ya me conoce y me quiere mucho más que á su madre, aunque ella lo niega y no quiere confesarlo.

Los judíos y áun los cristianos han conservado la creencia de que las faltas de los padres caen sobre los hijos y los hijos de sus hijos hasta la cuarta generacion: yo he descubierto que el bien realizado por el padre viene á redundar en pro de los hijos. Este principio es más sano y más consolador.

Por eso te decia ayer que habia descubierto *la cuadratura del círculo.*

Así y todo no te aconsejaré que sirvas de fiador al mejor amigo que necesite tomar dinero á préstamo. Mi amigo Alfredo es un ejemplar único y yo he tenido la suerte de tropezar con él. Es casi seguro que si tú hicieses lo que yo, no resolverias como yo he resuelto *la cuadratura del círculo.*

A. SANCHEZ PEREZ

NOTICIAS VARIAS

SINGULAR CASO DE INCENDIO.—El periódico de Lóndres «La Naturaleza» da cuenta de un curiosísimo caso de incendio. Dice que dos señoras estaban de visita en un salon, cuando una de ellas observó que salia humo del vestido de su vecina. Buscóse al punto la causa, y se reconoció que aquel principio de incendio habia sido ocasionado por los rayos del sol, que una lente de grafoscopo ó de estereóscopo, colocado en una mesa inmediata, habia hecho converger sobre el vestido de la dama. Seria curioso saber si se han conocido ya hechos semejantes; pero de todos modos este ejemplo prueba bien que una causa muy sencilla produce, ó puede producir grandes efectos, sin que se sospeche su orígen las más de las veces.

***

FERRO CARRIL ELÉCTRICO.—El que debe enlazar las estaciones de Charing Cross y de Waterloo en Lóndres pasará por debajo del Támesis y será de doble via. Como esta línea ha de ser en gran parte subterránea, se ha procurado evitar el humo que despiden las locomotoras, valiéndose al efecto de la electricidad como fuerza motriz.

Los wagones marcharán separadamente para que la circulacion pueda ser más numerosa y facilitar las paradas; serán de acero y de madera; sus ruedas estarán movidas por una máquina dinamo-eléctrica puesta en el centro del wagon que recibirá la corriente eléctrica por un rail conductor. Los extremos de cada carruaje formarán los compartimientos, que serán de dos clases, y que estarán á 22 centímetros del suelo. En los extremos de la línea los wagones girarán sobre plataformas para cambiar de vía, produciendo la electricidad todos estos movimientos.

La velocidad reglamentaria será de 17,5 kils. por hora, de suerte que en tres minutos y medio se podrá recorrer todo el trayecto.

***

LAS MINAS DE SANTA RITA.—Las que se han descubierto últimamente en las montañas de este nombre, en Treson (Arizona), contienen inmensa cantidad de cuarzo argentífero de una riqueza fabulosa. No se habia concido nada semejante hasta aquí.

BIBLIOGRAFÍA

El fecundo é ilustrado escritor D. Enrique Rodriguez Solís acaba de publicar un libro notabilísimo con el título ESPRONCEDA, SU TIEMPO, SU VIDA Y SUS OBRAS.

El autor, modestamente, califica de ensayo su libro; y, sin embargo, es un trabajo concienzudo y eruditísimo, que no revela al principiante que ensaya, sino al maestro que funda.

El Sr. Rodriguez Solís, conduciendo de frente la historia de la época y la de su biografiado, ha dado á la figura de Espronceda un realce y una grandiosidad que de otro modo habrian sido imposibles. Si el Sr. Rodriguez Solís hubiese dicho que Espronceda fué conspirador y emigrado, habria pintado la verdad; pero la sublime eminencia de carácter que, para serlo en tiempos de Fernando VII era absolutamente necesaria, habria pasado inadvertida para los españoles de esta generacion, acostumbrados á ver solamente lo glorioso del peligro que amenazó breves dias á los hombres de la revolucion de Setiembre, y el ninguno en que después estuvieron los del golpe de Estado del 3 de enero, y luégo los de la restauracion de Sagunto.

Pero el sagaz autor, con artística habilidad y contraste exquisito, nos pinta á Espronceda el 7 de noviembre de 1823, á la puerta principal de los Estudios de San Isidro, lívido, palpitante, ardiendo en justísima indignacion, y sin proferir un solo acento, al ver al general Riego metido en un seron de esparto, tirado por macilento pollino, vestida negra hopa y en la cabeza el birrete de los ajusticiados, pálido, exánime, medio cadáver, insultado ferozmente por la hez de los *manolos* y de las *manolas*,



TERTULIA DE CONFIANZA

ver allí al niño de 15 años componiendo tranquilamente los fragmentos del PELAYO; semejante, aunque no igual, á Cervantes, cuando en la prision de Argamasilla concibió el sin par *Don Quijote de la Mancha*. ¿Quién no ve ya en el convento de Franciscanos de Guadalajara al espíritu brioso que luégo habia de escribir EL ESTUDIANTE DE SALAMANCA, y de empezar EL DIABLO MUNDO?

Es necesario leer toda la obra para comprender lo feliz del consorcio entre la historia y la biografía, explicándose é ilustrándose mutua y continuadamente, sin desmayos ni vacilaciones y en estilo siempre sobrio, enérgico y galano.

Una rectificacion, no obstante, hemos de hacer á una frase deslizada al correr de la pluma, y que no expresa ni el pensamiento ni la conviccion del Sr. Rodriguez Solís. Lo cual nos consta.

Dice el autor en la rapidez de su resúmen, que Espronceda, al dar el tono á la nueva generacion, *rompió* los antiguos moldes, y destruyó las antiguas reglas. No es esto lo que ha querido decir el Sr. Rodriguez.

Nadie más escrupuloso observador de las reglas que Espronceda; nadie más admirador de los clásicos (igual en esto á todos los que tuvimos la gloria de oir las lecciones del gran maestro D. Alberto Lista). Espronceda fué un progreso, y el progreso consiste rara vez en destruir; pocas veces en reemplazar; y siempre, siempre, siempre *en acrecentar; que la honda se usa aún juntamente con* el Remington, y el remo con la hélice, y el caballo no ha sido destruido por la locomotora; ni los frutos coloniales han hecho prescindir del antiquísimo pan; ni el telégrafo ni el teléfono destruirán jamás la escritura de Cadmo, ni la civilizadora accion del periodismo.

Reciba el Sr. Rodriguez Solís nuestro más distinguido parabien.

E. BENOT

misericordiosamente suspendido por los hermanos de la Paz y Caridad para que no llegara destrozado á la horca de la Plaza de la Cebada, y rodeado de frailes que le *ayudaban á bien morir con gritos pavorosos. Junto á* esta pintura es cuando se concibe la audacia de los jóvenes, *casi niños*, que formaban la atrevida sociedad secreta de los *Numantinos*, y la bravura que necesitaban Espronceda y sus amigos y secuaces para reunirse en un sótano de la calle de Hortaleza, alumbrados mezquinamente por dos angostos tragaluces, y jurar allí no omitir medio ninguno para vengar la muerte del General.

Para hacernos comprender el heroísmo de Espronceda cuando en octubre de 1830 penetró en España con Don Joaquin de Pablo *(Chapalangarra)*, nos pinta Solís á este coronel acribillado por las balas realistas al arengar á los Voluntarios de Navarra que en la guerra de la Independencia habia tenido á sus órdenes; y entónces es cuando se conciben los prodigios de valor de Espronceda para detener á Eraso, jefe de las tropas de Fernando VII, teniendo que combatir cada liberal contra diez realistas cuando ménos.

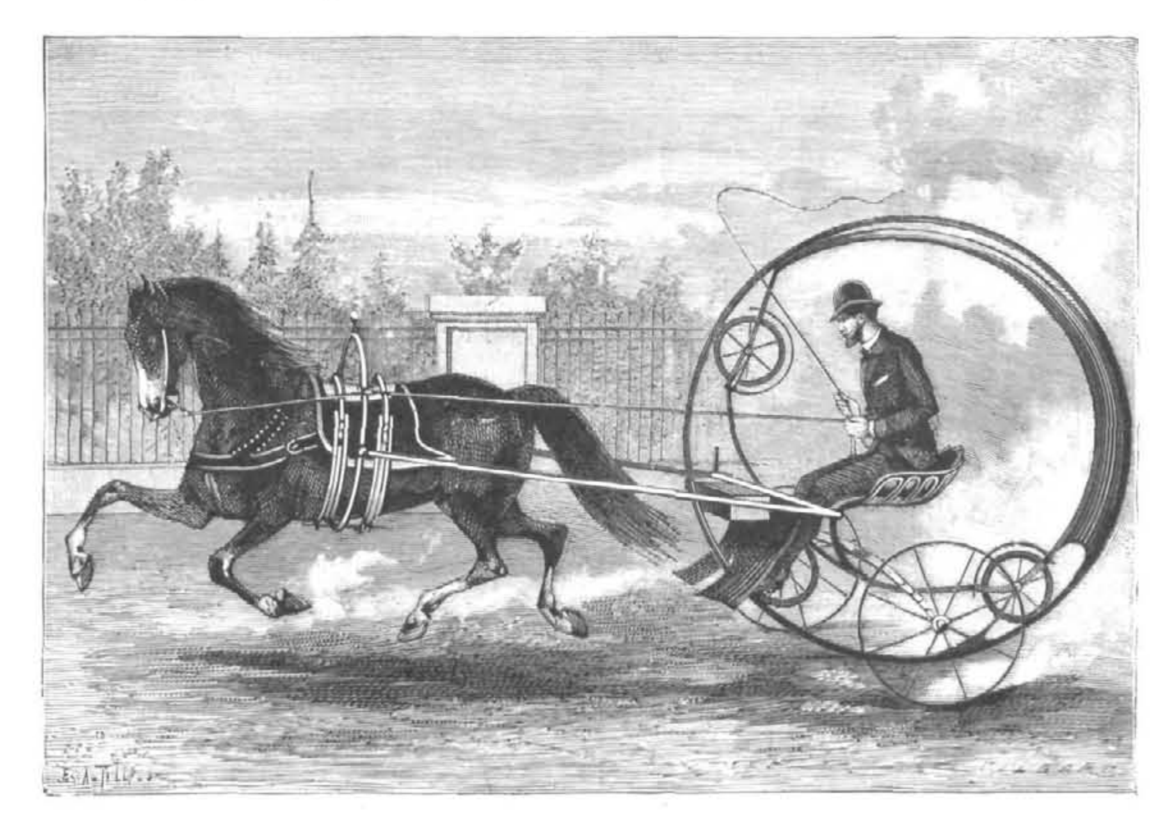
¡Grandiosa es la poesía de Espronceda! ¡inmensa su imaginacion; sorprendente su inventiva! En absoluto, no necesita de contrastes ni comparaciones para cautivar la universal admiracion; pero ¡cuánto más grande aparece al lado de las infames y desdichadas coplas de los degradados poetastros de Fernando VII, desenterradas con admirable diligencia por el Sr. Solís!

La muchedumbre de datos reunidos por el autor es tanta, que, de cierto, no habrá erudito que no tenga en la obra algo que aprender; y el interés es tal, que semejante riqueza nunca parece demasiada.

Y, no obstante, los rasgos puramente personales están escogidos con una encantadora sobriedad.

Escosura queria conocer á Espronceda por los elogios que un vecino de éste (el cadete José Valls) le habia hecho. Desde el patio de la casa gritó Valls: *Pepe, Pepe!* A este llamamiento, ven aparecer en un balcon del piso 3.° á un mozuelo gentil, de negra y rizada cabellera, que, con regocijado semblante, les grita: *Allá voy;* y, cabalgando en la barandilla del balcon, se abraza á un canalon de hoja de lata que desde el tejado y para desagüe bajaba al patio, y con rapidez vertiginosa se deja caer por el mismo canalon, que crujía y se cimbraba, amenazando hacerse trizas. ¿Quién no ve ya, dada esta audacia y tal desprecio de la vida, al defensor de las barricadas de París en 1830, y al bizarro sucesor de Chapalangarra? ¿Al hombre osado que luego habia de ser víctima de las *más hondas pasiones?*

Delatada la sociedad secreta de los *Numantinos*, la causa, gracias á la intervencion del ministro Cea Bermudez (pariente de Ventura de la Vega, otro de los imberbes conspiradores), fué arrancada de las manos del tribunal militar presidido por el tigre Chaperon, y remitida á la Sala de Alcaldes; la cual sólo condenó á Espronceda á cinco años de reclusion en el convento de PP. franciscos de Guadalajara; y desde luégo el Sr. Solís nos hace



LA GOLONDRINA

IMP. DE MONTANER Y SIMON



SANTA CECILIA, COPIA DEL CÉLEBRE CUADRO DE RAFAEL



AÑO II — BARCELONA 14 DE MAYO DE 1883 — NÚM. 72

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

GORRA DE PLATA, retrato que forma parte de la Galería de mujeres hermosas

REVISTA DE MADRID

Triunfo de los actores portugueses.—Lucinda Simoes.—No estudiamos las cosas de Portugal.—Dificultades del portugués en la escena.—El lenguaje del alma.—Ovacion entusiasta.—Diferencias entre Furtado Coelho y su esposa Lucinda.—La escuela de don Julian Romea.—Unas palabras de Arderius.—Alegría general.—El arte une los pueblos.—Campoamor en el Ateneo.—Sus originalidades.—Defensa de la metafísica.

¡La compañía portuguesa ha triunfado!

El dia en que dieron los apreciables artistas lusitanos su primera representacion, acudió al teatro de la Comedia numerosa concurrencia.

Todo el mundo se preguntaba:

—¿Cómo acabará esto?

¡Y la verdad es que acabó con una verdadera explosion de entusiasmo!

¡Portugal nos dominó con las dulces cadenas del arte escénico!

***

Durará mucho tiempo en mi memoria la impresion que recibí aquella noche.

Nosotros no sabíamos que Portugal atesorase una actriz como Lucinda Simoes.

Tenemos el defecto,—preciso es confesarlo,—de ignorar las cosas portuguesas. Por encima de los Pirineos miramos á Europa, y sobre todo á Francia, de la cual copiamos ó imitamos la literatura, las modas,... hasta los sentimientos; pero rara vez dirigimos una mirada al otro extremo del Tajo.

Virginia Marini es una actriz italiana tan popular en Madrid que apénas se encontrará quien alguna vez no la haya aplaudido.

Antes de que presenciáramos las representaciones de Sarah Bernhardt teniamos ya multitud de ideas sobre esta actriz extraordinaria, adquiridas por medio de la prensa francesa. Conocíamos sus cualidades y sus defectos; habíamos leido el inventario de sus trajes y de sus joyas riquísimas; sabíamos que su arte estaba sancionado por la crítica del mundo entero; que la opinion soberana habia dictado su fallo, y que no podíamos ser una nota discordante en el concierto artístico del mundo entero.

Así es que cuando vino Sarah Bernhardt, nuestros aplausos á la actriz francesa fueron una especie de reconocimiento de la fama que la precedia.

Pero con Lucinda Simoes, actriz portuguesa, no ocurrió nada de esto. Nadie la conocia: no tenia historia, por lo ménos, para nosotros.

Salió á la escena y se impuso en seguida, por su naturalidad y la manera exquisita de expresar los afectos del alma.

¡Cosa rara! Apénas se la entendia... Esa lengua tan vecina de la nuestra, ese idioma que (dispensen los portugueses) puede ser considerado como un dialecto, que todos los españoles traducimos sin necesidad de maestro, nos resultaba completamente oscuro en la escena. Aquello era una tenebrosa noche iluminada tan solo de vez en cuando por momentáneos fulgores. Imaginad un desierto donde al cabo de largas jornadas por las arenas se descubre algun oasis con vegetacion, con agua, con sombra deliciosa, y tendreis una idea de lo que resultaba para nosotros la lengua portuguesa en la escena española.

Los oasis á que me he referido en el símil anterior eran las palabras que solían llegar á nuestro oido, completamente castellanas, y que nos hacian decir por un instante:

—¡Vaya!... ¡Si lo entiendo!

Hasta que volvíamos á penetrar en las densas tinieblas de lo desconocido.

Pero... la mímica, la accion, los movimientos de la figura ejercen un poder inmenso en el arte teatral.

Una vez presentada la eminente Lucinda, si no entendíamos los sonidos, podíamos seguir la comedia en los ojos y en la sonrisa de la actriz portuguesa.

El lenguaje del alma es universal; se entiende en todas partes.

Además, la obra que se representaba era la comedia de Dumas hijo titulada *Demi monde*, y pocas personas habria aquella noche en el teatro que no la conocieran.

Lucinda Simoes, esposa de Furtado Coelho (otro actor notable de la compañía portuguesa) hacia el papel de *baronesa d Auge*.

Como he dicho ántes, su primera salida nos impuso ya á todos.

Habíamos empezado á sonreirnos desdeñosamente, y bien pronto quedó nuestra soberbia castigada. Nos pusimos serios.

Cayó el telon despues de concluirse el primer acto, y se oyó repetidas veces en los pasillos esta exclamacion;

—¡Ya quisiéramos nosotros poseer una actriz semejante!

Y eso que Lucinda no habia tenido aún ocasion de desplegar los recursos de su talento maravilloso.

No tardó mucho, sin embargo, en hacer de ellos ostentacion poderosa.

En el segundo acto vióse envuelta en una atmósfera de cariñosa simpatía.

Los aplausos fueron merecidos.

Y en los actos siguientes obtuvo la insigne actriz una ovacion entusiasta, delirante, fanática.

Su esposo Furtado Coelho compartió justamente con ella los aplausos.

Son dos artistas de primera fila. Él tiene la ventaja para nosotros de vocalizar muy bien, de modo que se le entiende la mayor parte de lo que dice.

¡Cómo hizo la relacion en que Olivier de Jalin explica á Raimundo de Nanjac los misterios del *demi monde!* ¡Admirable!

Pero Furtado Coelho no es tan natural como su esposa; y en eso estriba su inferioridad.

Lucinda tiene la sobriedad de procedimientos propia de todos los grandes artistas. Habla como podria hablar en su casa; pero en su voz, en su figura, se reverberan los sentimientos como si al través de un cristal contemplarais su alma.

Yo no recuerdo más que otro actor que poseyese la naturalidad y el talento escénico que nos ha revelado Lucinda. ¡Ese actor era nuestro inolvidable D. Julian Romea!

Cuando el representante del teatro de la Comedia, que habia tenido la atencion de enviarme una butaca de primera fila, vino á preguntarme qué me parecia, no pude ménos de prorumpir en vivas y entusiastas exclamaciones.

A iguales extremos se entregaban todos los autores dramáticos, literatos, artistas, críticos y periodistas que habian presenciado la primera representacion portuguesa.

Arderius, el activo empresario de la Zarzuela, me dijo lo siguiente:

—A mí no me extraña el entusiasmo de Vds. Yo conocia de antemano á esa gente. En Portugal hay buenos actores. Desengáñese V.... salvo dos ó tres excepciones, Madrid es la capital del mundo que tiene peores artistas escénicos. ¡Ya ve V.! ahora acabamos de reconocer y sancionar el mérito de dos artistas portugueses completamente desconocidos del público madrileño. Ya sólo nos falta una cosa; y es aplaudir en la corte de España á una compañía regional, la catalana, por ejemplo, y tener que confesar (como así sucederia si viniesen á dar en Madrid algunas representaciones) que los actores catalanes representando obras de *Serafí Pitarra* y otros dramaturgos del antiguo Principado, superan á los artistas que escuchamos y áun aplaudimos en Madrid comunmente.

***

Digamos en honor de la verdad que todo el mundo se alegraba del éxito obtenido por los portugueses.

Portugal es nuestra hermana; y el dia en que establezcamos entre la patria de Calderon y la patria de Camoens verdaderos lazos artísticos, que son los que más fuertemente atan á los pueblos, el dia en que sea mutua la gloria de las bellas letras y de las artes de ambos países, aquel dia Portugal y España quedarán unidos.

Yo contribuí con mis aplausos, y contribuyo ahora con lo que dejo dicho.

Me vanaglorio de ello. Por lo ménos, uno de los sutiles hilos de que se componga la cinta que ha de unir ambos pueblos es obra mia.

***

La otra noche celebróse una velada en el Ateneo de Madrid llena de amenidad y de atractivo.

El venerable poeta D. Ramon de Campoamor hizo el resúmen de los debates que durante este año se han sostenido en la seccion de Literatura.

Ya se sabe: Campoamor tiene las simpatías unánimes del Ateneo.

Es un conservador-reformista.

Este año ha presidido la seccion de una manera original y nueva. Desde la presidencia ha tomado parte en los debates explicando teorías y diciendo agudezas ni más ni ménos que si en vez de estar sentado en la presidencia se hallara sentado en las butacas.

Muchos de los que asistian á los debates, no decian:

—Voy á la sesion de Literatura.

Sino:

—Voy á ver presidir á Campoamor.

Muchas noches presidia con el sombrero puesto..., como en familia; lo cual autorizaba á los socios para que hicieran lo mismo.

—¡No sabia—dijo uno—que Campoamor fuese tan amante de Aristóteles!

—¿Por qué lo dice V.?

—Porque lo sigue hasta en el capítulo *de los sombreros*. Parece exclamar como aquel personaje de Molière:

—Aristóteles manda que nos cubramos.

***

Pues bien, el resúmen del Sr. Campoamor fué coreado por las risas y los aplausos del auditorio.

Leyó con muchísimo gracejo unos trozos del libro que con motivo de aquellas discusiones dará pronto á luz, y que se titulará *Ideísmo*.

El trabajo del Sr. Campoamor es una ingeniosa defensa de la metafísica.

Intencion, gracia, originalidad, delicadeza, humorismo... todo esto se encuentra á manos llenas en la Memoria del ilustre poeta.

Campoamor es una especie de místico volteriano que anda por el mundo ejerciendo sus funciones con la piqueta demoledora en una mano y un instrumento de paz y de concordia en la otra.

Decia un socio del Ateneo:

—¡Nadie tiene ménos derecho á ser metafísico que el Sr. Campoamor!

—¡No veo la razon!

—Pues yo sí. El Sr. Campoamor es persona que goza de todas las comodidades de la vida. Es imposible poderle aplicar el verso de Cervantes:

—¡Metafísico estais!—Es que no como....

PEDRO BOFILL

Madrid 10 de mayo de 1883

NUESTROS GRABADOS

GORRO DE PLATA

(Retrato que forma parte de la Galería de mujeres hermosas)

—Dime con quién andas y te diré quién eres.

Esto dice el refran.

Nosotros no somos *refranistas*, pero nos permitimos decir:

—Dime qué coleccionas, y te diré cuáles son tus sentimientos.

¿Coleccionas escarabajos ó caracoles? Eres pacífico por excelencia.

¿Coleccionas billetes de banco? Eres ambicioso.

¿Coleccionas onzas de oro? Eres avaro.

¿Coleccionas sellos de correo? Eres muy niño ó muy bobo.

A pesar de todo, ¿qué concepto formaríamos del que colecciona retratos de mujeres hermosas? Somos francos; formaríamos un buen concepto.

Y no se crea que, al emitir esta opinion, pagamos tributo á un grosero materialismo. El sensualista, el que en la belleza no halla otra cosa que el instrumento del placer; ese podrá, si quiere, largarse á Turquía, y comprar, si puede, el harem de algun turco tronado que venda en un lote sus mujeres y sus caballos.

Por nuestra parte, y sin erigir en principio de derecho, como el areópago, que en la belleza no cabe el delito; diremos que la contemplacion de esa belleza, cualquiera que sea su manifestacion, y más aún bajo la forma de la mujer, eleva el pensamiento á esferas superiores y es fuente de inspiraciones nobles, que ejercen poderosa influencia en nuestra manera de sentir y, por consecuencia, de obrar.

En este supuesto, es de aplaudir el pensamiento de aquel rey de Baviera que inició en su palacio una galería, hoy ya numerosa, de las mujeres hermosas de su Estado, sin distincion de clases. Y algo útil contendria este proyecto, cuando otros Estados alemanes lo han adoptado.

El ejemplar que hoy ofrecemos á nuestros favorecedores, demuestra que el encargado de escoger los tipos corresponde dignamente á la difícil y agradable mision que le ha sido confiada.

ZAMBRA DE GITANOS, cuadro por J. Rougeron

No todos los moros salieron de Granada cuando en la Torre de la Vela se enarboló el pendon de los Reyes Católicos.

Semilla de Africa quedó en la oriental ciudad que baña el Genil, y esa semilla fructificó, pese al inquisidor Torquemada y al decreto de expulsion de los moriscos y á los autos de fe y á todas las persecuciones civiles y religiosas con que la Iglesia y el Estado abrumaron á los levantiscos herejes. Los descendientes de aquellos que fueron dueños de Granada y la perdieron como se pierde todo, por sus miserias, celos y rencillas personales, habitan, siquiera en pequeño número, y por dicha suya, cabe aquella maravillosa Alhambra que construyeron sus abuelos bajo los planos concebidos por una sensual *hurí*; y aunque pobres, despreciados y solamente en comercio tenebroso con algunos extranjeros, aspiran el aroma de las flores en la cuesta de Gomeles ó se guarecen indolentemente de los rayos del sol debajo de los románticos cipreses del Generalife.

Si, por acaso, vais á Granada y acertais á asomaros por el delicioso mirador de Lindaraja, descubrireis un barrio típico, el Albaicin, que conserva no sólo su antiguo nombre, sino su antiguo aspecto. Allí casi nada ha cambiado, ni las cosas ni las personas. Si los soldados del Rey Chico dejaran sus sepulcros para dar un paseo por su antigua ciudad favorita, volverian á llamar á la puerta de la misma casa en que, hace siglos, se embriagaron de amor y de vino jerezano (salvo el respeto á la prohibicion del Profeta).

Pues bien, visitad ese barrio, ó buscad un equivalente en la deliciosa poblacion morisca; penetrad, con ó sin permiso, donde oigais rascar una guitarra ó entonar un jaleo con voz no siempre fresca; y de fijo en la trastienda de una pretendida taberna, ó en el tenebroso patio de una trapería nominal, dareis con la escena pintada por Rougeron con perfecto conocimiento de causa y de tipos.

El espectáculo es para verse y no cuesta muy caro: unas cañitas para el *cantaor*, unos buñuelos para la *bailaora* y una propina para el viejo rufian que explota, entre moro y judío, la curiosidad de los artistas y el dispendioso *spleen* de los ingleses.

EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, cuadro por E. Lancerotto

En toda Exposicion hay dos cosas esenciales que estudiar; los objetos expuestos y el público que acude á contemplarlos.

Ambas cosas ha reproducido el autor de este cuadro. La preferencia, sin embargo, ha sido concedida al público. La exposicion, sin que deje de tener importancia, viene á ser como el pretexto de varios grupos, en cuya ejecucion compiten lo natural y el arte.

Penetra en la galería una dama elegante, entre curiosa é inteligente; uno de esos figurines de quienes puede dudarse si acude á ver lo expuesto ó á exponerse á sí propia.

Un viejo labriego contempla una hermosa escultura y hace observar á sus tiernos acompañantes con cuánta delicadeza la ninfa de mármol coge el cactus que crece en el agua figurada. En este grupo es notable la naturalidad de expresion de su figura principal.

Una jóven, una *conocedora* sin duda, se ha propuesto examinar á su sabor la preciosa escultura, que probablemente debe ser la obra maestra de la exposicion, pues atrae numeroso concurso de espectadores. Alguno, ó *al guna*, de estos extraña y hace burla de la calma que demuestra la jóven, cómodamente sentada y embebida en la lectura del catálogo, hasta el punto de prescindir de cuantos personajes la rodean.

La multitud que se apiña en el fondo hace el papel.... de multitud.

Este cuadro está bien concebido y ejecutado; su autor dibuja sin duda correctamente y áun es posible que el color realce las condiciones que nos complacemos en reconocerle.

Lienzos como este son agradables, y hasta se venden á buen precio.

EL BIBLIOFILO, dibujo por Fortuny

Unos cuantos compases revelan el nombre de un maestro; en unos cuantos versos se conoce qué poeta los ha compuesto; en unas cuantas pinceladas se descubre la mano de tal ó cual pintor.

Es necesario, empero, que ese pintor, que ese poeta, que ese maestro, no pertenezcan al vulgo de las letras ó de las artes; es necesario que el músico se llame Rossini ó Meyerbeer ó Wagner; que el poeta se llame Calderon ó Quintana ó Zorrilla; que el pintor se llame Rafael ó Murillo ó el Ticiano.

Donde hay verdadero genio hay género propio; género que siempre tiene un mismo objetivo, lo bello; un mismo modelo, la naturaleza; pero que dentro de ese bello y de esa naturaleza es vario, como varias son las especies de una misma familia, como varios son los colores y los aromas de las flores, siendo todas flores; como varios son los trinos de los pájaros, siendo todos pájaros; como varios son los celajes de un horizonte, siendo todos nubes y rayos de luz.

El género propio es tan peculiar del artista eminente que ninguno de nuestros lectores habrá dejado de adivinar, á la simple vista del *bibliófilo*, que este precioso dibujo es del inmortal y malogrado Fortuny. ¿Quién, con ménos recursos, traza una figura que mejor corresponda á su objeto, que diga más con ménos toques, que esté sentada con mayor aplomo, que se fije en la lectura con mayor atencion; obedeciendo todo con mayor puntualidad á la manera particular de hacer, á la facilidad característica del ilustre pintor reusense?

Dícese vulgarmente que para muestra basta un boton. Nuestro *Bibliófilo* es la comprobacion de este aforismo.

EL MENDIGO, acuarela del baron M. Lazzaroni

Apoyado en un grueso palo, sentado en un banquillo, con la cabeza inclinada, el rostro surcado de arrugas y la barba larga y descuidada, el pobre anciano alarga su mugriento sombrero para recibir el óbolo del transeunte, compadecido al ver aquel cúmulo de andrajos y ruinas. Esta media figura, está trazada con tal soltura, los efectos de claro oscuro tan bien entendidos, que no parece obra de un simple aficionado, como el baron Lazzaroni, sino de un artista experto y conocedor de los recursos del dibujo y del colorido. Sobre todo la expresion de ese rostro macilento al par que venerable, revela que su autor ha hecho un estudio del natural, tan detenido como aprovechado.

EL BAUTIZO, cuadro por Luis Leloir

Un bautizo es casi siempre ocasion para una fiesta de familia; pero cuando el recien nacido es vástago primogénito y varon de un matrimonio entre nobles personajes, la fiesta adquiere proporciones de un verdadero acontecimiento.

Y lo es sin duda con razon; y lo era con mayor motivo en época más próxima á las edades aquellas en que la esterilidad era casi conceptuada una maldicion de Dios.

No debe extrañarnos, por lo tanto, la importancia que dan los personajes de nuestro cuadro á la ceremonia en que toman parte. Desde luégo se echa de ver que el protagonista de ella es oriundo de casa principal y que, si Dios le conserva la vida, heredará con el tiempo el viejo castillo en que ha visto la luz, y *ainda mais*, vastas haciendas, armaduras antiguas, pergaminos más antiguos que las armaduras, un gran número de vasallos apreciables y una hermosa coleccion de perros de caza, si no más apreciables, indudablemente más apreciados.

Es natural, por lo tanto, que la cosa se celebre con el fausto y prosopopeya consiguientes. El ilustre retoño precede á la lucida comitiva y es recibido al pié de la escalera por los no ménos ilustres padrinos, ó cuando ménos invitados muy principales y muy empingorotados. Aquí empiezan las salutaciones y los votos para que el Señor haga del tierno infante un cazador más fuerte que Nemrod y un caballero más cumplido que Amadís.

A todo esto los músicos se preparan, para atronar los aires, con sendas libaciones, y la gente del pueblo se agolpa á las puertas del castillo, que les serán franqueadas más tarde, á fin de que todo sea alegría y júbilo en honor del que más tarde asolará los campos con sus jaurías ó apaleará, en un rato de buen humor, á algun marido celoso.

Esta composicion tiene sabor de época y su autor parece haber presenciado alguna vez la escena que fielmente reproduce. El cuadro está hecho á conciencia, lo cual no ocurre siempre tratándose de asuntos en que precisa que los menores detalles contribuyan al efecto total, ó cuando ménos no lo desentonen.

EL DESMEMORIADO

CUENTO POPULAR RECOGIDO EN VIZCAYA (1)

I

Carranza es un valle de Vizcaya que tiene más fisonomía montañesa que vizcaina como metido casi en el corazon de la montaña. Dícese en las Encartaciones que en Carranza todo es pequeño: los hombres, que son bajos aunque rechonchos y fuertes; los ganados que son de razas pequeñas; el maíz que es de la especie llamada en vascuence *arto-chiquili* (maíz pequeño), y hasta la extension de terreno que cada labrador cultiva es pequeña áun comparada con la que cultivan los del resto de Vizcaya que no es grande aunque sí productiva por el mucho esmero del cultivo, el abono y la bondad del clima.

A esta última pequeñez se alude en una de las muchas anécdotas con que los encartados dan bromas á los carranzanos. Cuéntase que con motivo de cierta festividad, en Carranza habia corridas de toros ó novillos, y el público, apostado en las paredes del coso y en los portales, se impacientaba porque tardaba en dar principio la fiesta.

Esta tardanza era para dar tiempo á que llegara una señora llamada doña María de Trilla, muy popular y estimada en todo el valle por lo dispuesta que estaba siempre á favorecer á sus convecinos necesitados. Uno de los espectadores se distinguia entre todos por su oposicion á que empezase la corrida ántes de la llegada de doña María de Trilla.

Esta llegada se dilataba, el público no podia ya contener su impaciencia y el alcalde se mostraba como dispuesto á hacer la seña para que se abriera la puerta del toril.

—Salga el toro! Salga el toro! gritaba la muchedumbre, y entónces el carranzano que más empeño habia mostrado por que se esperase á doña María de Trilla, saltó al coso, y encarándose con el público respondió desesperado al grito de ¡salga el toro!

—No ha de *salgar* hasta que venga doña María de Trilla que me dió un celemin de cebada para sembrar.

Podrá haber en Carranza muchas cosas pequeñas, pero hay una que no lo es: el corazon de los carranzanos que le tienen grande para combatir, para sufrir, para trabajar y hasta para comer y beber.

Desde tiempo inmemorial se dedica una buena parte de la juventud carranzana de ambos sexos al servicio doméstico en las comarcas circunvecinas y muy particularmente en las Encartaciones. Ya en el siglo XIV debia existir esta costumbre, pues Lope García de Salazar que nació al terminar este siglo, hace mencion, en su inédito *Libro de las buenas andanzas é fortunas*, de criados carranzanos servidores de su ilustre casa, y siglo y medio despues don Lope de Salvador su nieto dejaba en su testamento mandas á criados carranzanos.

Lo ménos otro siglo y medio despues debió *florecer* el criado carranzano que hace de protagonista en el cuento popular á que me ha parecido conveniente dar por prefacio estos renglones, porque el método que yo he seguido en las nueve colecciones de cuentos que llevo dadas á luz no se conforma con el de otros coleccionistas, consistente en dar á conocer los cuentos tales como los han recogido de boca del pueblo.

II

Nelas (como en aquella comarca simplifican ó mejor dicho *cariñituan* el nombre de Manuel), Nelas el carranzano tenia un gran defecto, cada vez más pronunciado, para el servicio doméstico á que se dedicaba desde mozuelo: este defecto era la falta de memoria, hija de la falta de entendimiento. Por esta falta no le queria ya nadie recibir en su casa á pesar de que tenia fama merecida de muy honrado, muy trabajador, muy humilde y de muy buena voluntad. Sabedor de que en una de las casas principales de Sopuerta, que era la de los Salazares de las Rivas, necesitaban un criado, se apresuró á presentarse en ella solicitando acomodo.

Lo primero que hizo por vía de solicitud fué decir á los señores, sin que estos se lo preguntasen, que su mayor defecto era la falta de memoria, por lo que nadie le queria en su casa y hacia ya meses que estaba desocupado y vivia con una racion de hambre y otra de necesidad.

A los señores de la casa pareció grave defecto el que el carranzano confesaba sin preguntárselo nadie, porque principalmente le necesitaban para llevar recados verbales, pero les enamoró tanto la ingenuidad del mozo, que se decidieron á tomarle á su servicio, tanto más cuanto que era ya costumbre secular en los diferentes ramos de su linaje el valerse de criados carranzanos que por otra parte tenian fama nunca desmentida de fieles á carta cabal.

Nelas creyó volverse loco de alegría cuando consiguió entrar en tan buena casa y juró hacer prodigios de voluntad para suplir con esta su falta de memoria.

Al pobre no se le ocurria que las potencias del alma son tres y no dos: memoria, entendimiento y voluntad. Memoria no tenia, entendimiento tampoco. Pues qué, ¿con voluntad iba á hacer memoria y entendimiento? Hum! dificililo lo veo.

Si Nelas hubiera sabido escribir ó su amo acostumbrara á mandar los recados por escrito, todo se hubiera podido conciliar, pero era el caso que Nelas ni áun sabia la jota aragonesa y su amo habia ido quedando tan corto de vista á fuerza de apuntar venal carbon y hierro en su *herrería* de Ballibran, que habia jurado no volver á apuntar ni áun con la escopeta á los tordos que manducaban las mejores cerezas y las mejores brevas del gran cercado que aún subsiste detrás de su casa.

III

Al dia siguiente de entrar Nelas á servir en casa de los Salazares de las Rivas le llamó su amo y le dijo:

—Oye, Nelas, vas á ir á llevar un recado á Bilbao y vamos á ver cómo te las compones para no equivocarte.

—Pierda V. cuidado, señor, que como un papagayo he de decir todo lo que V. me encargue. ¿A quién he de llevar el recado, señor?

El Sr. Salazar indicó á Nelas el nombre de un naviero de Bilbao que comerciaba en la exportacion de hierro y le habia hecho un pedido de este metal suponiendo que conservaria en la lonja el que habia labrado en Ballibrán durante los últimos meses. Daba la casualidad de que el nombre y la persona del naviero bilbaino le era á Nelas muy conocido, porque de otra casa donde habia servido le habian enviado muchas veces con cartas y recados para aquel caballero y por tanto al Sr. de Salazar sólo le restaba meter á Nelas en la mollera el recado y no el nombre de la persona á quien habia de llevarle.

—Pues bien, continuó el Sr. de Salazar despues de idear los términos más mínimos y sencillos á que era posible reducir el recado, vas á su casa y le dirás de mi parte *que no tengo ni una onza de hierro*. ¿Lo entiendes, Nelas?

—Pues ¿no lo he de entender, señor? Que no tiene V ni una onza de hierro. ¿No es esto lo que le he de decir?

—Eso nada más.

—Pues eso, señor, por debajo de la pata se lo digo yo.

—Bien, hombre. Toma una peseta para que eches un trago en el camino, que te den algo con que acompañar el trago y ya estás andando.

En efecto pocos minutos despues ya estaba Nelas andando camino de Bilbao.

Aunque mentalmente repetia de cuando en cuando el recado, echó de ver ántes de llegar á Somorrostro que el recado se le iba escapando de la memoria, y recordando entónces lo que los chicos suelen hacer para que no se les olvide el que su madre les ha mandado llevar que es repetirle en alta voz, determinó imitarlos.

—No tiene ni una onza de hierro, no tiene ni una onza de hierro, iba repitiendo sin cesar, y en voz tanto más alta cuanto que si no, ni á sí mismo se oia con el ruidoso *canto* de los carros cargados de vena que subian rio arriba.

En el llano de Bilóchi, que era por donde ántes iba el camino y no por la orilla opuesta del rio como ahora, encontró Nelas unos carros cuyos conductores exclamaron al oirle:

—Calla, ¡ese mozo sabe que en lugar de cargar en Triano, hemos cargado en la cuesta de Fresnedo!

—Sin duda se lo ha dicho algun *lengüetero* que va delante y nos ha visto cargar allí.

—De seguro.

—Pues estamos frescos si llega á noticia del *ferron* que la vena que llevamos no es de Triano!

—Apuradamente necesitan mucho los ferrones para decir que la vena que uno lleva no tiene una onza de hierro aunque se haya reventado uno subiendo á cogerla de la mejor del monte...

Y tenian razon en esto los carreteros, pues los ferrones no querian más vena que la de Triano y siempre estaban recelosos de que los carreteros se la encajaban de otra parte, como por ejemplo de las veneras de Galdames ó Sopuerta ó de las estribaciones somorrostranas de Triano.

—No tiene una onza de hierro, no tiene una onza de hierro, continuaba gritando Nelas.

—Mientes con toda tu boca! le dijeron irritados los carreteros.

—¿Cómo que miento? les replicó Nelas. Es la pura verdad que ni una onza de hierro tiene.

—Pues si no tiene hierro la vena, tendrás tu leña. Toma para que no seas *parletin*.

Y asi diciendo, los carreteros comenzaron á descargar sus aijadas sobre las costillas del pobre carranzano.

Por fin éste pudo hacerles comprender el verdadero sentido de su cantinela y suspendieron la peluquina.

(1) Repetidas veces he advertido que muchos de los cuentos populares españoles son tambien populares en otros países aunque generalmente con notables variantes. El presente, recogido por mí de boca de una niña de las Encartaciones, está incluido por M. Moncaut entre sus *Cuentos populares de Gascuña*, si bien diferenciándose en todo de este, ménos en la idea capital.



ZAMBRA DE GITANOS, cuadro por J. Rougeron



EN LA EXPOSICION DE BELLAS ARTES, cuadro por E. Lancerotto

—Pero, canario, les preguntó, si es malo decir lo que el amo me ha encargado, ¿qué es lo que he de decir?

—Lo que has de decir si no quieres volver á probar las aijadas, es: *Todo es hierro... todo es hierro.*

—Pues bien, lo diré como Vds. quieren, pero para encargarle á uno una cosa así, no es necesario ser tan libertados de manos.

Nelas continuó su camino repitiendo sin cesar y en alta voz:

—Todo es hierro, todo es hierro.

En este nuevo grito perseveraba con tanta más razon cuanto que le valia sonrisas de agradecimiento en vez de palos de los carreteros que iba encontrando y que por lo visto tampoco se habian tomado la molestia de subir á cargar de la rica vena de aquel monte que hizo decir al naturalista Plinio: «En la parte marítima de la Cantabria bañada por el Océano hay un monte quebrado y alto cuya abundancia de hierro es tal que todo él es de esta materia.»

IV

En las Carreras tenia un *rementero* su fragua orilla del camino, y entre él y un hombre, que habia ido á comprarle una hacha, mediaba esta conversacion:

—Yo quiero una hacha que no se *muesque* aunque corte demonios colorados.

—Pues mejor que esta no la encontrarás aunque la busques en el mundo entero. Esta todo lo corta.

—Sí; y puede que no sirva ni para cortar manteca.

—Te digo que esta lo corta todo.

—Puede ser que ni siquiera haya visto el acero.

—Es todo acero hasta el ojo.

Al decir esto el rementero, apareció Nelas gritando:

—Todo es hierro, todo es hierro.

Al oir esto, el comprador que ya sacaba la bolsa para pagar el hacha, se la volvió á guardar y se alejó de la fragua diciendo:

—Buen tonto seria yo en comprar una hacha que hasta los pasajeros saben que es toda hierro y por consiguiente no corta nada.

El rementero echó mano al *espeque* ó espeton que tenia en la fragua, y hecho una furia salió á metérsele por la boca al importuno que le habia hecho perder un parroquiano y aún continuaba diciendo que era toda hierro el hacha.

Nelas retrocedió espantado y así pudo dar tiempo á que el rementero calmase un poco su furia, poniéndole de improperios que no habia por dónde cogerle.

—Por vida del otro Dios! exclamó Nelas desesperado y casi llorando al ver las cosas que le sucedian. Pues si es malo decir lo que vengo diciendo, ¿qué es lo que debo decir?

—Lo que debes decir es: *Todo lo corta... Todo lo corta.*

—Pues bien, hombre, eso diré; pero para encargármelo no tenia V. necesidad de ponerse como un condenado y querer meterme el espeque reluciente por la boca.

Así diciendo, Nelas continuó su camino gritando:

—Todo lo corta, todo lo corta.

Ya en el alto del Pino del Casal estuvo tentado de mudar de cantinela al oir á un francés que iba por allí tocando un silbato replicarle muy enfadado:

—Yo sólo corto lo que es debido.

Pero desistió de esta tentacion y volvió á gritar lo mismo así que el francés se alejó sin pasar á mayores y desistió con tanto más motivo cuanto que unos chicos de la escuela á quienes habia visto esconderse asustados en unos matorrales, le dijeron al salir de estos cuando el del silbato bajaba ya hácia San Pedro de Abanto:

—Gracias, buen hombre, que sino por lo que V. venia diciendo, ese del silbato nos coge descuidados y nos fastidia.

Un poco ántes de llegar á Nocedal habia dos sebes ó bosques tallares, separadas por un *ilsu* ó mojon. El dueño de una de ellas estaba cortando palos con que hacer *cellas* para las barricas y de cuando en cuando dejaba de cortar en su sebe y pasaba á cortar en la del vecino. Cuando oyó á Nelas gritar:

—Todo lo corta, todo lo corta,—se puso hecho un soliman y salió al camino con uno de los palos de castaño que habia cortado dispuesto á romperle en las costillas del que sin irle ni venirle se metió á acusarle de que lo cortaba todo, lo mismo lo suyo que lo del vecino.

Por más listo que para huir de él anduvo Nelas, este no pudo evitar que le arrimara un estacazo que á poco mas le *carpe* el espinazo.

—Pero, porrazo, le dijo Nelas pidiéndole misericordia con lo compungido de su cara, ¿qué es lo que quiere V. que diga, si no se puede decir lo que el rementero de las Carreras me ha mandado?

—Hola, con que el rementero te ha mandado decir eso?

—Ya se ve que sí, y si á V. no le gusta dígame qué es lo que he de decir.

—Lo que has de decir es: *El rementero, borracho y embustero.*

—Bien, hombre, eso ni más ni ménos diré, pero para mandarle á uno que diga eso no es menester pegar.

Nelas continuó su camino gritando: El rementero, borracho y embustero.

V

El rementero de San Salvador era tan aficionado al agua y á la verdad, que no podia ver ni pintado á su compañero el rementero de Burceña por la única razon de que este decia que el agua cria ranas y la verdad es amarga. Para encarecer su mucha aficion al agua y por tanto su poca aficion al vino, bastará decir que cada dia rezaba un Padre nuestro por la salvacion del alma del alcalde á quien le ocurriese bajar al campo de la iglesia la rica fuente de San Anton que estaba donde Cristo dió las tres voces, noticia con que de seguro lleno de esperanzas de salvacion al alcalde que de 1880 á 1881 ha realizado el sueño dorado del rementero (1).

—¿Oye V. con calma lo que ese mozo va diciendo? preguntaron al rementero de San Salvador los que estaban en la fragua cuando Nelas pasó con su cantinela.

—Eso no va conmigo, respondió el rementero; lo que prueba que en este mundo para no incomodarse con malévolos juicios ajenos, el mejor remedio es no merecerlos.

El rementero de Burceña se dedicaba más que hacer y componer herramientas á trabajar en los barcos ó para los barcos, porque era muy diestro sobre todo para forrar los de chapa de hierro y componer las averías del forrado, y entónces estaba de muy mal humor porque no habiendo barcos que forrar, no trabajaba.

Cuando oyó lo que decia Nelas, se puso hecho un basilisco y salió al camino con el martillo levantado jurando que iba á hacer y acontecer con el que le insultaba.

—Pero, canute, si esto no va con V., le objetó el carranzano.

—Yo te digo que va, replicó el rementero, y guárdate muy bien de repetirlo.

—Bueno, hombre, no lo repetiré, pero dígame V. qué he de decir en su lugar.

—Lo que has de decir en lugar de esa insolencia, es: *A la fragua, que el barco hace agua.*

—Bien, caráspita, así lo diré, pero para encargarle á uno que lo diga no es menester ponerse como un toro, contestó Nelas, y continuó su camino hácia Bilbao repitiendo:

—A la fragua que el barco hace agua.

Al llegar á San Mamés, casualmente se encontró con el naviero á quien le enviaba su amo, que iba á ver como andaba la gente que tenia ocupada en embarcar hierro en uno de sus más hermosos barcos fondeado en Olaveaga.

Al ver y conocer al naviero, esforzó su cantinela, no ya sin dirigirse á nadie como hasta entónces habia hecho, sino dirigiéndose al naviero que profundamente alarmado le gritó:

—Corre á decir al rementero de Burceña que venga inmediatamente con todo lo que sea necesario para salvar al barco. Corre como una liebre, que si el barco se salva yo te prometo una buena propina.

Oir esto Nelas y volver piés atrás corriendo como si le hubiesen puesto un cohete en salva la parte, todo fué uno, de modo que cuando el naviero, que era viejo y gordo, llegó echando los bofes al fondeadero de Olaveaga, ya asomaban por Zorroza el rementero de Burceña y Nelas, éste cargado con un atado de chapa de hierro y el otro con una porcion de herramientas de herrero y calafate.

En el barco no se veia ni oia alma viviente y era porque tripulantes y cargadores estaban durmiendo la siesta. Despertados y alborotados con la llegada y las voces del naviero, bajaron á reconocer la bodega del buque y se encontraron con que esta se iba inundando de agua que entraba por una via abierta en el casco sin duda con el golpe de alguna de las barras de hierro que los cargadores arrojaban violentamente desde la cubierta.

La via de agua se cortó inmediatamente, el agua que habia entrado se achicó, una nueva y fuerte chapa de hierro sustituyó á la rota, y el naviero, persuadido de que el aviso de Nelas le habia valido la salvacion del buque y del cargamento que valian más de un millon de reales, gratificó á Nelas con diez onzas de oro como diez soles.

Al ver las onzas de oro, Nelas se acordó que en el recado de su amo se hablaba de onzas de hierro, y como por el hilo se saca la madeja, cavila que cavila sobre este tema, al fin dió por completo con el recado y como un papagayo se le encajó al naviero que le encargó dijese á su amo *que otra vez seria*, emprendiendo en seguida la vuelta á Sopuerta más alegre que un tamboril con sus diez onzas de oro en el bolsillo y en el estómago una buena merienda que por mandado del naviero le dieron en el barco.

VI

Temeroso Nelas de que se le olvidara el recado del naviero, iba por todo el camino repitiendo en voz alta:

—Que otra vez será... Que otra vez será.

En los bortales de la fuente de Torres estaban embos cados unos ladrones con objeto de robarle el dinero que trajese de Bilbao, pues creian que su amo le habia enviado á cobrar alguna partida de hierro, pero al oirle decir: «Que otra vez será» entendieron que aquel era el recado que le habia dado el comerciante en vez de darle dinero y se fueron bortales arriba.

Persuadido Nelas de que no servia para llevar recados verbales porque para eso se necesita en primer lugar la primera de las potencias del alma, consultó á sus amos sobre lo que debia hacer y de sus resultas compró un rebaño de cien ovejas que entónces valian á poco más de un duro cada una, hízose pastor, se casó, tuvo hijos tan buenos como él y su mujer, y vivió muy bien hasta que murió de puro viejo dejando al mundo testimonio de que la buena intencion y la hombría de bien, en cambio de algunas contras que tienen en este mundo, tienen muchas ventajas en este mundo y en el otro.

ANTONIO DE TRUEBA

(1) Este alcalde es D. José Rufino de Olaso que con el título de *Memorias de un alcalde*, va á publicar un libro muy curioso é instructivo.

LAS GOLONDRINAS

La golondrina es indudablemente la avecilla más poética de toda esa gran república alada que puebla el espacio y armoniza los bosques.

Las flores no abren el certámen de sus perfumes hasta que la golondrina viene de la otra parte del Estrecho á presidirlo.

Las golondrinas son las anunciadoras de la primavera, de esa *juventud del año*, y cuando se las ve revolotear por encima de nuestras cabezas, se las saluda con gozo enviándolas una sonrisa.

La golondrina abriga en su diminuto corazoncito las dos grandes virtudes que enaltecen á los hombres: la gratitud y la fidelidad.

Guiada por los recuerdos del amor vuelve de lejanas tierras buscando hospitalidad bajo el mismo techo donde nació, y se enoja y demuestra su mal humor si halla cerrada la ventana ó la puerta por donde entró y salió millones de veces llevando en el pico la partícula de barro para construir su nido ó el insecto para alimentar á sus hijos.

Cuando cree que ha sonado la hora de la emigracion, la golondrina se reune y emprende la marcha en direccion á sus cuarteles de invierno y de verano, bastándole una hora para atravesar una distancia de ochenta leguas.

El poder de sus alas sólo es comparable con las del ave *fragata*, que, como la golondrina, es la reina del espacio y mira con indiferencia el huracan.

Algunos autores aseguran, no sin fundamento, que la golondrina no canta, sino habla; y efectivamente, si quereis verla enojada, gruñona y parlanchina, poneos á clavar un clavo ó á hacer algo que á ella le moleste junto al sitio donde se halla colgado su nido.

Su algarabía es tal, que parece reprenderos la inoportunidad de vuestra aproximacion y no se tranquiliza hasta que ve terminada vuestra faena, dejando libre el paso; porque desde el momento en que os honra con su confianza, se cree la verdadera dueña de la casa.

Cuando algun peligro amenaza en el nido á sus queridos hijuelos, la golondrina tiene un grito de guerra, al que no dejan nunca de acudir todas las compañeras que lo oyen, dispuestas á defenderla miéntras les quede un soplo de vida, porque la golondrina no ignora que la union constituye la fuerza.

Por las mañanas, al romper los primeros albores del dia, entabla diálogos que la ciencia del hombre no ha podido aún traducir á la palabra, ese verbo divino que lo explica todo.

Lo que la golondrina habla con sus compañeras, el himno discordante que dedica á la luz del sol es un misterio para el hombre; supone, sin embargo, que entre ellas entablan diálogos que deben tener mucha analogía con esa verbosidad matinal que da vida y animacion á las casas de vecindad.

Nosotros ignoramos lo que se dirán las golondrinas y los gorriones, sus vecinos inmediatos, por las mañanas; mas á juzgar por el estrépito que arman es de sospechar que la conformidad de pareceres no reina entre ellos; pero desde ahora se puede afirmar que el gorrion será más intencionado y más epigramático en sus apreciaciones, porque el gorrion, que es el pájaro más tunante del reino alado, vive siempre en perpetuo recelo, miéntras que la golondrina es tan confiada y bonachona, que deja á sus hijos al alcance de la mano del hombre.

La primera golondrina que vemos en el espacio practicando la increible gimnasia de sus prodigiosas alas nos produce una inmensa alegría, porque ella es la anunciadora del buen tiempo; los cazadores, al verla, piensan en las codornices y dirigen una mirada cariñosa á su perro; y los labradores, frotándose las manos, limpian las eras y los graneros y hacen votos al santo patrono de su pueblo para que no falten las aguas de abril y mayo, fecundadoras de los campos.

Dice San Francisco que la golondrina llega á hacerse el ama de la morada del hombre, y muchas veces hablan tan alto que es preciso decirlas: *Hermanas golondrinas, ¿no podeis callar un poco?*

El poeta filósofo Michelet asegura, bajo la honrada fe de su palabra, que el hogar del hombre pertenece á la golondrina.

«Donde anida la madre,—dice,—anida luégo la hija y la nieta. Vuelven al mismo sitio todos los años y sus generaciones se suceden con mayor regularidad que las nuestras. La familia humana se extingue, se dispersa; la casa pasa á otras manos: las golondrinas siguen volviendo, sostienen su derecho de ocupacion.

»Así ha llegado esta viajera á ser el símbolo de la firmeza y de la fijeza del hogar. Tan apegada está á él, que muchas veces, aunque la casa se halle en obra, aunque la derriben en parte para volverla á construir, aunque la perturben durante mucho

tiempo los albañiles, no por eso dejan de volver á ocuparla estos pájaros fieles de perseverantes recuerdos.»

De buena gana escribiríamos un libro dedicado á la golondrina, si tuviéramos el talento analítico de Toussenel, al que sólo nos parecemos por nuestras condiciones de bimanos en el mundo humanal y la aficion á la caza, que, sin modestia, la tenemos tan bien sentada como la tuvo el sabio autor de *El mundo de los pájaros;* y le pedimos á Dios que no nos llegue en vida la hora del arrepentimiento como le llegó á Toussenel, que despues de haber cazado mucho *se cortó la coleta*, como decimos en España, y colgando los *chismes de matar* se dedicó á ser uno de los más furibundos protectores de los animales, habiendo sido ántes uno de sus más incansables perseguidores.

Respetemos, pues, á la golondrina; concedámosla siempre los cariñosos recuerdos de la hospitalidad caldea; su consecuencia en visitarnos, su amor á nuestro hogar, la hacen acreedora al título de *Benjamin de la familia;* dejemos siempre abierta la ventana por donde sale y entra, convirtiéndola en un derecho de servidumbre; no la hagamos nunca el menor daño, puesto que confía á nuestra honradez lo que más ama; sus hijos. Y no olvidemos que cuenta la tradicion que con sus alas arrancó tres espinas de la dolorosa corona de Cristo cuando enclavado en la cruz exhaló el último suspiro en la cumbre del Gólgota para redimir al hombre.

Madrid 20 abril de 1883.

ENRIQUE PEREZ ESCRICH



EL BIBLIOFILO, dibujo por Fortuny

NOTICIAS GEOGRAFICAS

Es cosa sabida que las dunas ó médanos de arena cambian de sitio habiendo algunas que adelantan cada año 20 metros, y que en muchos años han cubierto bosques y aldeas. En la Prusia oriental hay una aldea de pescadores que ya ha cambiado por este motivo tres veces de sitio. Ahora empero sucede esto con una montaña, no ya en la costa sino en el interior, en Francia, entre Lyon y Montbrison. El ferro-carril que une las dos localidades necesitó cuando su construccion hace 20 años que se hiciera un ligero desmonte al pié de la citada montaña; y no hubo novedad desde entónces hasta principios del mes de marzo de este año. La montaña parece ahora que quiere pasar al otro lado de la vía, y la administracion tiene que hacer quitar diariamente algunos millares de metros cúbicos de tierra para tener despejada la vía, lo cual no siempre le ha sido posible y ha tenido alguna vez que interrumpir el servicio. En la actualidad estudia una comision científica este fenómeno singular.

* * *

Segun un telégrama dirigido á la Agencia Reuter, el gobierno de la colonia oceánica de Queensland acaba de tomar formalmente posesion de las islas de Nueva Guinea.

NOTICIAS VARIAS

DINAMITA.—De un discurso popular leido recientemente por Abel, el profesor químico del arsenal de guerra de Woolwich, resulta que en 1867 importó la fabricacion de materias explosivas como nitroglicerina, dinamita y otras análogas unos 11,000 kilógramos; al año siguiente llegó ya á 68,000, en 1872 á 1.350,000, y el año pasado á 11 millones de kilógramos. El aumento ha sido en 15 años de 1,000 por 1.

* * *

LA DEUDA DE INGLATERRA.—Háse calculado que pesaria en moneda de oro 6,282 toneladas; en plata 120,000. En monedas de cien reales colocadas una encima de otra resultaria una columna de 710 millas inglesas; colocadas horizontalmente en línea abarcaria una extension de 11,048 millas; y finalmente distribuida entre la humanidad entera recibiria cada individuo que puebla nuestro globo *veinte pesetas.*

* * *

MOLUSCO Y PERLA.—Háse pescado hace poco una concha, cerca de las islas de Andaman, que pesa sin el animal 116 kilógramos y mide 1'23 por 1'15 metros. La carne del animal bastó para la comida de los 16 hombres que con cuerdas, cabrestante y palancas lo sacaron del mar.

Cerca del puerto de La Paz en México ha cogido otro pescador una perla, la más hermosa que hasta el dia se conoce. Es de una blancura perfecta, de forma ovalada, larga de 25 milímetros y su diámetro en el extremo delgado 18 centímetros. El pescador pide por ella 250,000 pesetas, y caso de no encontrar comprador en América, se propone venir con su tesoro á Europa para ver si lo vende en París ó en Lóndres.

* * *

LOS INCENDIOS EN NUEVA YORK.—En este país se contaron el año último 3,001 incendios, que han ocasionado una pérdida de 4.194,900 pesos fuertes, ascendiendo los seguros á 21.393,401 duros.

* * *

CABLES SUBMARINOS.—La longitud total de los cables submarinos actuales es de 111,000 kilómetros, es decir, más de dos veces la circunferencia de la Tierra. Partiendo del supuesto de que cada cable contenga cuarenta alambres (comprendidos los de la cubierta exterior) resulta que la cantidad de alambres de hierro y de cobre invertidos en estos medios de comunicacion comprende 2 millones y medio de millas de longitud ó sea diez veces la distancia de la Tierra á la Luna.

EL ESPEJO

No sabemos si la casualidad de ver reflejarse su imágen en el limpio cristal de tranquilo lago ó en el remanso de bulliciosa fuente, ó el deseo de ver las partes del propio cuerpo que están naturalmente fuera del alcance de nuestra vista, fué lo que despertó en el hombre la idea de procurarse un auxiliar mediante el cual pudiera satisfacer lo que de todos modos suponia una necesidad.

Ni nos atreveremos á decir si fué el hombre ó la mujer el primero á quien hubo de asaltarle tal idea, ántes ó despues de haber perdido su inocencia, teniendo los ojos del alma cerrados para todo cuanto pudiese estimular sus naturales aficiones, ó luégo de haberlos abierto y hecho vibrar todas las fibras de su organismo el espíritu de la tentacion.

Si fué el hombre, ántes de dejarse arrastrar al pecado, debió sin duda ser con el sencillo fin de cerciorarse de si, en efecto, era hecho á semejanza de su Creador; si fué la mujer, despues de haber escuchado las malhadadas palabras del infame reptil, debió ser seguramente á consecuencia de un efecto de vanidad.

Nos inclinamos á creer que el deseo de parecer bien, aparte de la más ó ménos intervencion de la necesidad, hubo de ser el principal móvil de esa invencion sin la cual no nos fuera permitido ver nuestro rostro y arreglar nosotros mismos nuestro tocado.

Sea como quiera, el uso de ese instrumento que nos facilita esto que tuvo á bien negarnos la naturaleza, y hace que podamos atender á nuestro aseo y compostura sin necesidad absoluta de la intervencion de segunda persona, el uso del espejo—*speculum*—se remonta á remotísima antigüedad: Moisés en el cap. XXXVIII, v. 8, del *Exodo*, y Job en el cap. XXXVII v. 18, nos hablan ya de él.

Sin embargo, Homero ni siquiera lo menciona en el pasaje en que describe con los más minuciosos detalles el tocado de Juno.

En los tiempos históricos de la Grecia se trata con frecuencia del utensilio en cuestion, como se ve en la *Ciropedia* de Jenofonte, VII, 1, pár. 2, y en la *Medea*, v. 1161, y el *Orestes*, v. 1112, de Eurípides, y es muy posible que ya entónces fuera desde mucho tiempo conocido, puesto que toda sustancia capaz de recibir un brillante pulimento puede alcanzar el objeto que hoy llenan esas láminas de cristal ó de vidrio azogadas por la parte posterior, en las cuales se representan los objetos que se ponen delante, y que seguramente cierta analogía física ha hecho que se les diese el nombre del satélite que nos refleja los rayos solares.

Segun Artemidoro, en su *Oneirocrito*, III, 30, se empleaban á guisa de espejos, fuentes ó vasos de ancho fondo, y tambien copas cuyo interior estaba dispuesto de tal modo que reflejaba varias veces la imágen del que bebia.

Los espejos antiguos eran ordinariamente de metal.

En el orígen se servian para esto de una liga de estaño y cobre; mas luégo se empleó generalmente la plata, como consigna Plinio en su historia natural XXXIII, 9, 45.

Este mismo autor dice que los primeros espejos de plata fueron fabricados por Praxiteles en tiempo del gran Pompeyo; pero ya hace mencion el poeta Plauto.

Su uso fué tan comun durante el imperio, que se servian de ellos hasta los esclavos.

Se mencionan en el *Digesto* cuantas veces se trata de vajilla de plata.

Segun el citado Plinio, se hacian al principio, de la plata más pura; mas en lo sucesivo se empleó metal de calidad inferior.

Vitruvio, VII, 3, pag. 204, refiere que algunas veces la placa de plata pulimentada destinada á este uso era *muy delgada; pero que* la bondad del espejo dependia esencialmente del espesor de la placa, que cuanto *más grueso tenia, más* fuertemente reflejaba los objetos.

En algunos pasajes de autores antiguos, como en la Hécuba, v. 925, de Eurípides, en las Cuestiones naturales, I, 17, de Séneca, y las Historias várias, VII, 58, de Eliano, encontramos que se hace tambien mencion de espejos de oro; pero se ha notado que es muy posible que el epíteto con el cual se designa el oro como la materia del utensilio de que se trata, se refiera más bien á los adornos y demás *accesorios*, que al *mismo* espejo, así como nosotros tambien decimos un reloj de oro, aunque sólo la caja sea de este metal.

Además de los metales, los antiguos empleaban piedras para fabricar sus espejos; pero esto es tan raro, que podemos concluir que estaban más destinados á servir de adorno que de útiles de tocador.

Plinio XXXVI, 26, 67, cita la piedra obsidiana como particularmente propia para este uso, y Suetonio nos hace saber que Domiciano hizo guarnecer toda *una galería de piedras*, que él llama *phengites*, que reflejando los objetos, le permitian ver lo que pasaba detrás de él.

No se sabe positivamente qué es necesario entender por esas *phengites;* serían sin duda una especie de selenita ó cal sulfátea laminar; pero no se puede concluir de esto que los antiguos se servian de esta materia para fabricar espejos.

Se hacian tambien de rubís, si se ha de creer á Plinio, que se apoya para formular esta asercion en la autoridad de Teofrastes; *pero todo parece revelar* que comprendió mal el pasaje de este autor, en el cual se funda.

Isidoro XVI y el citado Plinio XXXVII aseguran que Neron tuvo uno de esmeralda.

Los antiguos conocieron al parecer lunas semejantes á las nuestras, que consistian en una lámina de vidrio guarnecida por detrás de una leve plancha de metal, las cuales se fabricaban en tiempo de Plinio en las célebres vidrierías de Sidon; pero eran probablemente muy inferiores á los espejos de metal, puesto que jamás llegó á generalizarse su uso y nunca se hace mencion de ellos entre los muebles de lujo, como sucede con los otros.

Plinio parece hacer alusion á dichas lunas, en otro pasaje donde habla de un espejo guarnecido de oro por detrás; pero se hace incomprensible, si no se admite que conocia los espejos de vidrio.

Segun el mismo autor, XXXIII, 9, 45; XXXIV 17, 48, *los mejores espejos de los hechos con una liga de* cobre y estaño, se fabricaban en Brindis.



EL MENDIGO, copia de una acuarela del baron M. Lazzaroni

Esta *liga forma un metal blanco, que si no se* conserva con el mayor cuidado, se deslustra muy pronto, y no puede servir sin limpiarse y pulirse de nuevo; por cuya razon se ponian al lado de tales espejos una esponja y una piedra pómez, segun el testimonio de Platon, *Timéo*, pag. 72, y Vossius, *Cátulo*, pag. 97.

Estos espejos eran generalmente pequeños y á propósito para llevarse á la mano de un punto á otro.

La mayor parte de los que se conservan en los museos son de esta clase, generalmente de forma redonda ú oval, guarnecidos de un mango.

Propercio VI, 7, 75, 76, nos hace saber que en vez de estar fijos en la pared, ó tenerse por sí mismos sobre una mesa ó sobre el pavimento, los sostenian por lo general las esclavas delante de su señora miéntras se vestia.

Los pintores de vasos representaron con frecuen*cia esta escena.*

Sin embargo, habia tambien espejos de mayores dimensiones, propios para reflejar el cuerpo entero.

El de que se servia Demóstenes para ejercitarse delante de él en el sublime arte de la oratoria, segun nos dice Quintiliano en sus *Instituciones oratorias*, XI, 3, pár. 66, era probablemente de esta clase.

Por el *Digesto*, 34, tit. 2, y Vitruvio, IX, 6, pag. 280, sabemos que alguna vez los aplicaban á la pared, aunque este modo de colocarlos no fué habitual.

Suetonio en su *Vida de Horacio* habla de una habitacion de la casa del poeta guarnecida de espejos; pero Lessing considera la expresion de que se sirve este autor *(speculatum cubiculum)* como contraria al genio de la lengua latina, y en su consecuencia juzga todo el pasaje como supuesto.

Sin embargo, es probable que este modo de decorar las habitaciones no les fuera desconocido, puesto que Claudiano, describiendo la cámara de Vénus la representa cubierta por todas partes de espejos, de manera que hácia cualquier lado que se volviese la diosa, veia su imágen.

Vemos el espejo frecuentemente mencionado cuando se trata de la diosa del amor y la hermosura, miéntras que por el contrario, á la sábia y poderosa Minerva se la presenta como no haciendo uso de él.

Esto viene en apoyo de que la invencion del espejo tal vez fué sugerida por el deseo de parecer bien, con el fin de agradar, y que su orígen es tan antiguo como el primer latido de vanidad que brotó en el corazon de la mujer.

No pretendemos eximir al hombre de lo que pueda caberle en la cuestion; en todas las épocas han existido los Narcisos, y por otra parte, la necesidad de semejante utensilio es forzosamente lógico que naciera con la especie.

La manera universal, puede decirse absoluta, con que ha llegado á generalizarse su uso, nos lo probaria, áun cuando *no existiesen otras valiosas razones.*

No necesitamos hacer observar el papel que en materia de ornato juega el espejo entre nuestros muebles, y nada podemos añadir, respecto á su utilidad, que no sepan de sobra hasta los más ignorantes; quedan cumplidos nuestros propósitos con haber suministrado las noticias históricas que nos hemos tomado el trabajo de recoger de los citados autores, con el buen deseo de prestar un servicio á la curiosidad, y obedeciendo al espíritu de investigacion que hoy se extiende á todas las esferas.

Suponemos que nos lo agradecerán lo mismo la coqueta, que encuentra en el espejo el medio de poder aumentar sus naturales atractivos, que el dandy á quien le facilita poder dar á su elegancia mayor realce, que el hombre serio al cual le permite poder hacerse mejor el lazo de la corbata.

JUAN JUSTO UGUET

IMP. DE MONTANER Y SIMON



UN BAUTIZO, CUADRO DE M. LUIS LELOIR



AÑO II — BARCELONA 21 DE MAYO DE 1883 — NÚM. 73

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA

UN PASATIEMPO HONESTO, cuadro por Cárlos Froschl

SUMARIO

REVISTA DE MADRID

Los alcaldes en el arte y la literatura.—El marqués de Urquijo.—Curiosidad de los madrileños.—Monólogos de los artículos de primera necesidad.—Carreras de caballos.—Diferencias entre España, Inglaterra y Francia.—La cerveza.—Una ruleta colosal.—Orgullo de la raza.—El eclecticismo de la fiesta de San Isidro.—*El monigote de este año.*—*Teresa Raquin*, por la compañía portuguesa.—La asombrosa Lucinda de Furtado Coelho.

Los alcaldes tienen desde hace muchos siglos en España una influencia eficaz y decisiva.

En todo han tenido representacion popular é indiscutible: en arte, en literatura, en ciencias....

El Alcalde de Zalamea es una de las más notables obras dramáticas de Calderon de la Barca; y *El mejor alcalde el rey* es otra comedia del teatro antiguo que ha llegado con éxito hasta nosotros desafiando la caprichosa mudanza de los tiempos.

La íntegra vara del *alcalde* constituye un elemento de gran interés en la escena española. En pintura, no digamos: grandes artistas han reproducido los tipos de esas autoridades municipales; y desde el alcalde Ronquillo hasta los más modernos alcaldes de casa y corte la pintura concejil tiene infinidad de reproducciones en nuestros museos y en las galerías artísticas.

No hay nadie en España un poco aficionado á la música popular, que no cante con su respectiva cadencia aquello de

Señor Alcalde Mayor,
no prenda usté á los ladrones
porque tiene usté una hija
que roba los corazones.

Y respecto á la ciencia, una persona amiga de buscar etimologías más ó ménos fundadas me expuso el otro dia su creencia de que los *alcalis* de la química se derivaban de alcaldes del municipio.

—De modo,—le dije,—que segun V....

—Segun mi opinion, el Sr. Abascal es un *alcali*, ó un alcalde volátil.

* * *

Dado pues el influjo que siempre han tenido en nuestra civilizacion y en nuestras costumbres las cosas referentes á los alcaldes, no es de extrañar que Madrid se haya preocupado tan en absoluto durante muchos dias, del nuevo alcalde que íbamos á tener despues de la dimision que el Sr. Abascal habia presentado.

Cuando se supo que el que le iba á sustituir era el señor marqués de Urquijo, la mayor parte de los madrileños enterados de los negocios de los demás se dijeron:

—Este es un personaje que ha sabido administrar su casa admirablemente. Vino á Madrid pobre, y hoy es uno de nuestros primeros capitalistas. A fuerza de ingenio y de laboriosidad ha logrado atraer muchos millones que forman hoy el efectivo de su fortuna. Tal circunstancia es indudablemente una garantía de acierto. Administrar un municipio es administrar una casa grande compuesta de infinidad de familias. Sobre todo, así como los padres cuidan con gran predileccion de los séres desgraciados é infelices que están bajo su amparo, de igual modo es de esperar que el nuevo presidente del Ayuntamiento cuidará con solicitud exquisita de que las subsistencias del pueblo de Madrid se hallen al alcance de los menesterosos.»

Estas ilusiones risueñas han acariciado la imaginacion de los madrileños, en tanto que los artículos de primera necesidad hacian para sí los siguientes monólogos:

La carne.—¡Yo no sé si ahora tendré dificultades para llegar al estómago del pobre! La verdad es que yo podré ser uno de los *enemigos del alma*, segun reza la doctrina cristiana; pero nunca he sentido animadversion hácia el cuerpo. Al contrario, deseo nutrirlo; comunicar fibra y robustez al hombre que trabaja, á fin de que las determinaciones del espíritu sean más justas y racionales. Para mí es todavía una verdad el aforismo antiguo que dice:—*Mens sana in corpore sano.*

El pan.—Me repugnan las cosas mermadas. Yo soy enemigo de entregarme falto de peso al que me compra. Aborrezco la adulteracion, y los que explotan los trigos y las harinas sometiéndolos de una manera escandalosa á la mayor subida de precio por si la tierra está más ó ménos seca y llueven ó no unas cuantas gotas de agua de la atmósfera, me parecen capaces de poner á contribucion el sol y el aire si esos elementos indispensables á la vida fueran susceptibles de limitarse. Yo deseo que mis *libretas* se libren del monopolio.

El aceite.—¡Cuidado que mancho!.... Pero esto es en mí una cualidad natural que no procuro ocultar á los ojos de nadie. Hay manchas peores que las mias, y son las que oscurecen el alma de los que con detrimento de la salud humana me falsifican. Yo procedo del ramo de olivo; yo soy la paz. Yo represento la sabrosa alimentacion de los manjares. Si es necesario contribuir á la combustion, ardo; aunque ya para estos menesteres he cedido la plaza al temeroso petróleo, al difuso gas y en ciertos casos á la electricidad maravillosa é impalpable....

¡Oh! candiles y velones de mi vida, ya estais relegados casi al carácter de objetos arqueológicos. Pero, no importa; yo, en estado de pureza, representaré siempre un gran papel en la economía humana. Ahora; si me cambian por aceite de algodon, no es culpa mia.... ¡Yo protesto!

El vino.—¡Pues y yo! Pase que algunos taberneros *non sanctos* me ingieran el bautismo católico á fuerza de agua... Pero el campeche.... ¡Bah!.... ¡no soy tan campechano para resistirlo! Aun hay más. Ahora han dado en mezclarme con alumbre. Yo manifesté el otro dia mi resistencia á recibirlo.

—¡Por los años de Noé!—dije—yo no puedo admitir estas mezcolanzas indignas de mi alto abolengo.

Y el tabernero que es un ladino de siete suelas me replicó:

—No hay más remedio: es necesario apropiar tus condiciones al lenguaje del dia. A los que abusan de tí se les llama alumbrados. Pues ¿cómo se han de alumbrar sin alumbre?

Ni aun este razonamiento luminoso me convenció. Yo sigo creyendo que el pan debe ser pan, y el vino, vino.

Todas las demás sustancias alimenticias (en coro).—¡Lo mismo digo!.... ¡Lo mismo digo!....

* * *

Las carreras de caballos correspondientes á la temporada de primavera han terminado con toda felicidad sin que ningun *jockey* haya medido la pista con su cuerpo.

El hipódromo tan calumniado en otro tiempo ha llegado á establecer como costumbre anual sus fiestas hípicas.

No hay, preciso es confesarlo, en nuestras carreras de caballos, el entusiasmo ni el ardor que hacen notables en Inglaterra y Francia las pistas de Epsom ó la de Longchamps en el bosque de Boloña. Pero no falta en Madrid una sociedad especial que adora el *sport* como los ribereños del Támesis adoran nuestras corridas de toros y el sol de Andalucía.

Es la ley del contraste. Aquí muchos beben cerveza porque saben que en Alemania y en Inglaterra se hace gran consumo de ella. Hay quien opina que las ideas filosóficas se han engendrado en el fondo de un *bock* de Baviera, y que el *pale ale* es la bebida que mejor sienta á un *gentleman* verdadero.

Por lo demás, las carreras de caballos son un motivo para establecer una especie de ruleta al aire libre.

Ruleta colosal en que la pista representa el hueco de los números y los caballos son las bolas que dan ó quitan la suerte.

En estos dias de carreras los caballos son irresistibles. Todos sueñan con cuadras de pórfido y malaquita, en cuyos pesebres se halle en abundancia la dorada avena.

Si fuera posible entender el lenguaje de los caballos y les preguntáramos qué verde les gusta más para alimentarse, nos contestarian con una ambicion sin celemin ni medida de ninguna especie lo siguiente:

—El verde que más me gusta es el *verde esmeralda.*

* * *

Ha pasado la fiesta de San Isidro. La Pradera ha tenido sus visitantes de costumbre. Ha hecho buen sol y tambien ha llovido. Lo cual indica que la romería ha sido variada, puesto que se ha podido ensalzar al santo por la templanza del dia, y apedrearle despues en castigo de haber permitido la indiscrecion de los aguaceros. Una festividad ecléctica.... en resúmen.

Todos los años se vende en la romería, amen del pito tradicional adornado con exuberantes flores de talco y percalina pintada, algun objeto de barro que simboliza el hecho más saliente de la temporada.

Otras veces han sido estatuitas de ministros y personajes influyentes de la política... Ahora ha sido la *mano negra.*

¡Una mano que merced á un hilo de goma se abre en sentido longitudinal como si fuera la boca de un caiman ó un cocodrilo!

* * *

Miéntras aguardamos la visita del rey de Portugal, sigue la compañía del teatro de la Comedia conquistando aplausos para el arte expresado en lengua portuguesa.

Se ha estrenado otra obra: *Teresa Raquin.*

El drama es de Zola y carece por completo de condiciones escénicas.

En cambio Lucinda de Furtado Coelho llega en esta obra á la mayor altura que puede alcanzarse.

Hace amar lo repugnante: colorea con matices de simpatía lo más abyecto y grosero de la realidad humana.

La ejecucion de Lucinda es asombrosa.

¡Ah! si esa actriz hubiese nacido en el país del bombo y del reclamo, en Francia!.... ¡A estas horas tendria una reputacion europea!

PEDRO BOFILL

Madrid 19 mayo 1883

NUESTROS GRABADOS

UN PASATIEMPO HONESTO, por Cárlos Froschl

Dice un filósofo profundo que no existe amigo comparable á un buen libro. Así debe haberlo comprendido la interesante pareja de este cuadro.

Desde luégo puede afirmarse que esa pareja la forman marido y mujer: lo demuestra la intimidad de su actitud, al par de la atencion que uno y otro consagran al escrito. Si fuesen simples novios y su buena ó mala suerte les hubiese deparado una entrevista en lugar solitario, de fijo leerian ménos ó darian ménos importancia á su lectura.

Recien casados son y con honesto amor se quieren. En la expresion de su semblante domina, no la pasion arrebatadora, sino la tranquila simpatía de los afectos. Desconfiad siempre de las manifestaciones de un amor que estalla á cada paso. El amor es fuego, sin duda alguna; pero si el fuego toma la forma de llama, en lugar de calentar incendia, en lugar de confortar destruye; el principio de vida degenera en elemento de muerte.

No hay delirio que siempre dure, y pudiéramos añadir con el otro, ni cuerpo que lo resista. Nuestros lectores toman su estado como el estado de la vida; es decir, como quien piensa gozar dilatadamente de esa felicidad que proporciona el amor sin elucubraciones y sin remordimiento.

Esos tranquilos, que no indiferentes, esposos, serán en su dia previsores y cariñosos padres. Quizás el libro que de tal suerte ocupa su atencion, trata de la mejor manera de educar á los hijos. En tal caso, ¿qué más honesto pasatiempo pudiera darse, ni qué mayor provecho podria obtenerse de la lectura de un buen libro?

ADAN DE CAMOGASC, cuadro por Barzaghi-Cattaneo

El pueblo helvético conserva piadosamente todas aquellas tradiciones que se remontan á la época en que sacudió el yugo de sus opresores.

La leyenda de Guillermo Tell no es más que un tributo de admiracion pagado á la memoria de los héroes de la independencia política de los suizos; la leyenda de Adan de Camogasc es la apoteósis del siervo que, en plena Edad Media, recuerda á Virginio, no en el sacrificio de su hija, pero sí en escoger la premeditada deshonra de ésta como punto de partida de la llamada plebe cuando existian patricios; de los llamados vasallos cuando existian señores.

El castillo de Gardoval dominaba la aldea de Madulein. El baron del castillo se consideraba dueño, ya no de la vida y hacienda de sus siervos, sino de la honra de sus hijas. Un dia los ojos del poderoso señor se fijaron en la hermosa doncella de Camogasc, como pudieran haberse fijado en la mejor vaca del establo ó en el mejor caballo de la cuadra.

Adan contuvo la explosion de su justa ira cuando los satélites del baron fueron en busca de la hermosa aldeana, y ofreció llevarla personalmente al castillo al siguiente dia. Y al castillo fué Adan de Camogasc, y fué acompañando á su hija, vestida con sus mejores galas; y cuando el señor de Gardoval se disponia á abrazar groseramente á la víctima de su brutalidad, la espada del padre penetró en el corazon del tirano.

Al grito de dolor que lanzó el herido en su agonía, respondió el grito de los aldeanos vengadores de tanto ultraje; y el castillo de Gardoval fué pasto de las llamas y Suiza sacudió desde aquel punto la dura servitud del feudalismo.

Hoy existen apénas en la libre Helvecia las ruinas de esos antiguos nidos de águilas. Al escudo de armas de los señores de cada pueblo ha sucedido el lábaro comun de los suizos, una cruz, una cruz divina que, como dicen unos hermosos versos trazados en los muros del vetusto castillo de Chillon, simboliza que todos los ciudadanos se deben á una patria y la patria se debe á cada ciudadano.

AHASVERO, cuadro por Cárlos Marr

Pocas veces un argumento dramático, una leyenda trágicamente sombría, ha encontrado ejecucion tan cumplida como en este precioso lienzo del distinguido profesor aleman.

Ahasvero es el maldito de Dios: su vida es la eternidad; su remordimiento no ha de tener término.

La idea del suicidio brilla constantemente á sus ojos y halaga su imaginacion, como la presuncion del oasis halaga al extenuado viajero en el desierto. Pero la muerte es un instrumento del Señor que no acude allá donde la llaman, sino allá donde el Señor la envia.

Todos los hombres están condenados á muerte; sólo Ahasvero está condenado á vivir.

Cuando se precipita en el abismo pedregoso, el Señor presta alas á su cuerpo y las piedras le reciben como si cayera en blando lecho.

Cuando penetra en el incendio, las llamas lamen apénas sus vestiduras, como las lenguas de los leones lamieron apénas las de David en la cueva que poblaban aquellos felinos.

Cuando se sitúa entre dos ejércitos combatientes, uno y otro hacen blanco el cuerpo del hombre temerario; pero á una pulgada de ese cuerpo las saetas se vuelven contra aquellos que las disparan, ó las jabalinas, rechazadas cual por encanto, forman á sus piés como gavillas de doradas espigas.

Ahasvero llega al borde del precipicio en cuyo fondo ruge el mar azotado por tempestad deshecha; Ahasvero sabe que las olas implacables no devuelven sino cadáveres.... Una mujer lucha desesperadamente....

Ahasvero se arroja desde lo alto de la roca y sus nervudos brazos hacen presa en esa mujer, no para salir con ella á la playa, sino para que las convulsiones de la ago-

nizante le arrastren más decididamente al fondo del mar bravio.... ¡Inútil empresa!

Las encrespadas olas arrojan á la arena el grupo informe.

Ahasvero es depositado en la arena, abrazado al cadáver de esa mujer.

¡Oh desesperacion!

Ahasvero no puede morir. Es el maldito de Dios, condenado al mayor suplicio, al suplicio de la vida...

JUDIA DE MARRUECOS

En tierra de blancos y negros, estos últimos desprecian soberanamente á los mulatos, ese intermedio entre el europeo y el africano, fruto repulsivo para entrambas razas, engendro del sensualismo y del oprobio.

De la misma manera, en tierra de moros y cristianos el judío es el sér á quien se considera con más desvío: en el órden social y religioso es el mulato de los pueblos orientales y de cuantos practican sus costumbres.

Una judía no es más considerada que un judío, con lo cual la injusticia sube de punto, porque si el varon, á puro hostigado, se ha vuelto vengativo, la hembra es generalmente buena y apenas confía al solitario llanto la expansion de una pena que la hiere en lo más vivo, la hiere en su dignidad.

La judía, además, es frecuentemente hermosa y algunas veces su natural belleza es realzada por caprichoso traje y valiosas joyas. Ni áun así ha de encontrar quien se llame su amigo: el mendigo marroquí se cree superior á esa mujer, que puede estar adornada del valor de Judit, el talento de Esther, la hermosura de Rebeca y la modestia de Ruth.

Es judía, y ante esta simple consideracion palidecen todas sus virtudes, se eclipsan todas sus dotes personales. No es, pues, de extrañar que la belleza de la judía sea severa y esté casi siempre velada por una nube de tristeza. Ella, que comprende lo poco que vale el pueblo en que vive, sobre todo si ese pueblo es el marroquí, se halla ser inferior á la última de las mujeres que da el pecho á su hijo bajo un techo de paja de maíz.

Y ¡cosa rara! el cristiano transige alguna vez con la judía; el mahometano es implacable en el desprecio que por ella siente. Se explica, á pesar de todo; Jesucristo predicó el amor y practicó el perdon; Mahoma predicó el odio y practicó el exterminio.

UNA CALLE DE SUBIACO
dibujo por Enrique Serra

La antigua Sublaqueum es una poblacion de cierta importancia, á unos 50 kilómetros Este de Roma, en tierra que un dia formó parte de los Estados Pontificios. Aparte de algunos edificios notables, entre ellos la hermosa iglesia de San Andrés, debida á Pio VI, únicamente es notable por cierto convento, fundacion de Benito de Nursia, en cuyo recinto funcionó la primera imprenta establecida en Italia.

La calle que reproduce nuestro grabado da una idea de la vetustez de esa poblacion, triste y silenciosa, á pesar de sus siete mil habitantes.

LA BATALLA DE LEIPZIG

El sol de Austerlitz y de Marengo tocaba á su ocaso.

La Europa entera, como avergonzada de ser juguete de un solo hombre, siquiera este hombre fuese Napoleon I, habia empeñado su honra en un postrer envite contra el coloso del siglo.

España y Rusia habian dado el ejemplo: un pueblo esencialmente libre y otro pueblo esencialmente esclavo, legaban á la posteridad el glorioso ejemplo de cómo se vence á los invencibles, de cómo se mata á los invulnerables.

Alemania salió al encuentro del coloso, y el coloso comprendió que iba á entablarse la lucha decisiva, cuyo premio era la monarquía que soñaron Alejandro y Cárlos V; cuyo vencimiento era algo peor que el monasterio de Yuste, era el cementerio de Santa Elena.

Del 16 al 19 de octubre de 1813 duró la batalla: Napoleon hizo prodigios de talento; el ejército francés los hizo de valor.

Todo fué inútil: los alemanes recibian continuamente tropas de refuerzo; el emperador de Francia no contaba con más reserva que dos divisiones de la vieja guardia, que hicieron cuanto puede exigirse al militar más pundonoroso; murieron en su puesto, sin perder una línea del terreno ocupado al empezar el combate.

Por segunda vez en su vida, Napoleon ordenó la retirada: la primera la habia ordenado despues del horrible incendio de Moscou.

La retirada de Leipzig constituyó la verdadera derrota. Diríase que los soldados franceses han sido educados en la fortuna y que en su táctica se ha prescindido siempre de cómo se marcha presentando la espalda al enemigo. El rio Elster fué tumba de muchos imperiales, y del mejor entre ellos, el príncipe de Poniatowski, elevado á mariscal la víspera del gran desastre.

El autor del dibujo que reproducimos ha querido sin duda dar una idea de los combates que se riñeron, durante esa batalla, para ocupar uno y otro ejército la poblacion de Propstheyda, que quedó definitivamente por los alemanes. Las figuras del cuadro demuestran con sus actitudes, la viva satisfaccion que experimentan al considerar la derrota de los franceses.

La humanidad lloró en cuatro dias la pérdida de cien mil hombres. ¡Vayan Vds. á decirles á cien mil madres que así lo exigian los altos intereses de la política europea!....

MI AMIGO PERICO

(Historia casera)

Yo como hombre libre, en el buen sentido de la palabra, trasnochaba *in diebus illis* por costumbre y en su consecuencia amanecia para mí en todo tiempo de once á doce de la mañana.

Vivia en presidio correccional, como llama un amigo mio á las casas de huéspedes, y ocupaba un gabinete con su alcoba con vistas á un patio microscópico, que era el respiradero comun de la vecindad.

Mis oidos se habian ya acostumbrado á todo ese concierto de primera hora en que llevan *el pié ó la voz cantante* los aguadores que suben el agua *con estrépito*, las alumnas del Conservatorio que *castigan* el piano, golpeándole sin piedad, las criadas que cantan ó *desafinan* con los criados, que se *crian* en la misma casa, con acompañamiento de campanillazos, portazos, trastazos y demás ruidos matutinos y sólo me despertaban la urgente visita de un amigo, que *necesitaba de mí*, ó la llegada de un billete perfumado enviándome butacas para una funcion de beneficencia.

Hice una breve excursion al Escorial y á mi vuelta noté con gran disgusto que habia ingresado un nuevo artista en la *ruidosa* compañía matinal que funcionaba contra mi sueño.

Dormia yo tan profundamente como un sereno, un cochero de plaza ó un magistrado del Tribunal Supremo, cuando desperté sobresaltado al oir los desgarradores lamentos de una criatura (así al ménos lo creí) que entre sollozo y sollozo gritaba «¡Ay Perico! ¡se ha muerto! ¡se ha muerto!»

Supuse que se trataba de algun niño que lloraba la muerte de su hermanito y salté de la cama y á medio vestir me asomé á la ventana y pregunté á la patrona, que tomaba el fresco en la de al lado:

—¿Por qué llora ese niño?

—Señorito, me contestó, si es un loro el que llora! ¿No lo ve V. en el principal?

Bajé los ojos y efectivamente ví al animalito lloron que estaba en su jaula sobre el alféizar de la ventana.

Risas mal comprimidas de las criadas que se habian asomado como yo á admirar la especialidad plañidera del papagayo me hicieron comprender que se burlaban de mi error de persona y como Aquíles me retiré, no á mis tiendas, sino á mi abandonado lecho.

No pude, sin embargo, volver á pegar los ojos, porque sin duda el loro estaba de humor y el público muy exigente y le examinaron de todas sus habilidades y hubo aquello de «Lorito real» etc. y «¿Lorito eres casado?» etc. y mandó las maniobras de un buque, hizo el ejercicio y acabó con una descarga cerrada.

Esto una vez podia tener el encanto de la sorpresa, pero continuó repitiéndose la escena todas las mañanas y á la quinta resolví proceder contra aquel *despertador* de nuevo género y solicitar de su propietario ó de la *autoridad competente* que le extrañaran del patio, sobre todo hasta las doce del dia, ó arbitraran el medio de quitarle el *abuso* de la palabra.

Yo siempre almorzaba ó comia leyendo, con gran contentamiento de la patrona, porque, segun ella, nunca me quejaba de lo mal condimentado de los alimentos y todo me sabia á *letras*.

No dejó pues de extrañar que, aquella mañana dando de mano al *Liberal*, me pusiese á conferenciar con ella del siguiente modo:

—¿Quién vive en el cuarto principal?

—Una señora que ha venido cuando V. estaba fuera.

—¿Será alguna vieja tan pesada y antipática como su lorito?

—Quiá, no señor, es una viuda jóven y muy guapa.

—Hola, hola, eso ya es más grave. Pero ¿por qué no la obliga el casero á que tenga en un cuarto oscuro á ese *orador* de *patio*?

—Ya el administrador le ha hecho presente que los vecinos se quejaban de las genialidades de Perico y ha contestado que su loro es como de la familia y necesita tomar el aire para no caer enfermo.

—¡Animalito! Pero ¿cree esa señora porque es una viudita jóven?.... Creo que V. ha dicho que es muy jóven...

—La doncella asegura que acaba de cumplir 24 años.

—Buena edad. Y porque además es guapa.... ¿No ha dicho V. que es muy guapa?

—Guapísima. El domingo la ví en misa y quitó la devocion á muchos fieles.

—Pues bien, si esa señora porque es.... todo eso, se ha propuesto ponernos la ley, se equivoca de medio á medio y yo mismo bajaré á decírselo.

—Este bisteck parece una suela de zapato, exclamé dando otro giro á la conferencia.

—Señorito, hoy no ha leido V. el *Liberal*, me dijo con segunda intencion mi *enemigo casero*.

—Ni lo leo, añadí relativamente indignado. En cuanto tome el café bajaré á ver á esa protectora de animales.

—Y verá V. una cosa buena y de un tiro matará dos pájaros, observó la susodicha.

—Nada de suposiciones malévolas, Ramona, la dije. Yo no pienso matar al loro ni con perejil ni con revolver y mucho ménos á su ama. Venga el café y basta de conversacion.

Lo bebí, me avié y bajé á querellarme al cuarto principal.

II

—¿La señora de Perico? pregunté á la criada que se asomó á la ventanilla.

—Aquí no es, me contestó con la amabilidad propia de todas las del gremio.

—Vaya si es, repuse con acento firme y seguro.

—V. viene equivocado.

—Equivocado no, incomodado. Soy el vecino del tercero, con que figúrese V. si sabré á quién vengo á ver.

—¡Ah! ¿V. es visita de la señora?

—Claro y abra V., hija, que no me cómo á las gentes.

—Como hay tantos ladrones que parecen caballeros, está una siempre escamada.

Iba á responder á aquella inconveniencia cuando se abrió la puerta y penetré en lo que debia ser el recibimiento, pues con motivo del calor estaban casi cerradas las ventanas y habia una media luz que era oscuridad completa para el que entraba.

Tropecé en una silla y la criada me advirtió:

—Cuidado, no rompa V. algo.

Lo natural parecia que la fámula me hubiera hecho la prevencion, refiriéndose á mi persona, que podia sufrir alguna contusion de primero ó segundo órden y no á los muebles de la casa, que en caso de choque resistirian más que cualquier parte de mi individuo, pero por lo visto, aunque fuera muy *buena criada*, estaba muy *mal criada*.

—Siga V. todo derecho, me advirtió, y está V. en la sala.

Yo explorando el terreno con el baston conseguí adivinar, despues de algunos pequeños encallamientos, que entraba en la pieza de recibo.

Con el sombrero en la mano izquierda y el baston en la derecha manejado á lo ciego, debia hacer una figura bastante ridícula.

Me pareció que la doméstica al alejarse se iba riendo.

Pude sentarme en un sillon y al cabo de algunos minutos me dí cuenta del sitio en que me hallaba.

La sala estaba amueblada con sencillez, no exenta de elegancia.

Encima del sofá pendia un gran retrato al óleo de un señor ya anciano con uniforme civil, que supuse seria el padre ó el abuelo de mi vecina.

Con objeto de *ver más claro* me tomé la libertad de abrir un poco la madera de uno de los balcones y me volví á mi asiento aguardando la salida de la *viuda jóven*.

No se hizo esperar y á los dos segundos apareció mi bella desconocida.

Abrí cada ojo como un plato y en la rápida revista que hice de su personalidad no encontré exagerados los informes de mi patrona.

Era su conjunto simpático y altamente distinguido.

Vestia de negro, color que armonizaba con lo moreno de su tez y sus negras y espesas pestañas, que servian de toldo á sus grandes y rasgados ojos, impregnados de una ternura y una melancolía inexplicables.

—Caballero, ¿á qué debo el honor?... me preguntó al ver que yo me ocupaba en contemplarla y no rompia á hablar.

—Estoy á los piés de V. Soy el vecino del tercero D. Luis Lopez, contesté con la mayor finura.

—Tome V. asiento.

Así lo hice y se entabló entre ambos el siguiente diálogo:

Yo. V. me dispensará si me he tomado la libertad de venir á visitarla, pero entre vecinos...

Ella. Con motivo del luto no he pasado tarjeta á nadie.

Yo. (ap.) Una indirecta.—Molestaré á V. muy poco. Vengo á pedirla un favor. Yo me acuesto muy tarde y me levanto naturalmente muy entrado el dia. V. tiene un loro que vale mucho.

Ella. No lo sabe V. bien.

Yo. Le oigo y me basta. ¿No podria V. disponer que no lo sacasen á la ventana que da al patio hasta despues de las doce?

Ella. Imposible, caballero. Como los balcones de esta casa miran á Oriente, los baña el sol toda la mañana, y el pobre loro empieza á decir: «¡Ay qué calor! ¡ay qué calor! Perico, al patio, Perico, al patio.»

Yo. Sí, á despertar á los vecinos. Señora, su loro de V. no es todo lo tranquilo que debiera.

Ella. Es un animal que no diré que sólo le falte hablar.

Yo. Nada de eso, es un Castelar con plumas.

Ella. Pero sí que tiene una inteligencia extraordinaria. Yo le quiero mucho.

Yo. ¡Feliz él! (ap.) Debo empezar á insinuarme.

Ella. Nos comprendemos perfectamente.

Yo. Sí, como dice Darwin, todos descendemos del mono....

Ella. V. será el que lo crea.

Yo. De todos modos, V. siempre saldria ganando y seria muy mona. (ap.) El requiebro ha resultado *cursi*, pero continúo insinuándome.

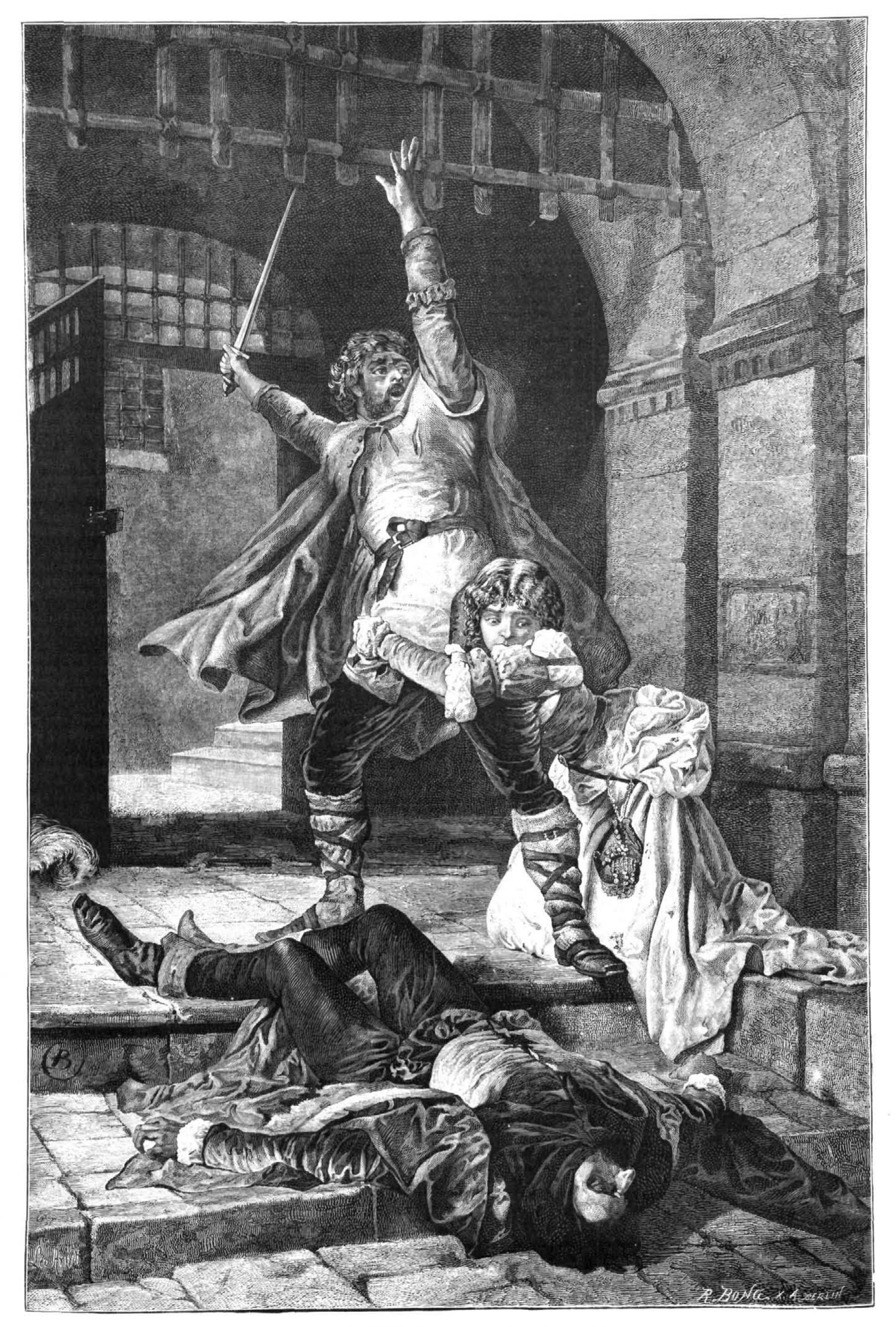
Ella. Seis meses hace que estoy viuda. Perdí á mi marido, que era mucho mayor que yo, á los cuatro meses de casada. Iba de Intendente general de Hacienda á Cuba y á los quince dias de llegar á la Habana murió en mis brazos, víctima de la fiebre amarilla.

Yo. Aunque no tenia el honor de conocerle, acompaño á V. en el sentimiento. Y, perdone V. la indiscrecion, ¿este retrato es el de su difunto esposo?

Ella. Sí, señor.

Yo. Pues tenia muy buen gusto.

Ella. Pasado el novenario dí la vuelta á España con mi doncella y el loro, último regalo de mi marido. El



ADAN DE CAMOGASC, cuadro por Barzaghi-Cattaneo



AHASVERO, cuadro por Cárlos Marr

pobrecito como estaba siempre á mi lado y me veia llorar, se acostumbró á remedarme y por eso sigue llorando con tanto desconsuelo.

Yo. ¿Cómo? Perico no llora sólo por llorar sino porque simpatiza con la desgracia de V.? Positivamente es un loro de muy buenos sentimientos y que merece el cariño que V. le tiene. De hoy en adelante cuando le oiga lamentarse me haré la ilusion de que es V. la que se queja y la compadeceré desde el fondo de mi alma.

Ella. ¿V. es andaluz?

Yo. No señora, madrileño. Y conste que agradezco al loro la ocasion que me ha proporcionado de ponerme á los piés de una vecina, tan digna de adoracion y de respeto, y no será la última vez que venga á deleitarme en su amable compañía. (ap.) Lancé la bomba.

Ella. Gracias por tanta galantería, pero aconsejo á V. que no se moleste en visitarme. Tengo para ello motivos poderosos que me reservo.

Al llegar á este punto nuestra conversacion languideció. Creí conveniente despedirme y al salir ví que entraba un caballero alto y rubio.

¿Será este el motivo poderoso que tiene mi vecina para no recibirme? pensé al volver á subir á mi habitacion.

III

Decididamente la señora del cuarto principal era de *extra-superior* hermosura y valia la pena de idolatrarla.

Como por la peana se adora al santo, yo resolví que el loro me sirviera de peana para adorar á mi vecina que si no era santa al ménos era muy guapa.

Todas las mañanas me asomaba á la ventana y dirigia frases cariñosas al alborotador de la casa.

Le preguntaba: «¿Cómo estás, Perico? ¿te dan chocolate? ¿por qué no lloras?»

Pero el desagradecido Perico no sólo no me respondia sino que cesaba en su charla y sólo algunas veces decia por lo bajo: «Anda, feo, silbante,» y otras cosas peores.

Yo esperaba que su ama se asomase á darme gracias por mi *desinteresado* cariño hácia aquel animalito que tan preferente lugar ocupaba en su corazon, pero me engañé por completo.

Pasaron quince dias y ni una sola mañana se dignó mostrar su hechicero rostro á los espectadores del patio.

Planteé otro sistema y estuve largas horas matando el tiempo en el portal para saludarla al entrar ó al salir, y sólo conseguí ver al caballero rubio, que al pasar á mi lado me miró con cierto aire despreciativo, que me dió muy mala espina.

Recurrí á la literatura para ablandar á mi bella y escribí en el *Madrid Cómico* una poesía jocosa dedicada á mi amigo Perico, que terminaba de este modo:

Tienes una ama, tesoro
de hermosura y de pasion;
dila por Dios que la adoro
con todo mi corazon.

Los versos si no eran muy buenos no pecaban de oscuros.

Eché el número por debajo de la puerta para que se enterase la aludida y á la mañana siguiente ví el ejemplar casi deshecho en la pata izquierda del loro, que se entretenia en hacerlo pedacitos con el pico.

Viendo que los medios indirectos no me daban resultado ninguno decidí presentarme con cara descubierta al objeto de mis amorosas ansias.

Me hice devoto y me aboné en la parroquia á todas las misas que se decian los dias de fiesta para poder acompañarla á su vuelta á casa, pero sin duda mi rubicundo rival era un ateo sublimado y no la permitia cumplir con los deberes de cristiana, porque durante un mes no tuve la satisfaccion de verla en el santo templo.

Una mañana sin embargo la encontré en el portal.

Entraba cuando yo salia y á fuer de caballero galante me empeñé en acompañarla hasta la puerta de su morada.

La pregunté si habia leido mis versos á su loro y me contestó que no.

—Si V. quiere puedo recitárselos ahora mismo, añadí yo con la esperanza de que me hiciera entrar en su cuarto, proporcionándome la ocasion de una entrevista trascendental.

Pero tiró de la campanilla y abriéndose la puerta apareció el caballero de *la para mí triste figura*.

Inútil es decir que me quedé plantado, besé los piés á mi vecina y por vía de chiste la dije: Memorias á Perico.

No desmayé en mi empresa y la escribí varias cartas en distintos estilos mas siempre sobre el mismo tema; pero ninguna obtuvo respuesta.

Digo mal, al dia siguiente de haber redactado la vigésima epístola amatoria recibí la contestacion siguiente:

«Caballero, prohibo á V. que continúe molestando á una señora con sus insípidas cartas. Ni le quiere á V. ni le querrá nunca;» y firmaba «El que V. sabe.»

Y vaya si lo sabia, era mi contrincante rubio que se permitia darse tono de soberano absoluto prohibiéndome disputarle su conquista.

Como es natural, la amonestacion hirió mi amor propio y continuó la correspondencia en verso y prosa y la hostigué con mis requiebros las pocas veces que la hallé á mi paso.

En esto tuve precision de salir para el Escorial á cumplir el fúnebre encargo de albacea testamentario de un amigo, en cuya casa me habia alojado varios veranos.

Un mes duró mi ausencia. Volví de noche á Madrid y al entrar en casa me dijo la patrona:

—¿Sabe V. la noticia? Esta mañana ha muerto.

—¿Quien, mi vecina? ¡Me ha dejado V. frio!

—No, señorito.

—¿El caballero rubio? Me alegro.

—Tampoco.

—Pues ¿quién?

—Perico.

—Ménos mal. Aunque no puede creer esa señora que yo he contribuido á tan inmensa desgracia y voy á darle mis excusas.

Sin escuchar las observaciones de mi patrona bajé al cuarto principal. Me abrió la criada y la pregunté con ansiedad:

—¿Con que es cierta la catástrofe? ¿con que ha muerto Perico? La señora estará inconsolable. Pásela V. recado que deseo consolarla.

—No recibe, me contestó.

—¿Hay lista?

—Tampoco.

—¿Y de qué ha muerto ese inteligente animalito?

—De repente. Ahí lo tiene V. muerto en la jaula.

Entónces me asaltó una idea que inmediatamente puse por obra sin oposicion de la fámula.

Mis lectores me permitirán que no les diga lo que hice hasta el momento oportuno.

Ocho dias despues me presentaba en casa de la ex-propietaria de Perico con un bulto envuelto en un papel en la mano.

La criada quiso detenerme, pero yo forcé la consigna y entré en la sala con aire triunfante.

Habia visitas y en el sofá estaban ella y él.

Juzgué la ocasion á propósito para dar el golpe teatral que proyectaba y adelantándome hácia mi esquiva hermosura pronuncié este breve discurso:

—Señora, V. queria mucho á Perico y ha muerto. Comprendiendo su dolor y para que lo tenga siempre á la vista, lo he mandado disecar en casa de Severini y me apresuro á devolvérselo á V. rogándola que no vea en este acto más que el deseo de repetirla el afecto que la profeso como apasionado amigo, que ha hecho lo que á algun otro no se habrá siquiera ocurrido.

Y diciendo y haciendo arranqué el papel y enseñé á Perico disecado sobre una elegante peana.

—Caballero, me contestó mi bella ingrata, agradezco la buena intencion de V., pero á mi marido no le gustan los loros. Puede V. guardárselo como un recuerdo del que fué su buen amigo.

—Jóven poeta, prosiguió su adlátere, yo que soy esposo de Julia desde hace ocho dias, le ofrezco mi sincera amistad en pago de la felicidad que le debo. Se resistia á contraer segundas nupcias á pesar de mis observaciones respecto de los peligros que corre una viuda jóven y bien parecida, expuesta á las asechanzas y galanteos de los enamoradores de oficio y V. se ha encargado de darme la razon con su tenaz sistema de asedio amoroso, valiéndose de su afectado cariño al loro, del periódico, del correo y hasta del acecho, como si fuera una perdiz. No extrañará V. pues que le escribiera aquella carta animándole á ayudarme en mi empresa. Debo á V. pues mi felicidad y le deseo tan buena suerte como yo he tenido.

Desconcertado, con el loro en la mano y viendo que los circunstantes ocultaban la cara entre las manos sin duda para reirse de mí, balbuceé algunas palabras sin sentido, dí la enhorabuena á los recien casados y tomé el partido prudente de eclipsarme.

—Tome V. ese pajarraco, dije á mi patrona, y póngale de adorno en la sala.

¡Yo habia representado en este idilio amoroso el papel de un pequeño Galeotto!

Al dia siguiente busqué otra casa de huéspedes á donde me trasladé sin pérdida de tiempo.

Desde entónces odio los loros y no vivo nunca en casa donde haya un ejemplar de la especie de Perico.

RAFAEL GARCIA Y SANTISTEBAN

EL GUARDA-AGUJAS

Tambien tiene la civilizacion sus esclavos. A las servidumbres de la tiranía han sucedido las servidumbres de la libertad.

Quien lo dude no ha conocido seguramente á Juan el guarda-agujas.

Pegado siempre á la vía, formando parte integrante de ella, más parecia un instrumento mecánico que un hombre.—En la edad de hierro hubiera sido siervo de la *gleba*: en la edad de vapor era siervo del *rail*.

No conocia más mundo que el pequeño espacio que abarcaba su vista.

Dos altos y desiguales muros de granito; bajo sus piés un pedazo de tierra largo y estrecho, cuajado de nervios de hierro, que salia de un subterráneo para ocultarse en otro, como si fuera presa que se disputaran las negras y cercanas bocas de los túneles; sobre su cabeza un jiron de cielo al cual se asomaban caritativos el sol y las estrellas, el rayo de la luna y el rayo de la tempestad, rompiendo la monotonía de aquella bóveda sepulcral.

En los tiempos legendarios hubiérase creido que una turba de monstruos cayendo de la altura habia abierto aquel camino á fuerza de dentelladas en la roca viva.

Sobre un montecillo de arena, donde los piés se hundian al andar, alzábase una caseta de madera á propósito para servir con desahogo de nocturna vivienda á un perro de ganado, especie de garita pintada de negro, más ancha en su base que en su remate, que desde léjos hubiese podido pasar por un ataud en posicion vertical. Allí vivia Juan como vive el desnudo tronco del árbol en el árido rincon de la sierra. Nadie se acordaba de él ni él se acordaba de nadie. Brusco y salvaje, fiel á sus deberes, sin pensar en el porvenir ni recordar un pasado que era igual al presente, comprimidos sus pensamientos y su respiracion por aquellos inmensos murallones que servian de valla insuperable al camino, ejercitaba el mayor de los heroismos; ese que se desarrolla en el secreto impenetrable de una existencia oscura sin recibir halagos de la suerte ni solicitar aplausos mundanos, que nace del fondo de un alma desgraciada y sabe sucumbir sin molestar á los poderosos con sus quejas ni excitar la compasion con sus gritos.

Atento siempre al más ligero rumor, velando miéntras los demás dormian, arrojado por la civilizacion sobre una roca, pagaba los rigores de la suerte sirviendo de vigía y de amparo á los caminantes que en alas del vapor se deslizaban frenéticos por el espacio sin más punto de union con la tierra que dos cintas de hierro que en caprichoso giro se ocultaban en el vientre de los montes, ondeaban sobre empinada cumbre ó se retorcian juguetonas y atrevidas al borde del abismo ó sobre las aguas del rio.

Apénas sonaba el lejano silbido de la locomotora corria Juan á su puesto y los trenes pasaban por delante de él, despidiendo chispas de fuego y ensordeciendo los aires con su retemblar de trueno, sin dejarle tiempo para apreciar los detalles del conjunto diabólico que ofuscaba su vista y, al salir de un túnel para entrar en otro, lanzaban infernales resoplidos como para recobrar fuerzas al aire libre en aquel respiradero y continuar despues su camino subterráneo.

Cuidaba las agujas con tanto esmero como puede cuidar un padre á sus hijas, y al oprimir la palanca le parecia que estrechaba una mano amiga.

Cuando una leve presion no bastaba para que las agujas, desviándose de su posicion normal hiciesen cambiar de vía á los trenes, era de ver al buen Juan riñendo á sus servidoras con una energía y una altivez dignas de un Jefe de estacion de 1.ª clase.

Rendido por el sueño en calurosa noche de verano se echaba junto á la vía con el oido puesto sobre el rail para que las lejanas vibraciones del tren le despertaran. ¡Cuántos, con ménos fortuna que él, pasaron á dormir así el último sueño! La dentada cuchilla del tren segó su cuello de igual modo que el hacha del señor feudal segaba la vida de sus vasallos sobre el tajo.

Veia pasar un año con la misma tranquilidad que un tren y siempre encontraban los trenes y los años al guarda-agujas de los túneles quieto en su tumba con los cabellos grises, los ojos verdinegros, el rostro curtido, el pantalon oscuro, la blusa azul y la gorra de galon encarnado compañera inseparable de una cabeza que no apreciaba nunca la diferencia que existía entre las lluvias de enero y el sol de agosto.

Lo único que variaba en el guarda-agujas era el objeto destinado á lucir en su mano al paso de tren. Lo de ménos era su persona: lo de más la bandera ó el farol á los cuales servia de sustentáculo.

Cuando la bandera estaba arrollada, el tren pasaba desdeñoso y confiado, sin temor ni zozobra.—La vía estaba libre. Si la bandera desplegada al aire era verde... el tren refrenaba su marcha y seguia avanzando con recelo al ver que se le hacia una señal de precaucion. Si era roja, se detenia amedrentado ante la ráfaga de sangre que se agitaba á su vista anunciando la proximidad de un peligro.

El alma apasionada que volaba en pos de los objetos de su amor, el cuerpo enfermo que corria tras la salud, el positivismo buscando más ancha esfera á sus goces materiales, el espíritu siempre en lucha con las miserias de la realidad, la fortuna del comerciante, los ideales del artista, las teorías del sabio... todo se encontraba pendiente breves instantes de la mano callosa y fuerte del oscuro guarda-aguja. Una pequeña contraccion de aquellos músculos obedientes y mansos hubiera bastado para trocar en polvo tantos tesoros, tantas ilusiones, tantas grandezas, que cruzaban el mundo sin dejar más huella de su paso que una negra estela de humo en el horizonte.

La importancia de Juan era, sin embargo, desconocida en absoluto por los que participaban de sus beneficios. Nunca mayor desden fué soportado con

más abnegacion—y al ver aquellos cíclopes de ojo encarnado salir de una oscura caverna para meterse en otra y pasar y repasar por delante de su caseta, no se le ocurria exclamar:

«Ah! corred... volad: para que tanto os movais es preciso que yo permanezca siempre inmóvil. Si veis nuevos horizontes es á cambio de que yo no conozca más espacio que esta sepultura. Vosotros sois la libertad, yo soy el órden. ¿De qué serviria que el rayo, aprisionado en un alambre, mordiera y deletreara sumiso la palabra humana, y que el vapor arrastrara pesados trenes y férreas máquinas empujándolos á su capricho por todos los ámbitos de la tierra, de igual modo que el espíritu mueve á su antojo la materia humana en los sublimes esfuerzos de la voluntad, si yo no hiciera fecunda esa potencia, manteniéndola siempre en el buen camino? Una ligera inclinacion de mi mano bastaria para trocarlos instrumentos de la vida en ciegos y terribles auxiliares de destruccion y muerte. Seguid vuestro camino sin fijaros en mí; cruzad confiados, no os detengais; yo velo por vosotros; nada teneis que temer. El esclavo más humilde de la civilizacion no faltará jamás en su puesto!

Pero á Juan, guarda-aguja de nacimiento, no se le podian ocurrir tales cosas, ni realmente era necesario. Bastaba que supiese atender á la custodia, conservacion y manejo de las agujas. Y nada más.

Una noche..... despues de haberse alejado un tren rápido que se detuvo breves instantes por un accidente imprevisto, al dirigirse Juan á su caseta tropezó con un bulto. Junto á la vía, mal rebujado en precioso chal, se encontraba un niño recien nacido. Aprovechando sin duda la parada del tren, una bella fiera de esas que arrastran seda y encages sobre alfombras de terciopelo habia consentido en cometer el horrible crímen de abandonar al hijo de sus entrañas quizá invocando exigencias de una honra cien veces pregonada y subastada en las salas espléndidas del mundo elegante.

Juan llevó al niño á su hogar, y experimentando extrañas y desconocidas sensaciones, se le ocurrió por primera vez en su vida la idea de que podia dormirse mejor sobre un banco que sobre una piedra y áun añadió el capote, á guisa de colchon, sobre la madera para menguar las durezas del improvisado lecho.

El niño se reanimó al sentir el honrado calor de aquella humilde caseta y lentamente fué desapareciendo de sus miembros el frio del abandono y de la noche.

Al dia siguiente el número de los séres vivientes de la caseta se aumentó con una cabra.

Juan le compró al desventurado niño una madre más digna de serlo que la que le habia tirado sobre las piedras del camino.

El niño se llamó como su padre adoptivo, pero los pocos empleados de la línea férrea que le conocian, le distinguieron con un nombre que recordaba el número del tren donde nació..... Le llamaban el hijo del 93.

Aquella hermosa criatura de cabellos de oro, tez sonrosada y azules ojos, fué para el alma de Juan el rayo de luz que vivifica y alumbra. La naturaleza salvaje del guarda-aguja se sintió de pronto agitada por sentimientos dulces y risueños.

El oficio mecánico, la vida material y monótona, habian hecho de Juan un artefacto de corteza más dura que la de los nogales, pero la mirada del pobre ángel abandonado penetró la áspera superficie y le hirió muy adentro denunciando la existencia de un corazon que hasta entónces nadie habia echado de ménos.

Aquel hombre rudo y fuerte se tornó blando y sensible. Abierta la válvula siempre cerrada de su corazon, se desbordó á torrentes el sentimiento inundando todo su sér. Ya no dormia sobre la arena ni permanecia mudo dias enteros con la vista apagada y el alma en tinieblas. Despertó del sueño brutal y despertó con la actividad que suele producir un largo descanso.

Jamás placer más puro fué sentido con mayor intensidad que el placer de Juan al tener entre los brazos á su hijo adoptivo.

Creció la hermosa criatura como crece la flor de los campos aprisionada en la hendidura de una piedra. La primera vez que se rió el niño fué la primera vez que lloró Juan.



JUDIA DE MARRUECOS

Padre é hijo sentian grande y profunda aversion hácia aquellas serpientes de gruesos anillos que se arrastraban sin cesar ante sus ojos y que venian á turbar su felicidad y reposo.

El niño gemia profundamente al oir el silbato de la locomotora y con estremecimientos nerviosos é inarticulados gritos indicaba que le alejasen del camino. El padre cumplia su obligacion, bien á pesar suyo, miéntras el niño daba rienda suelta á su llanto en la caseta. Apénas pasaba el tren, pasaba el dolor; con el tren se iba y con el tren volvia.

Una tarde jugaba el niño delante de la caseta saltando sobre los rails como saltan los pajarillos en las ramas de los árboles.

El grito ahogado de un tren sonó en las entrañas de los montes; el guarda-aguja, llamando al niño, corrió á su sitio; pero Juanito, en vez de buscar refugio á su espanto en los brazos de su padre, se precipitó en direccion contraria, corriendo y gritando miéntras agitaba los bracitos en ademan de esperar sin temor la llegada de la rugiente locomotora.

Gritaba el padre, reia el niño y, de repente, envuelto en humo apareció el tren en la boca del túnel. Era el número 93. Las manos de Juan vacilaron. Un temblor convulsivo puso en conmocion todos sus miembros, invadieron su corazon angustias de muerte y su cabeza oleadas de fuego....

El niño se habia sentado sobre el camino que debia recorrer el tren.

Nada más fácil para Juan que apartar al monstruo del lado de la inocente víctima que se disponia á devorar derrumbándolo por otra senda de perdicion y muerte. ¿Cruzó este pensamiento por la mente del guarda-aguja? ¿Se negaron acaso á realizar semejante propósito unas manos rutinarias acostumbradas durante muchos años á ejecutar la misma maniobra, á la misma hora y en idénticas circunstancias? ¡Dios lo sabe!

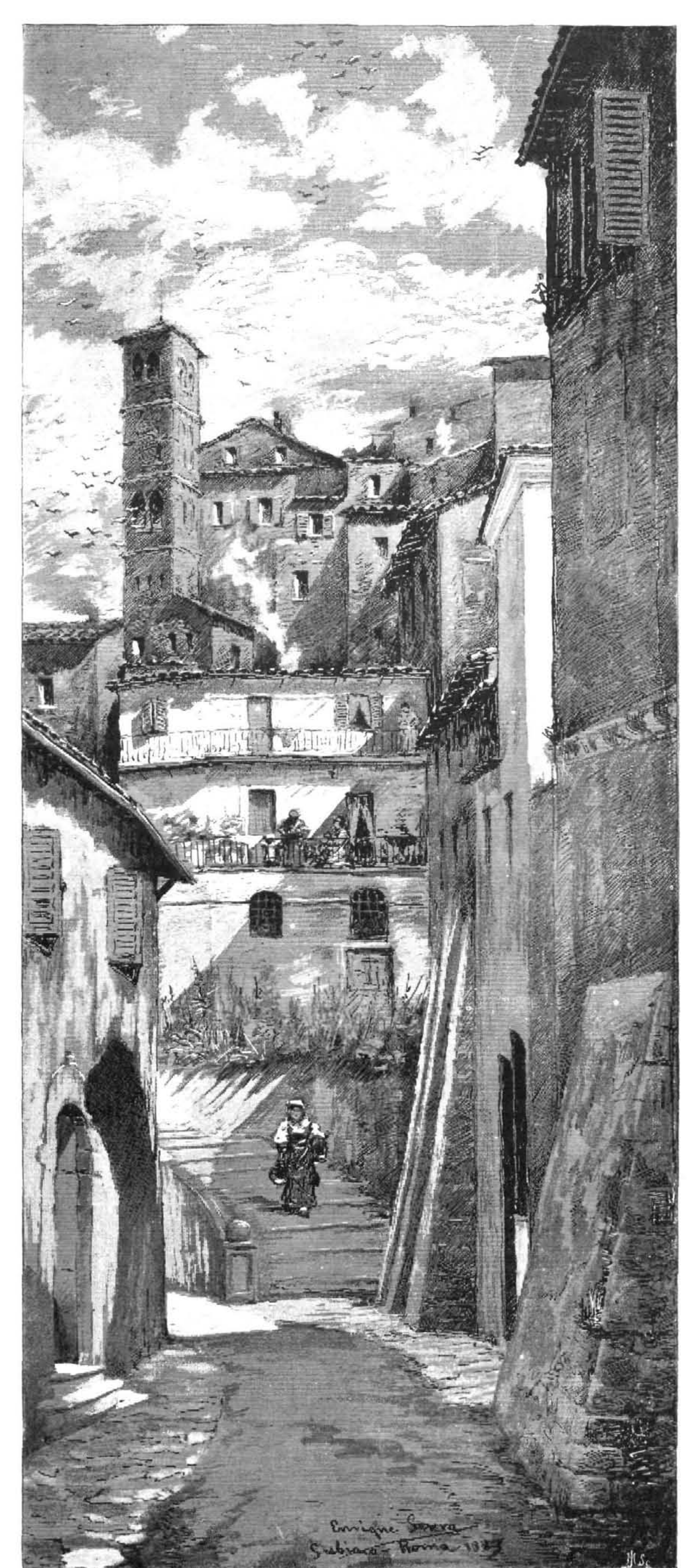
El tren pasó, como pasa la planta del hombre sobre el césped sin reparar en la florecilla que destroza y pulveriza, y una espantosa maldicion llenó los ámbitos del espacio retumbando en las cóncavas montañas, miéntras el infeliz guarda-aguja recogia de la arena del camino los sangrientos despojos del único sér á quien habia querido en el mundo.

En aquel terrible instante, volvió á sonar en direccion contraria la voz implacable del tirano de aquellos dominios. La fuerza del deber arrastró á Juan maquinalmente. Con los ojos llenos de lágrimas, el rostro salpicado en sangre y estrechando el cadáver de su hijo sobre su corazon, llegó á las agujas, y al ver acercarse la locomotora extendió el brazo trémulo hácia el camino sosteniendo en su mano una bandera roja arrollada.

El tren de recreo pasó fogoso despidiendo á borbotones carcajadas y cantares sin reparar en el pobre esclavo.

La vía estaba libre.

J. ORTEGA MUNILLA



UNA CALLE DE SUBIACO, dibujo por Enrique Serra

NOTICIAS GEOGRAFICAS

El túnel del canal de la Mancha.—Lord Grosvenor, presidente de la compañía del Túnel, ha dicho en la última sesion parlamentaria que aquella se propone establecer un simple túnel de camino de hierro con dos vias. Sólo habrá estaciones en sus dos extremidades; y calcúlase que la explotacion, organizada segun el «block system» (sistema de bloques), como toda línea férrea bien entendida, permitirá que salgan doce trenes por hora en cada direccion. Para poder pagar los intereses al 5 por ciento se necesitaria una renta anual de 678,000 libras esterlinas, y para obtener tal resultado se deberian trasportar 2,000 viajeros diarios, ó sea 1.500,000 anualmente, á razon de 6 y medio chelines por persona, así como 580 toneladas diarias de mercancías, á 10 chelines una. A 550,000 ascendió en 1882 el número de viajeros que efectuaron la travesía del Canal de la Mancha. Lord Grosvenor ha dicho además que en caso de peligro no será necesario destruir del todo ó en parte el túnel, pues la compañía ha encontrado el medio de cerrarlo perfectamente por un tiempo ilimitado.

Prescindiendo de esto, el túnel se hallará bajo el nivel del mar á tal profundidad, que no se le podrá volar ó hacer penetrar las aguas de modo que sea imposible su restauracion. En las extremidades, por el contrario, el túnel se podrá cerrar ú obstruir de modo que para dejarle de nuevo expedito se necesitaria un trabajo de tres meses lo ménos. En cuanto al tráfico entre Inglaterra y Francia, Lord Grosvenor piensa que no debe temerse un entorpecimiento por las tarifas francesas, puesto que la apertura del túnel tendrá seguramente por resultado franquear todas las barreras que las aduanas oponen hoy al libre cambio.

***

El istmo de Tehuantepec.—Segun dice el *Eco de México*, el famoso proyecto del capitan Eads para la construccion de una línea férrea destinada á trasportar buques á través del istmo de Tehuantepec parece próximo á realizarse. El informe publicado recientemente por el concesionario en el diario oficial dice que una seccion de ingenieros se ocupa en practicar un reconocimiento completo del istmo.

***

Exploracion del mar de las Antillas.—El vapor de los Estados Unidos *Tallapoosa*, á las órdenes del comandante A. G. Kellogg, acaba de hacer rumbo para las Antillas, donde la expedicion debe practicar varios trabajos topográficos y de sondeo.

Segun las instrucciones del ministerio de Marina, se debe reconocer la naturaleza de la costa occidental de Cuba, procurando descubrir ciertos bancos de arena que al parecer existen á unas diez millas del cabo de San Antonio.

Los buques que cruzan hoy por esta costa deben hacer un rodeo de 20 á 40 millas para evitar un peligro cuya existencia es dudosa: hay un sitio donde sólo se encuentran dos brazas de agua, segun ciertas cartas marinas; miéntras que otras indican mucha profundidad.

***

Expedicion Nordenskiold.—La expedicion proyectada por el baron Nordenskiold al interior de Groenlandia partirá el 20 de mayo. El gobierno sueco ha puesto á disposicion del explorador el vapor *Sofia*, que saldrá de Gotemburgo en dicha fecha para recoger al ilustre viajero en la costa de Escocia. Desde aquí, el baron se dirigirá hácia el fiordo de Anleltsivik, en la costa occidental de Groenlandia. Le acompañan cuatro naturalistas y un negociante de Berlin.

Ya se recordará que el profesor Nordenskiold emitió la opinion de que el interior de Groenlandia, generalmente considerado como una llanura de hielo, era, por el contrario, durante parte del verano una region templada: reconocer esto es el objeto principal de la expedicion.

NOTICIAS VARIAS

La travesía del té.—Es costumbre en Inglaterra conceder una prima considerable al buque que conduce á Lóndres el primer cargamento de té. Esta prima ha sido obtenida últimamente por el *Stirling Castle*, que ha franqueado en 31 dias la distancia que media entre Woosung (China) y Lóndres. Hasta ahora los buques de más rápida marcha no efectuaban esta travesía en ménos de 35 á 37 dias; el *Stirling Castle* ha empleado en este viaje un espacio de tiempo poco más ó ménos igual al que se necesita para ir desde las Indias á Inglaterra, consumiendo más de 100 toneladas de carbon cada 24 horas, con una fuerza de 8,000 caballos. Este buque, construido en el arsenal de Glascow, expresamente para este servicio, mide 133 metros de longitud por 15'25 de anchura, y su cabida es de 4,500 toneladas; de hélice, de bronce manganesado, tiene 7m,40 de diámetro y funciona por una máquina Compound de 3 cilindros. En la marcha de este buque, de absoluta regularidad, sólo se han observado insignificantes vibraciones, á pesar de su enorme peso y de su extraordinaria celeridad.

***

Accion de aceite sobre las olas.—En la rada de Aberdeen se han practicado últimamente experimentos relativos á la accion del aceite sobre las olas. Cuando soplaba un viento del sudeste bastante fuerte, que hacia subir las olas hasta el punto de que pasaran sobre los diques, imposibilitando la entrada de un buque, el capitan Brice, acompañado de los oficiales del puerto, hizo una prueba importante. A los 20 minutos de haberse vertido en el agua 280 *galones* (medida inglesa de líquidos que contiene 8 cuartillos) de aceite de grasa de ballena, las crestas blancas de las olas desaparecieron, calmóse la agitacion, y la entrada del buque en el puerto fué muy fácil.

Imp. de Montaner y Simon

LA BATALLA DE LEIPZIG, DIBUJO POR TOLLER





AÑO II — BARCELONA 28 DE MAYO DE 1883 — NÚM. 74

LA MODA, *cabeza de estudio por J. Raffe*

SUMARIO

PARIS ARTISTICO Y LITERARIO

El *Salon*.—Pintura patriótica.—Pintura pseudo-religiosa.—Estrenos dramáticos.—Venta de dibujos de Bertall.—Inauguracion de la estatua de E. Quinet.—Apertura de nuevas exposiciones.

El asunto de todas las conversaciones es la apertura del Salon. El Jurado de admision ha sido rigurosísimo, ó mejor dicho, arbitrario, pues ha rechazado millares de cuadros, algunos de ellos notabilísimos y de artistas muy distinguidos.

En el fondo todo ha sido como aquí se dice, *question de boutique*, ó en otros términos, la lucha por la vida ha hecho que la Junta de artistas franceses fuera rigurosísima con los extranjeros y las firmas desconocidas. La razon es natural. Paris ántes de la quiebra del año pasado compraba muchos cuadros. Luégo el Norte América era un mercado excelente que pagaba á altos precios los cuadros procedentes de Paris. Este año Paris sin negocios compra poco, y el gobierno norte-americano ha gravado con una contribucion enorme los cuadros de Francia á fin de proteger el arte nacional. Resultado: que la venta ha quedado muy reducida. Los artistas monopolizadores del Salon, para evitar la competencia han eliminado en masa, sobre todo á los extranjeros. Esto ha dado lugar á cierto clamoreo que producirá sus consecuencias, como las produjo análoga eliminacion en el año pasado, dando lugar á la formacion de la *sociedad de artistas libres*.

El aspecto general del salon es mediocre. Sobresalen algunas obras de gran mérito. Hay muchos cuadros muy bien dibujados. Algunos notables por la entonacion de sus medias tintas.

Verdaderamente coloristas, poquísimos. Esa fuerza y vigor de colorido de nuestros pintores españoles, falta casi por completo en el *Salon*.

Asuntos, los de siempre. Salvo honrosas excepciones, estancias domésticas como para demostrar que se sabe reproducir muebles, telas y *bibelots*. Mujeres desnudas, es decir, exuberancia de carnes; y la eterna Revolucion Francesa, con sus infinitas escenas de todos géneros.

Hay cuadros notabilísimos que no pudimos apreciar por su detestable colocacion. En cambio hay pinturas verdaderamente criminales que ocupan los mejores puestos.

Dejando aparte la multitud de obras medianas y desprovistas de verdaderas cualidades, nos fijaremos únicamente en las de verdadero mérito, procurando hacer resaltar sus bellezas y sus defectos.

En cuanto se sube por la gran escalera que se halla á la derecha de la entrada del Palacio de la Industria, lo primero que llama la atencion es un cuadro de proporciones colosales que representa *El príncipe Luis de Prusia, muerto por un sargento del* 10.º *de húsares* el dia ántes de la batalla de Jena. Es debido al pincel de Castellani, el pintor de panoramas, y el episodio, digno de figurar en una tela destinada á esta clase de espectáculos. A lo más puede pasar como pintura oficial, destinada á decorar una de las salas del ministerio de la Guerra.

Sigue á este, entre una infinidad de cuadros que pasan desapercibidos por su insignificancia, el que representa *La muerte de José Baró*, obra del discípulo de Cabanel J. J. Weerts. Baró era un voluntario de 13 años, que marchó con los húsares de la primera República contra los realistas de la Vendée. Cogido por éstos, despues de haber realizado mil proezas, le intimaron que gritara *¡viva el Rey!* y él respondióles con el grito de *¡Viva la República!* cayendo acribillado á bayonetazos y á cuchilladas. El cuadro tiene cualidades recomendables de composicion y colorido.

Y siguen los cuadros de batallas, y en especial los de la Revolucion Francesa. *Carnot en la batalla de Wattignies* avanzando con Duquesnoy al frente de una columna de soldados de la Convencion, para atacar á los austriacos; tal es el asunto del cuadro de Moreau de Tours. Está pintado con cierta energía; hay en él sentimiento del asunto; las figuras parecen moverse, pero el color es demasiado uniforme, y las caras de aquellos granaderos se parecen de tal manera unas á otras que cualquiera diria que todos son gemelos. En este defecto en que ha incurrido Moreau de Tours, incurrió tambien el célebre Messonier en su *Carga de caballería*; tomó por tipo un soldado normando y lo repitió. Moreau ha preferido un provenzal de rostro pálido y ojos negros.

Por un momento cesan las escenas de la guerra para continuar en otras salas, y vienen, rodeados de paisajes, bodegones, retratos, etc., algunos cuadros de asunto nacional, entre los cuales podemos citar por lo notable *La muerte de madama Roland*, presentada por Lyonel Royer en el mismo momento en que el verdugo empieza á atarla. En torno del cadalso se divisa el populacho, cuya vista hizo exclamar á esta gran revolucionaria aquellas sublimes palabras *¡Oh libertad, cuántos crímenes se cometen en tu nombre!* La actitud de la víctima es digna. En general el cuadro demuestra el gran talento de su autor.

Gaston Melin nos presenta á *Rouget de l'Isle, componiendo la Marsellesa*. La actitud del compositor es declamatoria, el color amanerado, y en general inferior á otros cuadros de idéntico asunto.

Y basta de Revolucion francesa, y de *chauvinisme*, como dicen los franceses, y veamos los cuadros del género religioso. Aunque más que tal, sea mitológico, figura entre ellos el *Prometeo amarrado á la roca*, cuadro de efecto dramático, pero que peca algo de cartelon. Su autor, Pedro Lira, es un pintor chileno que promete: tiene el personaje del cuadro que nos ha presentado, condiciones de estudio del natural, pero no es de ninguna manera el héroe tan valientemente descrito por Esquilo en su tragedia, echándose de ménos en él aquella altivez del Titan revelado en contra del Olimpo.

Sigue á éste el Cristo de Morot, que está, sin disputa, admirablemente pintado. Tiene una pureza de contornos extrema; es un estudio de modelado que raya en lo sublime, pero aquella imágen no es la de Jesucristo. Luégo la disposicion del cuerpo, los brazos atados con cuerdas, y no clavados, el I. N. R. I., puesto en la parte inferior de la cruz, debajo de los piés de Jesus; todo conspira contra la representacion del Dios hijo. En resúmen: es un cuadro de academia, de gran vigor, de colorido soberbio, pero no el personaje divino descrito en los evangelios.

Sigue á éste un *San Jerônimo* de Ph. Ernest Zacarie, que tiene mucha fuerza de entonacion como color y como sentimiento, está inspirado en los de nuestro inmortal Ribera.

Un cuadro notable, más que todo por sus dimensiones, es el titulado *Los suplicios del Gólgotha*, debido al pincel de J. Brunet. Tres cruces se ven sobre la meseta de un monte: en dos de ellas están los cuerpos yertos de los dos ladrones; de la cruz central falta el cuerpo del Mesías. Empieza la caida de la tarde y la luna asoma por detrás de unas montañas. Sin que el cuadro esté mal pintado ni mal compuesto, le falta color local.

La llegada de los Pastores á Belen, es un nacimiento pintado por H. La Rolle con cierta entonacion de dibujo, bien compuesto, pero monótono y un tanto áspero de color; aunque ha rodeado del resplandor divino al niño Jesus y á la Vírgen, todos los personajes todos los detalles del establo se resienten de ese naturalismo moderno, que es excelente para escenas de la vida real, pero que no se aviene con la tradicion religiosa. No hay más; ó se cree en lo sobrenatural del asunto, ó no se hace pintura religiosa; y La Rolle deja ver á través de sus pinceladas cierto espíritu de indiferencia religiosa cuando ménos. Del mismo género que este es el cuadro titulado: *El Cristo y la Samaritana* de Pierre Lagarde.

Es un cuadro realista, bien pintado y bien dibujado, pero que no está ni sentido, ni pensado, pues aquel Cristo de cabellos rojos podrá ser un breton ó un normando, pero nunca un galileo, y aquella Samaritana nació de seguro en Batignoles. Además el lugar de la escena puede pertenecer á la *Auvernia*, ó si se quiere al Hérault, pero en manera alguna á la Palestina.

Otro de los cuadros del género religioso es el *San Julian hospitalario*, de Armando Edmond Jean. Es un cuadro inspirado en la novelita de Flaubert que lleva el mismo título. Aquí la cosa ya varía. Un santo en cuanto se le considere como personaje histórico admite ya mayor realismo en su ejecucion; el San Julian en cuestion, es verdaderamente el anacoreta que fué mendigando por el mundo cubierto tan sólo con un trozo de estera de palma, sufriendo el hambre, la sed, y la miseria, bajo todas sus formas. La figura del santo anacoreta bebiendo en un jarro de arcilla, el niño pobre que lo contempla y el mísero perro que le sigue están pintados con un vigor y un ajuste que indican ciertamente, un gran talento. El colorido es firme, el dibujo correcto, aquel país árido está en carácter; pero... para ser San Julian sobra tanto realismo, y para Julian el hospitalario, sobra el nimbo dorado en la cabeza.

Toda esa llamada pintura religiosa del Salon, excepto algun cuadro meramente decorativo, nos ha producido el efecto completamente contrario, es decir, de pintura anti-religiosa por completo.

Por fin, el cuadro *Judith* de Cazin, es otro de los que de este género en el Salon existen. Pero éste ha llevado al colmo ya el prescindir de toda inspiracion del asunto. En su cuadro ni hay sentimiento bíblico ni, lo que es más, color local ni propiedad de época.

Y basta de Salon por hoy; continuaremos en la próxima revista.

*
* *

En el Teatro Francés acaba de ponerse en escena *Les demoiselles de Saint Cyr*, antigua comedia de A. Dumas, que hacia tiempo no se representaba. *Un pari dangereux* se titula la comedieta en un acto de Alfonso L'aigle, estrenada con éxito en el Odeon, y *Le nouveau régime*, es otra comedia en un acto de Meilhac y Prevel estrenada en el *Gymnase*.

*
* *

Se ha empezado una venta de dibujos de Bertall á beneficio de la viuda del ilustre dibujante.

Se ha inaugurado una estatua de Edgard Quinet en Bourg (Ain). Es una obra que honra al escultor Aimé Millet.

Dos grandes acontecimientos artísticos son las dos inauguraciones recientes de la *Exposicion de artistas libre* de la Rue de Seze; y la de *Retratos célebres de este siglo* en la Escuela de bellas artes.

Enteraremos de ellas á nuestros lectores.

POMPEYO GENER

NUESTROS GRABADOS

LA MODA, cabeza de estudio por J. Raffel

La moda es tan despótica, ó mejor dicho, las damas se someten tan sumisas á su imperio, que á trueque de seguirla, no vacilan en ponerse prendas y adornos tan reñidos con el buen gusto como con la sencillez, que es la verdadera elegancia. Dado el ridículo sombrero usado en el dia y que ostenta la jóven de nuestro grabado, fuerza será confesar que si no menoscaba en gran parte su belleza, débese al experto lápiz de J. Raffel, quien á pesar de las condiciones anti-estéticas del modelo, ha sabido realzarlo con toques acertados y agradables efectos de claro-oscuro.

EL MOLINO DEL TORRENTE, paisaje por R. Puttner

Así titula el autor al punto de vista tomado en uno de las más pintorescos y escabrosos sitios de las montañas de la Suiza alemana, de ese país en el que la naturaleza ofrece tan sorprendentes contrastes á artistas y aficionados. Agrias cuestas, peñascos enormes, copudos árboles arraigados entre sus grietas, profundas grutas de las que brotan con estruendo caudalosas cascadas, rústicos conductos de madera para conducir las aguas al próximo molino, y por último el inevitable *touriste* con su traje especial, todo esto se halla armónicamente reunido en este cuadro, cuyo agreste conjunto cautiva agradablemente la vista.

LA FAVORITA, cuadro por F. Masriera

Si es la favorita del Gran Turco, hemos de confesar que el Gran Turco tiene buen gusto. El hecho es que la muchacha lo vale, y que por la riqueza de su traje y joyas debe ser la favorita de algun personaje principal.

Y sin embargo, la favorita no parece estar muy satisfecha de la suerte que le ha cabido. Su aspecto, su actitud, es la de una mujer resignada; pero de ningun modo la de una mujer contenta.

El favor, y mucho más en Turquía, y áun mucho más en el Serrallo de Constantinopla, es un accidente sin causa justificada, pero de consecuencias reconocidas. Por de pronto supone el simple capricho de un déspota, que se digna acariciar á una mujer como un baron de la Edad Media acariciaba al perro mejor cazador de su jauría.

El capricho es siempre transitorio. Un turco no toma siempre una misma turca. En esto hay muchos que se le parecen, sin ser turcos.

El paladar se estraga... Tal empezó por una turca de malvasía y al cabo de algun tiempo gracias que halle sabor en el aguardiente.

Nuestra favorita nos parece demasiado modesta, demasiado *espiritual* para un harém. Quizás dependa de un error de concepto tocante á los serrallos. Verdad es que solamente sabemos de ellos por algunos autores, tan enterados como nosotros mismos.

El favoritismo dura poco en el harém del Sultan. Hay un gran número de favoritas que fueron, las cuales proponen vengarse, afectando unos celos que no sienten, porque no puede haber celos donde no ha habido amor; y hay otro gran número de aspirantas á favoritas que conspiran unánimes contra el ídolo del momento. A las primeras las auxilian los políticos pasados ó caidos; á las segundas los ambiciosos del porvenir.

Porque, aun cuando se diga que el harém es impenetrable, se hace en él más política que en el salon de conferencias de nuestro Congreso de diputados.

La política es el huracan que barrerá á nuestra favorita.

Cuando esto suceda, irá á aumentar el número de las intrigantas.

Es lástima...

La favorita de Masriera parece un vaso limpísimo, destinado á contener esencias ménos corrompidas.

FERNANDA TEDESCA, distinguida concertista de violin

Esta notable artista, que hace algun tiempo está llamando la atencion y conquistando merecidos aplausos en varias capitales de Europa, nació en 1860 en Baltimore, y demostró desde sus primeros años una aficion irresistible á la música. Apénas contaba diez y siete cuando se trasladó á Europa, recibió sus primeras lecciones de Wilhemy, despues de Vieuxtemps en Paris, y por último se perfeccionó en el Conservatorio de Bruselas. Tedesca se distingue por el enérgico vigor con que maneja el arco, y por la facilidad de su ejecucion, que en ocasiones asombra, á causa de la limpieza y agilidad con que toca las piezas más difíciles sin carecer de gusto y sentimiento.

LA PROMETIDA, dibujo á la pluma por A. Casanova

Preciosísima composicion, sobria en detalles, pero de armonioso conjunto, en la que se revela la mano maestra

de nuestro distinguido compatriota. Su dibujo correcto, la naturalidad de las tres figuras que constituyen el sencillo asunto elegido, el acierto con que están tratadas las telas que forman los trajes de aquellas, en las que sin necesidad, de colorido se distinge perfectamente la seda del terciopelo y del simple lienzo, la decorosa expresion de los amantes, propia de las respetuosas costumbres domésticas de principios del siglo; el sencillo menaje de la habitacion, todo en fin demuestra en este dibujo que el Sr. Casanova es un artista de valer que conoce á fondo las épocas y los tipos y que con corazon se disputan á porfía los más acreditados periódicos ilustrados de Europa sus composiciones para darlas un lugar preferente en ellos.

REPARTO DE PAN EN UN CONVENTO, cuadro por H. Burckardt

Hubo un tiempo en que el convento gobernaba la tierra y casi disponia del cielo. Entónces todas las bendiciones eran para el convento.

Por contra han venido unos tiempos en que todo lo malo es atribuido á los conventos: cualquiera diria que un religioso es un apestado.

¿Cuál de los dos fanatismos es más injustificado? ¿A qué extremo propende el autor de nuestro cuadro? Parécenos que, sin exagerar sus ideas, no es del todo contrario á las instituciones monacales.

Por de pronto, su hermoso lienzo representa un asunto triste, pero simpático. El ejercicio de la caridad siempre será una virtud práctica con la cual simpatizarán todos los corazones sencillos.

Los enemigos de las órdenes religiosas objetarán que es preferible que no haya pobres, en cual caso no tendrá que remediarse su miseria.

Esta idea vale tanto como la siguiente:

Seria mejor la supresion de los asesinos á la necesidad de ahorcarlos.

No estamos llamados á resolver el problema.

Pero á la vista de ese viejo decrépito á quien presta apoyo un niño que lo necesita para sí; á la vista de esa pobre viuda en cuyo nombre tienden la mano dos angelitos; á la vista de esa anciana, medio envuelta en la sombra, cuyos desfallecidos brazos sostienen una criatura que en mala hora vino al mundo; nos place, nos consuela, la idea de que al ménos no faltará á tantos infelices un pedazo de pan con que acallar las exigencias del hambre.

Hoy no se reparte sopa á las puertas del convento; se reparte trabajo á la puerta de los talleres.

Indudablemente es un paso hácia lo que debe ser.

Sin embargo, ¿llevaremos nuestra obcecacion hasta pretender que lo que se hace hoy, pudo haberse hecho en siglos anteriores?

Dios envia al pajarito, en los pliegues del huracan, el grano de mijo que ha de alimentarle.

De cualquiera manera que se haga la caridad ¡bien haya ella!

EL BARRIO DEL BAZAR EN BUDA-PESTH, dibujo por A. Krunstein

En la populosa capital de Hungría, que de algun tiempo á esta parte va adquiriendo creciente desarrollo, hállase situado el *barrio del Castillo*, hoy llamado tambien del *Bazar*, á causa del suntuoso edificio de este nombre recien construido en él. Este consiste, segun puede verse en la lámina, en dos casas con habitaciones particulares entre las cuales se extiende el Bazar, dividido en dos partes, y con su correspondiente café y jardin en la parte posterior y falda de la montaña. El estilo de dicho edificio es el del Renacimiento; las obras han durado cuatro años y han costado 2.667,500 pesetas. Este soberbio edificio, el magnífico palacio-castillo que lo domina, la ancha y populosa calle en que está situado, y las elegantes construcciones que se extienden á ambos lados, hacen del barrio del Bazar uno de los sitios más notables de cuantos pue de visitar el viajero en Buda-Pesth.

LA BELLEZA

Yo soy sumamente aficionado á hacer preguntas; el dia en que llegue á sentarme en los escaños del Congreso ó del Senado, sumándome entre los benditos padres de la patria, ya pueden los señores del banco azul tentarse las pantorrillas, porque les voy á poner en cada aprieto que los Salamancas y Vivares á mi lado, pongo por pregunton, se les han de antojar discretísimos y calladísimos sujetos, y varones sin pizca de curiosidad ni cucharonería.

Es verdad que hasta ahora, puedo jurarlo, no he atormentado con mis preguntas más que á mis libros y á mi barbero. Mi barbero, apénas abre la puerta de mi habitacion para advertirme que le tengo á mis órdenes, ya tiene la granizada encima:—¿Qué se cuenta de nuevo? ¿Qué se dice por ahí? ¿Qué hay por la ciudad? ¿Cuántas casas más han derribado? ¿Qué tal tiempo hace? ¿Ha ocurrido alguna otra desgracia? ¿Van á bajar el pan? ¿Subirán más la carne?—A todo lo cual mi rapabarbas, que es un alma de Dios y un benditote, me contesta invariablemente:—¡Nada!... ¡No sé nada!...—Pero, hombre,—le digo yo—tú nunca sabes nada; tú no te ocupas más que en afeitar y cortar el pelo, y en poner un golpe de sanguijuelas cuando hace falta ó arrancar una muela si es necesario; tú estás en babia siempre; tú eres un barbero incompleto. ¿En qué piensas? ¿Qué haces? Con que, no contento con no saber tocar la guitarra, ni cantar una malagueña ¿no sirves siquiera de gacetilla ambulante, ni entiendes de noticias, ni sabes menear la sin hueso para entretener á tus parroquianos?... ¡Pues aviado estás! ¡No seré yo quien te arriende la ganancia, callantron, Fígaro degenerado!....

No me pasa eso con mis libros. Es verdad que al principio andaban algo rehacios en eso de contestar á *las preguntas que mi insaciable y tornadiza* curiosidad les hacia; pero yo les zarandeaba de lo lindo, y vuelta por aquí, vuelta por allí, meneo por este lado, zurra por el otro, no tenian más remedio que rendirse con armas y bagajes confesando de plano su ignorancia, ó contestando con lo poco ó mucho que sabian. ¡Cómo me gusta á mí esto! Tan cojidas les tengo ya las vueltas que no les sirve querer escurrir el bulto; á las primeras de cambio se entregan á discrecion, y es tal la conviccion que han adquirido con mi trato de que tal proceder es el único que les vale para que les deje en paz, que no faltan ocasiones en que parecen adivinar mi pensamiento anticipándose, con sus respuestas, á mis preguntas. ¡Excelentes, excelentísimos sujetos y serviciales amigos!... ¡Lástima que no pueda vestiros á todos con ricos trajes dignos de vuestros méritos y servicios, alojándoos en lujosos aposentos, donde pudiérais descansar como príncipes en los ratos de ocio que os concedo! Ya sabeis que no es culpa mia, sino de la pícara fortuna que no siempre proteje como debiera, á los que se empeñan en consejarla con buen fin! Para el dia en que se vuelvan las tornas, yo os prometo solemnemente un traje nuevo de percalina ó de piel y un ámplio y elegante alojamiento donde podais estar á vuestras anchas sin armar camorras por si me oprimes tú ó por si te aplasto yo. ¡Palabra de honor! Os debo los más felices ratos de mi vida y nada más justo que os muestre mi agradecimiento.

No crean Vds. señores lectores mios, por estos piropos que á mis libros echo, que todo es deleite y bienandanza en la viña de mis consultas é interrogatorios; ocasiones hay en que las preguntitas mias y las contestaciones suyas arman tal marejada, y me levantan tales dolores de cabeza, y me cuestan tales desazones, y me ponen tan á rabiar que en mi pellejo quisiera yo ver al más pintado ministro de la Gobernacion en dias de elecciones cuando el tiro le sale por la culata. Pues ¿y cuando el uno dice una cosa y el otro, poniéndose hecho un gallo, contesta con la contraria, y el uno dice que por aquí y el otro que por allí, y los compañeros de uno y otro vociferan, y se arma una marimorena y un zipizape, y un guirigay de mil demonios por si digiste ó no digiste? No se figuren Vds. que de estos lances caen pocos en libra ó que sólo ocurren de guindas á castañas..... ¡Ya, ya! Es cuestion de todos los dias ó poco ménos. ¡Y gracias si las cosas paran en esto y no se tiran los trastos á la cabeza insultándose como desvergonzadas verduleras, y trayéndome y llevándome como un zarandillo con sus dimes y diretes hasta que, amoscado ó rendido, les cierro violentamente la boca condenándoles al silencio miéntras yo me largo más que á paso para dejar en el campo ó en la calle la olla de grillos que han metido en mi cabeza con sus vociferaciones! Digan Vds. que yo me hago cargo de la situacion, y comprendo que los infelices harto hacen con darme su opinion esforzándose por inclinarme á ella con el mejor y más laudable fin del mundo; que si no fuera por esto habia para darse á todos los diablos, y renegar de todos los libros habidos y por haber, y hacer con ellos un auto de fe para ahorrarse quebraderos de cabeza.... Pero ¿qué culpa tienen los infelices? Dicen lo que saben, creen en lo que dicen, y no es extraño que combatan por lo que estiman como verdad defendiéndose, como Dios les da á entender, de los ataques de sus adversarios.

Permítanme Vds. contarles un caso de esta naturaleza que me ocurrió no hace muchos dias. Iba yo cierta mañana por el paseo de la Glorieta contemplando las menudísimas hojas de los árboles, que ya empezaban á reverdecer á impulso de las brisas primaverales, cuando héte aquí que de pronto cruza á mi lado una mujer.... ¡Qué mujer, santo cielo!.... ¡Una sílfide, un ángel, una Diosa! ¿Me entretendré en describirla? No hace falta; recreen Vds. los ojos en una de esas preciosísimas creaciones de Llovera que esmaltan las páginas de LA ILUSTRACION ARTÍSTICA regocijando el ánimo; arranquen Vds. del papel uno de esos divinos tipos, hagan Vds. fulgurar aquellos ojos, palpitar aquel seno, mover aquellos labios y ondular aquel talle; agranden Vds. aquel cuerpo hasta darle las proporciones de una matrona romana, rellénenlo despues Vds. de sonrosada y palpitante carne, y ahí tienen Vds. la mujer que pasó á mi lado de la Glorieta, dejando en pos de sí una estela de voluptuosidad y de perfumes miéntras yo me quedaba, al mirarla, embelesado, estático, con la boca abierta.

No la volví á encontrar; retireme á mi casa y entré en ella sin que el recuerdo de la hermosa me abandonara un punto.—¡Qué bellísima mujer!.....—decia para mí.—¡Qué bellísima!... ¡Qué bellísima!...

Yo no sé cuántas veces repetí la palabra *bellísima*, queriendo sin duda con tantas repeticiones, al estilo hebraico, sublimar la significacion del calificativo; *lo que sí es que á fuerza de decir* ¡Qué bellísima! se me olvidó la mujer y me quedó en los oidos el retintin esdrújulo del superlativo.

—¡Bellísima! ¡Bellísima!...—seguia diciendo maquinalmente.—¿Y porqué?—me pregunté en un momento de reaccion dando un salto en la silla y haciendo un esfuerzo con el pensamiento—¿Porqué? ¿Qué es la belleza? Tambien el Michis es bello—el Michis es mi gato; yo no sé porqué me acordé de él, pero es lo cierto que me acordé,—¡Bs, bs, bs!... ¡Michis... Michitis!... ¡Ven acá!

El gato vino haciendo de las suyas, es decir zalamerías y monerías zapironescas, en las que era peritísimo maestro y consumado doctor. No hay duda que el Michis es un hermoso, un magnífico ejemplar de la raza felina, tan bello, sin disputa, en su género, como la desconocida de la Glorieta en el suyo.

—¡Vamos á cuentas!—decia yo para mí miéntras seguia con la mirada las graciosas curvas que el Michis trazaba en sus cabriolas.—¿Qué hay de comun entre el gato y la hermosa? Ambos son bellos, cada cual en su órden, eso es innegable; y no lo son ellos solos, sino que tambien lo es la Catedral de Búrgos y el Capitolio de Washington, como lo es el Quijote de Cervantes y las Odas de Quintana, y los dramas de Calderon, y los discursos de Castelar, y las leyendas de Zorrilla, y las melodías de Beethoven, y los cuadros de Pradilla, y la campiña de Pontevedra, y las escalas de Sarasate, y los jardines de Versailles, y el lago Leman, y los caballos de Marly, y... ¡qué sé yo cuantas otras cosas! ¡Ate V. cabos!.... ¡Sí, señor, ate V. los cabos de tantísimas cosas tan diferentes como un gato y una mujer, un caballo y un drama, un jardin y un trozo de música, una oda y un cuadro, y saque V. de todos ellos la sustancia comun de la belleza, ese *quid divinum* que nos extasía y embelesa! ¡Vaya un lío!... ¡Vaya un galimatías! ¿Qué es la belleza?... ¡Me vuelvo loco y no lo entiendo! Voy á consultar con los caballeros autores de mis libros que se han estado de huelga toda la mañana; entre tantos no faltará alguno que me saque de este apuro. A ver, señores mios, háganme Vds. el favor, los que entiendan algo de ello, de explicarme sin embajes, rodeos ni circunlocuciones, lo que es esa quisicosa que se llama la belleza; los que lo sepan que alcen el dedo; los que no, estense quietecitos.

¡Santo Dios! ¡Qué gritería!... ¡Orden, señores, órden! Vayamos poco á poco, que yo no tengo prisa; no hay que atragantarse ni desgañitarse; á cada cual le tocará su turno; yo les agradezco en el alma el interés que por mí se toman queriéndome ilustrar con sus sábias observaciones, pero les ruego encarecidamente no me vuelvan tarumba con su interminable charla; vayamos por partes y ordenadamente como Dios manda. A ver, señor Platon, su voto en estas materias es de gran peso; V. tiene la palabra. ¿Qué es la belleza?

—¡La belleza!—exclamó Platon poniendo los ojos en blanco—la belleza es «el recuerdo de la esencia que vió el alma en otro tiempo cuando acompañaba á los dioses;» ó para hablar más claro, es «el esplendor de lo verdadero, el reflejo del ideal.»

—¡Cierto!—repuso Proclo.—Es «la centella de la hermosura de Dios que resplandece en el objeto bello.»

—¡Justamente!—apoyó Sanz del Rio—«es bello lo que, en su límite y género es semejante á Dios, y refleja en sí, con carácter individual, la construccion del mundo en unidad, en oposicion, en armonía.

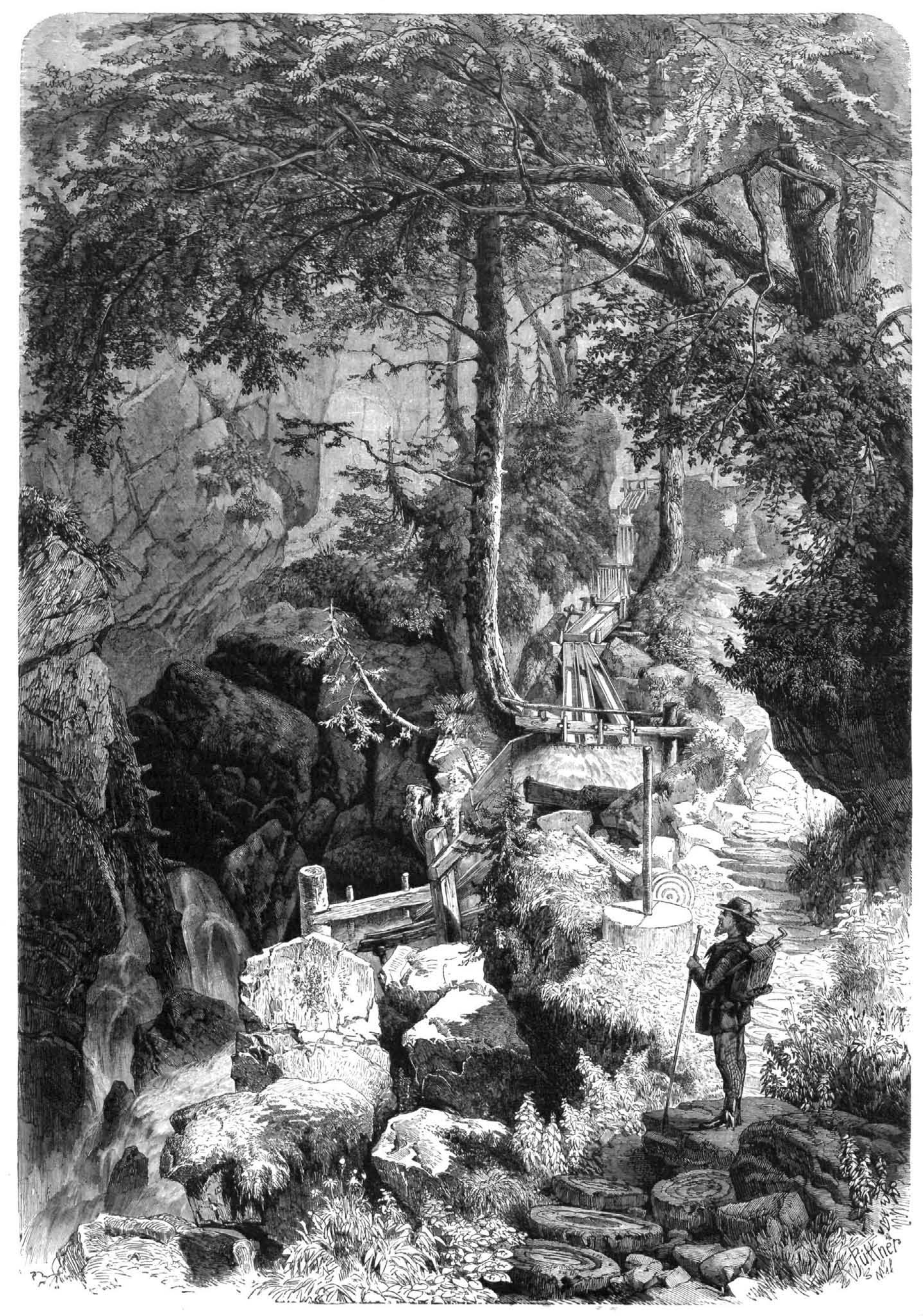
—«Es como el resplandor del rostro de Dios»—dijo Marsilio Ticino.

—O lo que es igual,—añadió Hegel—en términos ménos poéticos y más filosóficos es «la manifestacion sensible de la Idea.»

—Pues, señores mios,—les dije,—Vds. tendrán muchísima razon, pero se van Vds. tan por las nubes con sus sublimes comparaciones que les confieso francamente que, despues de oirles, sé de la belleza lo que sabia ántes: poco más que nada.

—Tiene V. razon que le sobra,—me contestó Aristóteles.—Lo bello en resumidas cuentas no es otra cosa, bien pensado, que «lo que siendo bueno es deleitoso, precisamente porque es bueno.»

—¡No!—objetó Lamennais,—sino «lo verdadero manifestado en sensible forma.»



EL MOLINO DEL TORRENTE, paisaje por R. Puttner



LA FAVORITA, cuadro por F. Masriera (grabado por M. Weber)

—¡Nada de sistemática terquedad!—replicó Cousin—hay una fórmula de conciliacion que salva todas las dificultades: la belleza no es más que «la verdad y el bien manifestados bajo forma sensible.»

—No estoy por eso,—exclamó San Agustin.—La esencia de la belleza consiste en «la unidad.»

—¡Conformes!—gritó Crousaz.—Pero debe decirse que consiste en «la diversidad reducida á la unidad.»

—En términos más breves—añadió Mendelsson—es «la unidad en la variedad.»

—Si á la Unidad—indicó el P. Andrés—se agrega el órden y se dice que es bello «lo que tiene por fundamento el órden y por esencia la unidad» estoy conforme.

—*Pulchrum*,—interrumpió gravemente Santo Tomás,—*respicit viam cognoscitivam; pulchra enim dicuntur quæ risa placent.*

—¡Es verdad!—afirmó Montabert.—La belleza es «una cualidad que impresiona el órgano de la vista.»

—¡Cierto!—dijo el P. Taparelli.—Pero no basta decir que impresiona; hay que decir que «agrada á la vista.»

—¡Eso es!—apoyó el P. Cornoldi.—O lo que es lo mismo «lo que, conocido, agrada.»

—¡Justo!—añadió Monlau.—«La propiedad que tienen de agradarnos los objetos reales ó las creaciones de la imaginacion,—¿digo algo?—luégo de percibidas ó conocidas.»

—Pero, señores,—dije sin poderme contener,—yo creo que al definir la belleza de ese modo abren ustedes demasiado la manga por un lado, y la cierran enteramente por otro.

—¡Es verdad!—exclamó Baumgarten.—Yo creo que la belleza es «la perfeccion sensible.»

—¡Muy bien!—afirmó Rafael Mengs.—La perfeccion figurada y visible de la materia.»

—¿Se me permite echar mi cuarto á espadas?—preguntó Céspedes.—Pues oigan, que he de dar en verso mi opinion:

«No me atrevo á decir ni me prometo
Todas las bellas partes requeridas
Hallarse de continuo en un sujeto
Todas veces sin falta recogidas;
Aunque las crea sin ningun defeto
(A todas en belleza preferidas)
Naturaleza: tú entresaca el modo
Y de partes diversas haz un todo.»

—Enrevesados y duros son los versos,—dije yo—y oscurillo es el concepto.

—Oscuro, sí, pero verdadero,—contestó Arteaga.—En prosa llana yo diria, traduciendo el pensamiento de Céspedes, que la belleza es «el arquetipo ó modelo mental de perfeccion que resulta en el espíritu del hombre despues,—fijarse bien en esto,—despues de haber comparado y reunido las bellezas de los individuos.»

—¡Hum!...—murmuré yo.—Al pronto parece, señor Arteaga que ha dado V. en el *quid;* pero si bien lo considero, creo que ese arquetipo que V. dice puede muy bien no hallarse muy distante del monstruo horaciano.

—¡No hay que darle vueltas!—exclamó Diderot sentenciosamente.—La belleza no es más que «lo que despierta en el alma la idea de relacion.»

—¡Eso es!—añadió Senancour con calor.—«Lo que excita en nosotros la idea de relaciones dispuestas hácia un mismo fin, segun conveniencias análogas á nuestra naturaleza. Si la cosa bien ordenada, análoga á nosotros, y en la que encontramos belleza nos parece superior ó igual á lo que contenemos en nosotros, la llamamos bella; si nos parece inferior la llamamos linda; si las analogías con nosotros son relativas á cosas de poca importancia, pero que sirven directamente á nuestras costumbres y deseos presentes, la llamamos agradable; cuando sigue las conveniencias de nuestra alma, animando, extendiendo nuestro pensamiento, generalizando, exaltando nuestras afecciones, mostrándonos en las cosas exteriores analogías grandes ó nuevas, que dan inmensa, universal extension, con fin comun, á muchos séres, la llamamos sublime.»

—No es floja esa retahila, señor mio,—repliqué yo.—Pero se me figura que es más la cantidad que la calidad, y que no ha de satisfacer á nadie, por más que ofrezca algunos puntos aceptables.

—Yo cortaré ese nudo,—exclamó Kant.—La belleza es «el objeto de una satisfaccion despojada de todo interés;» ó de otro modo «lo que agrada universalmente sin concepto;» ó *de otra manera* «lo que se reconoce sin concepto como objeto de una satisfaccion necesaria;» ó de otra forma «una variedad de representaciones parciales puestas libremente en juego y á la cual no puede encontrarse expresion que designe concepto determinado;» ó de otra suerte «la forma de la finalidad de un objeto miéntras es percibida sin representacion de fin;» ó de otra...

—¡Alto, alto, Sr. D. Emmanuel!—interrumpí.—¿En qué quedamos?... Le confieso á V. francamente que con su galimatías especial me deja en ayunas; ya sé yo que es V. un sabio de primera; pero... ¡caramba!... eso de que, para sacarle el meollo á lo que dice tenga uno que tragarse enterito todo su sistema ó repasarlo si lo ha olvidado, no me hace maldítisima la gracia, y mucho ménos con el dolor de cabeza que, entre todos, me están Vds. levantando.

—¡Tiene V. muchísima razon!—apoyó Schelling. La belleza es «la representacion de lo Infinito bajo una forma finita.»

—¡No!—gritó Gioberti.—Es «la union individual de un tipo inteligible con un elemento fantástico realizada mediante la imaginacion estética.»

—¡No es eso!—exclamó Gœthe.—Es «la ley que, en su mayor libertad y en sus más esenciales condiciones, se traduce por un fenómeno.»

—Eso es muy vago,—contestó Pictet.—Es «la armonía de la idea y de la forma en la expresion sensible, por la forma, de la idea, sin que en ella haya ningun fin de utilidad.»

—O lo que es lo mismo,—añadió Tiberghien,—«la esencia plenamente desplegada en la unidad y la variedad de sus elementos.»

—¡Sí, sí!...—apoyó Nuszlein.—«La unidad y armonía indivisas de lo sensual y lo inmaterial, de la forma y de la idea.»

—¡Eso es, eso es!—gritó Revilla.—«La armonía manifestada sensiblemente.»

—¡Cierto!—afirmó Campillo.—«La unidad y la variedad armónicamente combinadas.»

—O dicho de otro modo,—indicó Gomez Arias.—«La belleza consiste en la individuacion animada del tipo intelectual, y debe definirse diciendo que es la unificacion de lo múltiple vivificada y armónica.»

—Todo eso de la armonía,—repuso humorísticamente Burke—es música celestial y pamplinas terrenales; no se cansen Vds.; la belleza es «la cualidad ó cualidades de los cuerpos que hacen nacer el amor ó cualquiera otra pasion semejante.» Si no lo creen Vds. pregúntenselo al primer enamorado que encuentren.

—Algo falta á ese concepto,—dijo Jouffroy con aire pensativo.—Yo diria mejor que la belleza es «aquello con que simpatizamos en la naturaleza humana, manifestada por los símbolos naturales que impresionan los sentidos.»

—Para decirlo más claro,—exclamó Nuñez Arenas,—es «aquello cuya contemplacion produce en nosotros un movimiento gradual y apacible conforme con nuestras facultades, que principia por atraernos, nos hace luégo intimar con ello, y por último nos excita á reproducirlo ó crear otro análogo, pura y desinteresadamente.»

—¡Eche V. definicion!—replicó socarronamente Gauckler.—¿Se mide eso por kilómetros? La belleza es, sencillamente, «la manifestacion de la vida y de sus evoluciones por medio de la materia y sus atributos, la forma y el movimiento.»

—Dispénsenme Vds. señores,—interrumpió Voituron,—si les digo con franqueza que ninguno de Vds. sabe lo que se pesca y que están tocando todos el violon. Dan Vds. una en el clavo y ciento en la herradura; la belleza, y lo digo yo, que he hecho un estudio profundo de su nocion, es «una cualidad ó propiedad del sér, en virtud de la cual todas las partes de que éste se compone están dispuestas con órden segun la unidad determinada por su esencia, y que permite á la fuerza ó la vida de que está animado manifestarse fácilmente.»

—¡Basta, basta!...—grité desesperado cerrando la boca á Spencer, á Schopenhauer, á Hartmann, á Locke, á Bain, á Stuart Mill, á Taine, y á otra multitud de filósofos, críticos y artistas.—Me habeis trastornado completamente; no sé donde tengo la mano derecha; me volveis loco, loco de remate... ¿Dónde está la belleza? ¿En qué consiste? Unos dicen que en la unidad, otro que en la variedad, otros que en la armonía; quiénes que en el órden, quienes que en la relacion, quienes que en la vida; éstos que que en lo bueno, aquellos que en lo verdadero; los de aquí dicen que es cosa del entendimiento, los de allá que de la sensibilidad, y no faltará alguno que diga que lo es de la voluntad... ¡Qué confusion!... ¡Qué laberinto!... ¡Me arde la cabeza, y en ella bailan un can can disparatado é inverosímil la verdad y la vida, lo bueno y la unidad, la armonía y la esencia, la variedad y el órden, todos revueltos y en monton pataleteando como energúmenos... ¡Uff! ¡Qué guirigay!...

Salí á la calle atontado. Al revolver una esquina me dí de manos á boca con la mujer de la Glorieta, rebosando hermosura y perfumes, brillante, voluptuosa, embriagadora. Todos los fantasmas aposentados en mi imaginacion huyeron súbitamente ante aquella divina aparicion como ahuyentados por irresistible conjuro. Vivísima luz iluminó mi espíritu; mi corazon dió un vuelco de placer, y mis labios murmuraron con adoracion:—¡Qué bellísima mujer!... ¡Qué bellísima...

FERNANDO ARAUJO

EL PERRO Y EL CABALLO DE KOSCIUSKO

I

Todos los animales, hasta los más fieros y estúpidos, son más ó ménos educables, segun el desarrollo de sus facultades instintivas. Hay presos que educan ratones, no teniendo á mano más nobles criaturas en quienes ejercitar su paciencia; Silvio Pellico, en sus prisiones, educaba arañas; los embaucadores callejeros educan pájaros para seducir al vulgo supersticioso; los domadores, tigres y panteras.

Pero en esta sumision de la rebeldía irracional á la inteligente voluntad del hombre, por más que éntre todo el instinto, no entra inteligencia ninguna: los brutos, en general, ceden al temor ó á la necesidad y á veces al regalo. Y si no entra inteligencia pura, ménos entrará cosa de moral.

Sin embargo, hay cierta categoría de animales, cuyo instinto se baña, digámoslo así, en estas fuentes, guiándose con cierta luz, que no es ya de instinto ciego, y ennobleciéndose con cierto sentido, si no moral, afectivo, que les da ya un carácter casi humano.

Sin hablar del mono domesticado, que cuando no es el niño, es el viejo de la casa, con todas sus travesuras y rarezas, con todos sus vicios y... íbamos á decir virtudes, ¿no hay algo de inteligencia y de piedad en los perros del monte de San Bernardo? ¿No habeis presenciado nunca el tierno y conmovedor ejemplo de un perro ordinario sirviendo de lazarillo á un mendigo ciego? Si no hay en ciertos animales más que instinto bruto, ajeno á toda facultad inteligente y sensible, ¿por qué marcha el caballo al compás de la música? ¿cómo ejercen en él tal influencia los tonos que lo hacen capaz del entusiasmo bélico, que es una pasion heróica?

El perro y el caballo son los amigos más fieles del hombre. Del perro ha dicho álguien, con tanto chiste como hiel, que es lo mejor que el hombre tiene. Del caballo, del perro y del hombre se ha dicho tambien que nunca se cansan de estar juntos.

Tambien es el gato amigo del hombre; pero lo es más de la mujer, especialmente si es cocinera. No deja de ser inteligente, ó astuto, á lo ménos, como el zorro; pero no tiene una buena cualidad: es infiel, desleal, ingrato, goloso, rapaz, reincidente, incorregible, verdaderamente inmoral, es amigo del hombre, ó de la mujer, porque es, ante todo y sobre todo, hipócrita.

Pero hablábamos del perro y del caballo de Kosciusko.

II

Kosciusko, el ilustre y célebre polaco, era un gran general: hizo sus primeras armas en América á las órdenes de Washington, y de vuelta de su patria, se distinguió contra los rusos, dando pruebas de su valor y pericia militar en la reñida batalla de Dubienka. Nombráronlo generalísimo de los ejércitos nacionales, sus nobles compatriotas, ganosos de oponer al implacable enemigo una espada vencedora; y con esta alta investidura, siguió derrotando á los rusos y prusianos, hasta que herido en la batalla de Macijowice, fué hecho prisionero y conducido á San Petersburgo.

Fué tambien un gran ciudadano, hecho á la alta escuela de las libertades públicas; pues si comenzó á amarlas en la esclava Polonia, las vió muy de cerca en las libres repúblicas de América, Suiza y Francia, donde la Asamblea legislativa le otorgó honrosamente carta de ciudadanía.

Pero fué un gran general y un gran ciudadano, porque era, ante todo y sobre todo, un gran patriota: por amor á su patria, fué allende los mares á templar sus armas en el fuego del combate, acostumbrando su brazo al trabajo de la guerra y su genio al heroismo febril de la victoria; por amor á su patria, arrostró temerario el formidable poder de rusos y prusianos, que fué como entregarse al sacrificio, aunque no ántes de haberlos vencido; por amor á su patria, luégo que Pablo I lo puso en libertad, vivió oscuramente en Francia y en Suiza, dando ejemplo de virtudes privadas como simple ciudadano.

Y el fervor de todas sus virtudes, y el móvil de todos sus actos y la razon de su extrañamiento léjos de su patria, el mismo patriotismo.

El patriotismo no es una virtud aislada; es una irradiacion de virtudes, toda una moral. Es un amor divino porque tiene la fe y la esperanza; y es un amor humano porque tiene tambien la caridad, que no es sólo socorrer al mendigo que tiene hambre de pan, sino tambien al pueblo que tiene hambre y sed de justicia, de derechos, de libertad.

Kosciusko, que era un leon en la guerra, no era sino un cordero en la paz: la mansedumbre, la piedad, la beneficencia eran sus armas de paz, tan bien templadas como sus armas de guerra; y todo cuanto lo rodeaba estaba en armonía con él, reflejando sus virtudes. Tenia un asistente ruso, que se hubiera dejado matar por él; pero no más que por él, pues era un veterano que hubiera decapitado á Rusia,

sólo por compasion de Polonia. Y tenia un perro y un caballo, veteranos tambien é intrépidos, pero de pura raza polaca; y aunque irracionales, eran á su modo patriotas y compasivos tambien: el perro no ladraba nunca al que buscaba á su amo hablando en la lengua de Kosciusko, y el caballo no se dejaba montar si no se le hablaba en la lengua de su amo, es decir en la lengua de su patria: no podian hacer más en este concepto. Aunque el caballo no se enorgulleció nunca, si no lo montaba Kosciusko, que entónces tomando arrogancia heróica, le hacia todos los honores de ordenanza, marchando acompasado, majestuoso y brillante como al són de las marciales trompas

Kosciusko los trataba como si no fueran brutos: les hablaba y lo entendian: su cariño tenia algo de gratitud: el caballo lo habia llevado á la victoria; el perro lo llevaba seguramente á la pieza de caza...á la victoria tambien.

Pero escuchad dos rasgos que los pintan como educados por Kosciusko: son dos rasgos de piedad.

III

El héroe, más bien que la caza, amaba la soledad del campo, el aire de las montañas, la melancolía de los bosques, la grandeza y majestad del cielo abierto, y cazaba, no en grandes y ruidosas partidas: cuatro amigos le bastaban, su perro y su caballo.

Una tarde despues de haber hecho ejercicio, se sentó á comer con sus amigos en el bosque, y tenia un par de perdices delante.

Hablaba de Polonia con sus comensales, que eran todos íntimos, y entró en calor el coloquio.

En esto, apareció á su espalda entre el ramaje, una harapienta niña, harapienta y desgreñada; sino que aquellas flotantes greñas eran como rayos de sol en torno de su carita de ángel.

La interesante mendiga no se atrevió á hablar, y medrosica tendió la mano en silencio.

Nadie se apercibió de ello, y ménos Kosciusko que estaba vuelto de espaldas, y siguió la cuestion con interés creciente.

El perro gimió tiernamente hasta tres veces, como para llamar la atencion de su amo, que hablando hablando no le hacia caso.

Entónces, con toda la confianza de quien no teme el castigo, tomó bonitamente una de las dos perdices, que tenia su amo delante, y fué paso á paso á ponerlas en la mano de la niña.

Otro dia quiso el heroico polaco enviar á un venerable eclesiástico de Soleta un par de botellas de exquisito vino que le habia prometido. Como habia alguna distancia entre la residencia de uno y otro, hubo de aceptar el ofrecimiento de un mozo del país, que se brindó espontáneamente á este *servicio, conociendo* al general y al eclesiástico. Queriendo, empero, ahorrarle fatiga, le hizo aceptar á su vez para el viaje su caballo; y Zeltner, que así se llamaba el mozo, partió á su comision, aunque de mala gana por parte del caballo, que no admitia ancas, como préviamente no se le hablara en la lengua de su amo. Pero su amo le habló ahora, y áun tuvo el estribo para que el mozo lo montara.

Zeltner desempeñó su encargo, y á la vuelta dijo á Kosciusko:

—Mi general, no volveré á montar su caballo, si al mismo tiempo que el caballo no me da V. su bolsillo.

—¿Qué dices, muchacho?

—Ni más ni ménos, mi general.

—Explícate, hombre, explícate.

—Luégo que un pobre, dijo explicándose el mozo, se quita el sombrero en el camino y alarga la mano demandando caridad, párase de repente el caballo, y no hay ya quien le haga seguir, hasta que el pobre ha recibido algo. Pero el conflicto fué, cuando habiendo ya repartido, para que anduviera, las pocas y miseras monedas que llevaba, salieron al camino otros mendigos.

—Y ¿cómo saliste del conflicto? preguntó sonriendo Kosciusko.

—Tuve que apelar á un ardid de guerra, haciendo como que daba limosna á los pobres; pero con la mano vacía.

—Dejémoslo así, contestó el héroe; es ya caballo viejo y no le podríamos quitar ciertos resabios. Pero has de saber, añadió seriamente, que engañar á los pobres no es un ardid de guerra.

—Mi general, mi intencion era sólo engañar al caballo.

—Toma, para que si otra vez lo montas, no lo engañes tampoco á él.

Y el general le dió su bolsillo.

CECILIO NAVARRO



FERNANDA TEDESCA, (distinguida concertista de violin)

EL CAÑON Y EL LIBRO

Picada la honrilla de la clase, lo cual prueba que si son fuertemente duros, sienten exquisitamente los preceptos del honor, hubo una junta de cañones para tratar del curso y fin obtenido en el diálogo *El libro y el cañon*, que la potente voz de esta revista ha dado á los vientos de la publicidad. Todos convinieron en que el curso habia sido vicioso y en que el fin resultó falso: nombraron, pues, un representante para provocar nueva liza, lo cual cumpliendo quien tal mereció, presentóse en la biblioteca, y ante el numeroso concurso que allí habia, despues de atento saludo, que por algo su dios Marte es tambien para muchos el dios de la buena crianza, tomó la palabra y dijo:

—Señores libros: Público el desenfado con que os atribuís la verdadera y única representacion del saber y el desprecio que os inspira la clase á que me honro pertenecer, desprecio que constantemente expresais llamándonos «grandísimos bárbaros, ignorantes, muy brutos, grandísimos zoquetes, gaznápiros, animales, zopencos, estúpidos, cobardes y cortesanos,» y que se compagina muy mal con lo tolerante que todos dicen es el sabio, aquí me teneis á mí, buscándoos en vuestro propio domicilio, solo entre tantos como sois, que vengo á deciros en nombre de mis compañeros de todas clases, y como defensores que desde el orígen del mundo venimos siendo de la verdad y la justicia, que estamos cansados de oir la eterna defensa del error á que, por lo que debe ser vuestra fatal condicion, parece estais condenados, y hemos creido llegada la hora de sacaros de él. Pido, por lo tanto, competidor con quien discutir.

Largo ruido de murmuraciones se sintieron salir de entre los estantes cuando el cañon cesó de hablar: el competidor, sin embargo de que el tiempo iba pasando, no se presentaba, por cuyo motivo el hijo de Marte volvió á hablar y dijo:—¿Es posible que si no os podeis poner de acuerdo para nombrar representante que sostenga vuestra causa, no haya quien espontáneamente se presente á ello, cuando estais aquí reunidos la flor y nata de las clases, los textos de cuantos conocimientos atañen al saber humano? No importa, porque nosotros no solamente sabemos cumplir nuestro deber, sino que tenemos altísimo celo por él, y no porque no sepais ó no querais discutir, he de dejar de deciros algo de lo mucho que decirse puede en defensa de la noble causa que mis compañeros me han encomendado.

Un hombre de mucho saber, humano y digno cual ninguno y cuyo modo de ser y vivir en nada se relaciona con la profesion militar, ha dicho lo siguiente: «Así como los individuos nada alcanzan, sino por el esfuerzo, por el dolor, por el martirio, nada alcanzan los pueblos sino por la revolucion y por la guerra.» Pues á pesar de esta verdad profunda, que pone de relieve la santa mision del cañon, son nada las grandes injusticias, nada las grandes ingratitudes que se conocen en el mundo, y cuidado que es fecundo en ellas, comparadas con la ingratitud é injusticia que con nosotros se cometen. Apénas aparece libro con pretensiones de verter buenas ideas y representar alguna dósis de cultura, que no denueste, que no acrimine al infelice cañon llamándole ingrato y bárbaro, cuando el cañon ni es bárbaro ni es ingrato: es todo lo contrario: el cañon es altamente civilizado y civilizador, tanto que si el mundo ha progresado en su civilizacion, ha sido porque el cañon le ha precedido, porque el cañon se le ha impuesto. Si el cañon sólo representase la fuerza bruta ¡desgraciada humanidad!: el rey del mundo no seria el hombre, y aún siéndolo, no seria el hombre civilizado, porque el hombre salvaje tiene mejor constitucion física y más desarrollada la fuerza bruta. Siendo, pues, el hombre salvaje más fuerte y en número mucho mayor, ¿cómo, señores libros, se ha sometido al débil y ha violentado todo su modo de ser para identificarse con el modo de ser de aquél? Vosotros que sois tan científicos y tan leidos, no tendreis la ocurrencia de atribuirlo á un milagro: pero no hay que apurarse, que si vosotros no buscais el porqué nosotros os lo diremos. Así como Dios impuso su doctrina valiéndose del profeta, así como el profeta la extendió valiéndose de los apóstoles, nosotros hemos impuesto la civilizacion siendo al hombre civilizado lo que el profeta á Dios, lo que los apóstoles al profeta. Nos objetais que hemos defendido *tambien* ideas bárbaras, causas malas, pero no os fijeis en detalles que no es modo propio y digno de ver las cuestiones: ved el conjunto y decidnos si las intervenciones que nosotros hemos tenido en el mundo, no han dado por resultado lo que hoy de todos es tan admirado: un gran desarrollo de civilizacion.

¡Que hemos derramado mucha sangre! ¿Y qué culpa tenemos nosotros si ha sido necesario? La hemos vertido, sí, pero ha sido de un modo fructuoso: del modo que la vierte el cirujano que, para hacer posible la vida, tiene que cortar un miembro inútil ó podrido. Hemos, pues, impuesto la civilizacion por un conjunto de especialísimas circunstancias con que estamos dotados, ó más bien hablando, que sólo nuestra familia se ha sabido crear. Fuertes para resistir, como lo dice nuestra materia constituyente; poderosos para atacar, como lo dicen nuestros disparos; argumentadores sin igual, como lo dicen nuestras granadas; modelos de laboriosos trabajos para enseñar, como lo dicen las ciencias, artes y oficios que representan nuestro estado; vivo ejemplo de que de la nada se puede llegar á lo mucho, como lo dice nuestro pasado, partícula insignificante, y nuestro presente, arma potentísima; conjunto de inteligencias, síntesis de saber, como lo dicen desde la reunion de las moléculas minerales que han de constituir los elementos de nuestro material hasta nuestra definitiva construccion y acertado uso, ¡quién puede con nosotros! ¡quién á nosotros resiste! ¡quién no se humilla á nosotros!

Y si física é intelectualmente somos tanto, tenemos otra condicion moral que todos nosotros estimamos en lo muchísimo que vale: somos los genuinos y únicos representantes de esa digna cualidad que se llama honor; tanto que sólo un tribunal por nosotros constituido puede y sabe decidir en las cuestiones graves que ocurren al hombre en la vida; lo cual digo porque es muy notorio y viene á refutar de un modo concluyente la acusacion de cobardes y serviles que, aunque parezca increible, nos ha sido tambien lanzada por un compañero vuestro.

Nosotros no rendimos párias al vencedor, *ni nos humillamos* á él: nosotros nos sometemos dignamente: vosotros sois los serviles que á todos cantais alabanzas, que de todos pregonais elogios. Si de nuestro metal hacen una columna Vendome, tanto mejor, porque como nosotros no peleamos por un pueril amor propio, nada tan honroso como dar razon á quien la tiene y contribuir á levantar monumentos gloriosos; si vamos á adornar un hospital de inválidos, nos holgamos tambien mucho por el significado que tiene en el fuerte la accion de querer glorificar y dar realce al infeliz mutilado, al patriota insigne que por cumplir su deber hasta la vida desprecia; si hacemos salvas en el cumpleaños de los grandes, ¿qué culpa tenemos nosotros de que la grandeza sea digna de alabanza y se deba pregonar para que sirva de estímulo?

La frente de Washington está ceñida de laureles embriagadores porque los recogió en el campo del patriotismo y embriagadores son tambien los laureles que ciñen las frentes de los ilustres Alejandro, César, y Napoleon por lo mucho que la civilizacion les debe. Más respeto, pues, señores libros, para quien respeto se merece, porque al no guardarlo, en primer lugar contradecis con los hechos

la cultura que quereis ostentar como vuestra condicion esencial, y en segundo lugar podeis formar imitadores que pretendan reducir al de *simples copleros* los nombres esclarecidos de Homero, Dante y Byron.

Tened tambien más lógica y comprendereis que si en nuestras relaciones hay ingratitud no es del cañon para el libro, como decís, sino del *libro* para el cañon, pues si vosotros habeis andado, ha sido porque nosotros os hemos abierto camino: con que no nos echeis en cara que somos cañon cuando podíamos ser bombarda, que si nosotros fuéramos bombarda, el libro tendria su representacion en la tosca madera encerada y su inutilidad manifiesta en los pesadísimos medios que daba para grabar el pensamiento, su fragilidad para guardarlo y su incapacidad para conservarlo.



LA PROMETIDA, dibujo á la pluma por A. Casanova

Si algun dia se levanta vuestro espíritu y conseguís libraros del pecado original.... que hoy tanto os incapacita para entenderos, creed que lo celebraremos, ya por amor al bien, ya porque *sabiéndoos hacer justicia entre sí, estareis en principio* de poder tambien hacerla á los demás. Entre tanto, agur.»

En marcha quiso ponerse el cañon cuando tal dijo, pero fué detenido por la voz de un libro que desde estante lejano y arrinconado llamó la atencion y habló así: Soy insignificante cual bien lo demuestra mi puesto, pero me atrevo á alzar mi voz para hacer constar que yo guardo *preceptos como estos:*

«La guerra asusta á los tímidos y á los ignorantes porque no ven en ella más que los destrozos del combate, pero los fuertes y los sabios la tienen en mucho porque es un instrumento de poderosa y rápida civilizacion.»

«¿Por qué no hemos de fiar nuestras diferencias á la diplomacia? ¿Por qué la diplomacia no nos ha dado esas civilizadoras soluciones de *los derechos del hombre*, la unidad italiana, etc., y hemos acudido á las armas para obtenerlas? Porque así como al crearnos Dios no nos ha revelado todas las cosas, pero nos ha dejado el derecho de discusion, al formarnos nos ha dejado huérfanos de muchas condiciones buenas para que nosotros con nuestro propio esfuerzo las vayamos conquistando.»

«Las guerras miradas á la luz eterna de la conciencia, son los grandes jalones que indican el progreso de la humanidad.»

«La ley de vida es ley de muerte.»

Nota. Sabido es que el cañon es el alma de la guerra. ¿Y podrá llegar dia que, relegado á curiosidad de museo, haya quien ignore lo que es el cañon? Que el cañon sea ignorado, sí, es verdad; pero no hablemos en futuro, no hablemos siquiera en presente, hablemos en pretérito, que tal dia llegó y aún seguirá presente mucho *tiempo: el cañon es ignorado, entre otros afortunados países*, en Africa. Que el cañon llegue á ser curiosidad de museo, eso... eso es una ilusion que resume cuanta inocencia puede haber en el mundo.

MARIANO PRESTAMERO

REPARTO DE PAN EN UN CONVENTO, cuadro por H. Burckhardt

IMP. DE MONTANER Y SIMON

BARRIO DEL BAZAR EN BUDA-PESTH, DIBUJO POR A. KRONSTEIN

